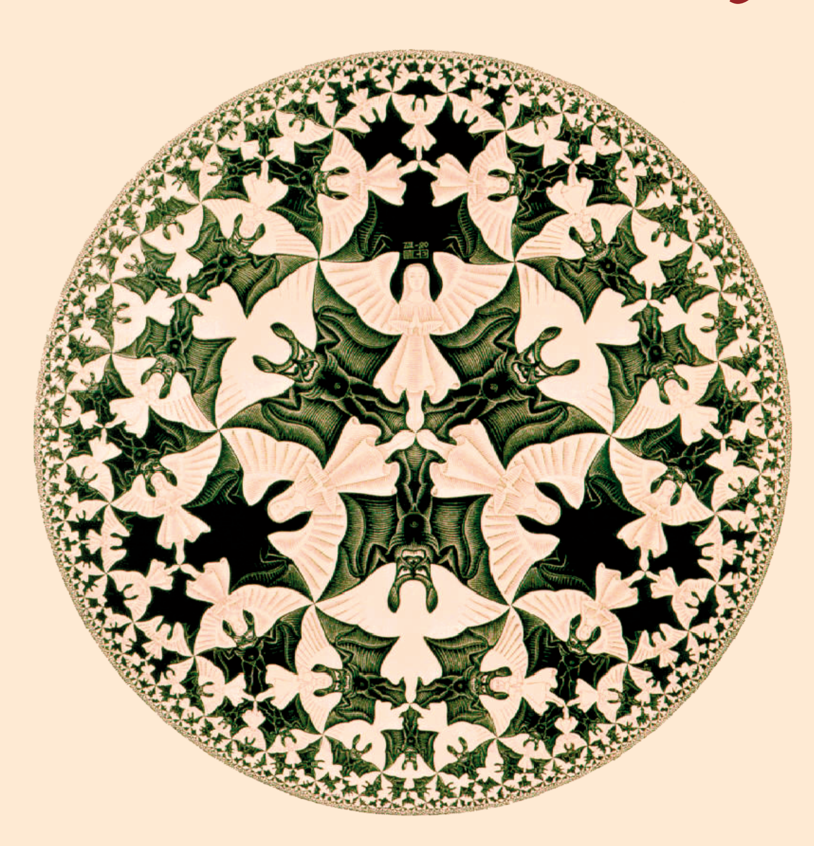
Jack Farfán Cedrón

Las consecuencias del infierno



Jack Farfán Cedrón

Las consecuencias del infierno

Calle Los Robles 187, Urbanización Santa Rosa, Cajamarca-Perú
Teléfono: +51 076 365816
E-mail: jackgofri@rocketmail.com
http://www.facebook.com/jack.farfancedron
http://www.elaguiladezaratustra.blogspot.com

Primera Edición, Cajamarca, Julio de 2013
Tiraje: 500 ejemplares

Edición al cuidado del autor.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú Nº 2013-08778
International Standard Book Number (ISBN): 978-612-00-1284-0
Carátula: "Circle Limit IV", © Maurits Cornelis Escher (1898-1972), 1960; woodcut in black and ocre, printed from 2 blocks. http://www.mcescher.com/

Diseño, Diagramación e Impresión: Crear't S.R.L., Jr. 5 Esquinas 665, Cajamarca-Perú.

IMPRESO EN EL PERÚ – PRINTED IN PERÚ

MMXIII

Prueba irrefutable de excomulgación

Contienen los infiernos redivivos, meras insinuaciones subconscientes, que sostienen la idea endeble de que lo aparente cobra forma si lo estallamos para el numen multitudinario, apenas un bloque resquebrajado de lo contenido en terraplén, el sub-mundo derruido. Las insinuaciones televisivas del fin se acercan. Una tableta androide con pantalla plana discurre sus páginas digitales al solo parpadeo del robot que es él. Las yemas de los dedos pasan olvidos periódicos, urgidos para disidencia y desacato de una moralina políticamente enredada en un *tuiteo* que nada desmerece del chasquido del mononeuronal cuadrumano cebado de comida chatarra, frente al ocupador informático que todo lo encajona, hasta los olvidos de que se compone la llegada cerebral hasta el exoplaneta descubierto ayer por el Very Large Telescope, situado en el Paranal, Antofagasta. "Amanecer y cuesta nueva", desgañitan espectros andantes, como vaga consecuencia del que habita su cicuta, dulce, cual enfrentar trago amargo para los asomados sustenta pasar de largo las peores aproximaciones que todavía no empiezan, sino apenas la punta de su fuego flotando en el mar de los caídos por decapitación al antro desparramado, cruces sin panteón, oscilando a lo largo de una cuenca rarificada donde qué substancia cáustica derruye los designios. El infierno se aproxima, una catarata en diorama atraviesa en bloque la megalomanía infrecuente, crónica de una muerte solaz y de abandono. El manojo lírico abre de una despavorida manera lo discurrido para el perecimiento. Antros anímicos posesos de un herramentario donde qué huestes bárbaras de la lexicografía caben, a torcer de nariz, a volantineo de un cuerpo ya mellado por arengas psicotrópicas que no lo levarán más al mismo (el otro que ya no es más él, sino el ajeno perdonado). Como que la materia se derruye. El espíritu leve, fluye sin fijo itinerario. Somos lo que poseemos, no por leer al unísono ni al asómono, la voz masificada de la gente preexistiendo apenas su aparente bosquejo que no arribará en idea, en masa volitiva por una *psiquis* sedimentada en la idea, la oscurantista, la resolana, al uso dado en la forma, aprieta redes sedientas de lo tangible por hartazgo, repeticiones, donde el duplicado rehén se vale por asperjado espejeo de aguas incólumes, de pétreos observatorios donde un vagido repercute monstruosamente un infiernario florido, colofón y guarida, levantamuertos de mano eludiendo rubricarse en infolio, suscriptor hebdomadario que no es de este mundo, más sí del reino fulgente, El Sí-Mismo *inferno*. Atravesemos esta cuesta infernal, achacada a su paso regresivo.

[***el secretor***]

DELIRIO DEL DEMENTE

Como todo lo que empieza divinamente, todo lo que empieza también encuentra su cauce, desgraciadamente su cauce en un final, bajando desde la cima de la montaña hasta los deshielos de las consecuencias que pronto serán cataratas, mar al final de todo; bola de nieve royendo su propio transcurso, y aumentando, bola de nieve aumentando la fatalidad que no perdona, lo que con ello arrastre, así se tenga que con ello sentenciar lo condescendiente, lo retrógrado, lo establecido en este cementerio de personas a quien nadie (por cortesía) les avisó que son los infectos nonatos, hijos de la negra dama de guadaña y calavera, la infecta "muerte en vida" que asqueba mi abuela Graciela.

Traté en vano de reunir a los que me rodeaban, en recitales que con digno esfuerzo organizaba. Todo terminaba en jolgorios, espaciados por la descortesía que distancia a los amigos con cartas y visitas que brillaron por su ausencia.

Como todo lo que cansa, como todo lo que hostiga, la antropofobia asomando el rabo, la risa estúpida del infecto nonato, del abortado ser viviente que no es ni frío ni caliente; vomítalo, Hacedor, vomítalo, que yo me río a carcajadas de tanta mierda junta, que sabe que siempre será lo que es, muy por el contrario de la dialéctica del "más sabe el diablo por viejo que por diablo", y más bien diría: "más sabe el viejo por estúpido".

La experiencia repetitiva de una cháchara de salón, la contaminante experiencia de perpetrar libracos "para algún público de tal o cual edad", como si la bendita literatura fuera para determinado fulano con el cerebro de corcho, o para niños modernos con sobrepeso, estupidizados en los juegos en red, o la estresante maquinita para comunicar lo innecesario. Se repiten para sí, que la literatura debería estar dirigida "para un público"; ¡pamplinas!, ¡yo escribo para mí y se acabó!, y si está bien hecho, bien, lo felicito, señor único en el mundo. La buena literatura está hecha para una *elite*. Las masas no se han hecho para leerla; sigan en su chiquero, masas abyectas, contaminantes, desoladoramente enfermantes. Ya no más perlas para ustedes; sigan en la cháchara de siempre, la digna cantaleta de emular a los miles de borregos duplicados.

Que yo sepa, no se han hecho grandes genios en la misma manada; sino allá, en el acantilado del exilio, donde las sombras del silencio cantan su mejor canción de un malestar cotidiano.

No somos series, números, abominables repeticiones espantosas rebotando en las paredes de aterciopelados salones.

La naturaleza del genio tiene su momento.
El parto de la madre genialidad es duro, pero su fruto nunca por nunca será un neonato podrido, ni mucho menos.

Debo estar alegre de ser diferente, debo agradecer al Barbón que estoy lejos del mundo y de sus muertos vivientes.

Como todo lo que empieza y debe terminar, heme aquí, ileso y cada vez más explosivo, y me solazo en ello, me alegro, me reinvento y me maldigo, porque

Ay de aquél hombre que no reniegue de su destino; será un infeliz más, feliz (en su jodida cabeza), con la sonrisa del descerebrado que sólo comprende que vive, y cuyos desorbitados ojos no ven más que una amodorrada y retrógrada realidad adelante.

Ay de aquél hombre insensato vagando por el mundo sin saber que hay otras formas de vida inferiores o superiores a nosotros.

Ay de los justos sin causa y plena obligación a su trabajo con el que indignamente se ganan el pan del día.

Ay de los nonatos.

Ay de los muertos a los que nadie ve porque tampoco me pueden ver.

Apártate. No existes porque yo lo digo, no existes porque no me ves y punto.

Abomino de los rezos, de las moscas de salón, de los pavos reales.

Abomino de mi existencia, y de la singular forma de expresarse que tienen los devotos de una inconsciencia voluntaria, el sinsentido.

Rezos de moscas podridas alimentándose de un montón de nonatos en una interminable podredumbre, en el mundo, tu mundo, mi mundo, en el que ya no hay más razones que morir paralizado de espanto en un manicomio como un templo de recogimiento.

LAS CONSECUENCIAS DEL INFIERNO

Yo me asomé al infierno del amor y sufrí las consecuencias de la locura.

Sé más astuto que el demonio; muchas veces lleva el disfraz de cordero y la lúcida razón del descerebrado.

Sé más manso que tu propia fidelidad hacia una ramera.

Asómate al infierno pero no te alimentes de él.

Recuerda que la duda de todo es lo que infunde el temor en todo.

Nunca naciste para ganar ni para perder más lágrimas que la lluvia puede dejar caer de un cielo de perdedores.

Nunca desistas del amor, sólo continúa con el sentimiento tuyo que nada tiene que ver con la unión carnal ni con el sufrimiento.

Desiste del tormento que el amor acarrea cuando es mal visto o alucinado.

Desiste de las mandrágoras que el amor luce como bellas apariciones bajo luces de neón abyectas en noches de alcohol y frías partes pudendas, supurantes.

Desiste de todo cuanto afecta al cerebro o a las constelaciones quietas en su infinito de formas o apariciones.

Constelación. *Kharma*. La duda.

Manará la crema de tus entrañas inundando la noche de mi Este y de mi frío Norte crucificado en tu esencia.

El frío hambre de tu cuerpo me hiela las noches sin nadie.

Tierra segura de un viaje alrededor de todo lo repetido en campos derruidos por el tiempo.

El mal no tiene límites, pero lo bueno del mal es que nunca es tarde para acercarse a él, para enorgullecerse de él.

Elegir la senda verdadera es el legado con que uno nace como instinto de la buena estrella.

Las estrellas mejores para los perdedores del mundo, las más opacas para los que ganan una gloria sin comparación consigo mismos.

Nadie encuentra la fama, pero a la larga todo lo que nace es inmortal.
Pero a la larga todo lo que perdura nunca muere.

Reconciliación de lo inamovible y la carne votiva, latiendo.

Todo se dirige al astral Apocalipsis de la gran colisión cuyo final está previsto en los días sucesivos a la razón.

Venir del hecho a la razón de una quietud leve en un recinto apagando su lucidez a un pasado inmediato.

La verdadera luz es la vislumbrada adentro de nosotros mismos.

Me alejo del mal, me acerco a la música emergente en mi interior.

La calma perdurando en el siempre.
En el hoy del mañana de la plenitud.

CORRERÉ DE PRONTO HACIA LA NADA

De repente la Tierra árida de todos los días amanece anegada.

Los restos de la piel de un celeste prometido por los ángeles.
¿Existen los ángeles?
Son acaso los blancos pretextos para la existencia de la casualidad de una pluma cayendo en nuestras vidas.

Podría suceder esto, acaecer lo otro, pero nunca la verdad que estalle, flor de retama al sol de una verdad contenida, estalle.

De frente colapsando, enfrentando una suerte que más parece una pesadilla pedida a gritos antes de colapsar al sueño en una borrachera.

No ha caído nada esta noche.

Corro, me siento correr, me palpo en la madrugada correr mientras unos delincuentes me persiguen.

Nada en la sombra, nada en el cascajo de mi suerte o mi destino de bruces a lo que amo, a la filosofía

de piedras que nadie advierte, ni los amantes en su orgasmo de segundos deteniendo al mundo.
Nada alimenta más que el mundo contenido en un instante,
nada atormenta al mundo como el tiempo atrapado en el silencio.

Un cernícalo cruza mi impaciencia.
Alguien ara sobre el mar y alcanza su rojo horizonte.
Qué destellos, qué soles rodando hasta el vacío.
La rueda del *dharma* destroza mi cuerpo, la rueda del agua o lo que cae.

Un pájaro cronológico niega la gravedad, un tronco tirado en el camino advierte la ausencia de un hombre que tiene la tarea de levantarlo, para ajustarse el cinturón de la firmeza Miguel Ángel.
Apaciguas un llanto, esparces tus pulgas alrededor de un pajar de mil agujas cayendo.

Algo en este caos de ningún lugar; algo, una danza matinal de insectos aunque sea, una alfombra reluciente en la noche, algo.
Bajo el cosmos las luciérnagas establecen su fiesta,
bajo el gran cosmos todo barrido por la historia de sacrificios humanos y tam tams de tambores sangrientos.

Encontrados en el dolor, enchapados en cruces diamantes de sangre.
El dolor y su ruta parecida, el dolor y el espanto.

Clavas la mirada al vacío de una mirada que jamás será borrada de una memoria aún endeble.
Clavas la mirada en la muerte que asciende y desciende.
Una circulación de aire no detiene.
Un cielo ahogado.
Ratas procesionando en las calles, última morada de las tribus.
Hacia un mar de veneno.
Hacia las cabezas encendidas, luces en el infierno de las aguas.
Un respiro.
Hacia el mar, desesperados.
Fin del encuentro.
Una preciosa causa persiguiendo mi alma contenida.
El fin primordial de ver la nada.
La luz anocheciendo en el espanto.

POESÍA

A Gustavo Cerati

Planear el vuelo de la hoja, seguirla con los ojos por el aire transparente, que todavía no nombra lo que toca; recurrir al destino caído o cayendo de la hoja, grávida, gravedad de lo existente; su destino de seguida, de signada por la mirada que la acciona, que la mueve y la sigue cual un viento envilecido.

Ser el justo guardián de su suceso, *hoja*; planearla, vigilarla hasta su muerte como cosa *objeto*, imagen que se enlaza a su justa metáfora, la *hoja*; planearla, seguirla, destrenzarla en sus fases de movimiento mutuo, de mera comparecencia ante el burdo expresivo, hombre que nombra y relee su propia trayectoria en cuanto móvil, objeto de sed y desesperanza, de movimiento, quietud deseada para poder darle forma a su existencia, como hoja, como vuelo exacto que contiene su energía, su transcurso de ser hoja, y de no virar el envés hacia su frente de cielo infinito.

Ser hoja en cuanto parto de la imagen que la nombra, ser esa misma imagen, fuerza encantatoria rigiendo el movimiento, y por ése solo hecho, su perduración, su existencia, su estro ínsito, palabra que la nombra.
Su vuelo, su pertinaz caer algún momento, ese caduco vuelo teniéndose acabado, porfiado y a la vez convaleciente ocluirse de espacio abierto, cerrarse cíclico, detenida en su otra fase de hoja caída, a la distancia.

El objeto que es el poeta la nombra desde su esencia, mago *cognoscere*, sombra del ser, embrujo trascendente que ha elegido su universo de bola de cristal, teniendo por delante un destino de filósofo, teólogo o letrado; poeta, idea y su cuerpo, sombra y su esencia, eres la palabra que no está saciada de existencia, eres la inmortalidad que no coarta un límite concluido, un infinito cerrado, un cielo ingrávido, una portadora esencia que signa lo eterno como sueño.

Y el vuelo continúa por el transcurso que la mirada se da en ser la misma hoja; su transcurso, su esencia de movimiento y perdurable estatismo.

Dicotomía, Jano voluble, cara o sello, ruta o continuidad de abismo, disoluta desesperación en

creaciones increíbles aun por su propio dios que las signa, que las eterniza ante un hecho encontrado.

Palabra con la que nombra el portador de tal ensalmo, de tal magia deconstructiva en cuanto se construye el texto, el preciso rumor cognoscible, la otredad pasada de un perfil raro al borde de una alberca con estrellas, y lagos, y libélulas de humo connotando su existencia desde su imagen interior, desde su flecha redentora de una verdad que no busca, que sólo sorprende sorprendida, pararrayos aguardando su tormenta, para tragarse su centro, su problema, su infierno.

Los relámpagos son el problema, son tragados por el pararrayos que no busca, que no hace de esa búsqueda su motor nombrando las cosas con el introito del verbo, la fiesta cerrada que pertenece al lenguaje, el Universo que es el lenguaje, lo que nombra, lo que llama al Universo, y la palabra, oscuros ojos acechantes bajo una piedra o entre las raíces, antes aun de la creación del hombre en el mundo, "*grano de arena*", Blake vidente, antes aun de la sola idea de crear, de ser un vasto dios señalando lo que imagina, *i-m-a-g-i-n-a*, designa con su dedo creador, nombrante, mágico.

Y el pensamiento nace en su palabra callada, en su imagen, la esencia imperecedera de lo redentor, de lo establecido, no por leyes, sino por sorpresas magnéticas nombrándolo todo, designándolo como al transcurso, como al vuelo dechado de la hoja, por silencios designando lo propuesto, por una irracionalidad mágica, óptica pregunta enarbolando su magia sorpresiva, su *Poesía* siendo imagen, esencia de la cosa que *es*, vuelo de la hoja, dechada imagen de la paleta creativa, momento perdurando en su memoria sagrada, su inocencia transparente, su *Poesía*.

NUNCA BAJO EL ODIO, SIEMPRE SOBRE EL ODIO

Nunca perdones si te han desgraciado la vida por unos imperceptibles días,
ni mires de frente, defiéndete de costado, con la máscara hipócrita que te susurra tu diablo interno.

No adores ni admires algo de lo que de sobra sabes por superado en momentos de intimidad creativa.

Tú eres la mayúscula pregunta de lo por venido, de lo previsto así como así, por generación espontánea del *Eureka* que te guió calato por las calles del escándalo de los moralistas con su cuaderno del año de la pera bajo el brazo, que sus nietos, tataranietos y generación tras generación seguirán a letra muerta, como quien sigue la condena de haber nacido en este cadalso de repeticiones.

Ciega condena, nunca hagas las paces con el enemigo, porque por una suerte de corriente manual puede que la estupidez se contagie;
nunca maldigas a lo que puedas convertirte, tu enemigo, que a la larga Borges tenía razón afirmando ciegamente que a fuerza de odiar al enemigo, éste, terminará por parecérsenos.

La moral, los libros de autoayuda, la terquedad de ir contra lo que aconsejan las madres y hermanos, las esquinas con su gotas de sangre cuyo rojo oscuro será venganza desprovista de todo reparo por desintegrar al enemigo.

El grito de los desheredados como un pedo supersónico en la noche insondable.

Las maldiciones alcanzan el trasero de los muertos.

Aunque no tanto como sus arrepentidos autores, esos libros malos, y peor, los de autoayuda y *best-sellers* contaminando más al mundo-basural, son largas tiras de papel higiénico, pañuelos con los que largamente, tristemente me acojo al perfil de mi sombra mustia, sabiendo y dudando de si en verdad el talento sirve para algo, para la locura, para algo.

Y las congregaciones murmurantes de personas cuando pasa éste su Rey, son la asfixia del aire que bien nos tiene en pie cuando no en soportabilidad, a causa de todos los días.

Para los ganadores se hizo el mundo y yo apuesto por el optimista terco, que es mejor que el derrotado y persistente perdedor paralizado ante un asalto, muerto ante la muerte que aún no lo ha agarrado de los mismos cojones.

Días anegados de Octubre.
Mi vieja susurra sus cuentas y ya me he convencido de que la enfermedad puede que me tumbe; pero al oído, al lerdo oído y zumbante lo calma reflexión alguna, leída, re-creada a partir de que la dicotomía de la *psique* y el *feeling*, brazos contendientes en su erotismo de juntarse, lo que el beso es a la boca y lo que la intención premeditada del beso es al anhelo que tenemos cuando estamos enamorados.

Para qué sirve ya estar enamorado cuando los mejores días se han hecho humo de chicle entre los dedos de la desesperanza.

Yo me involucro a ti y tú te involucras al colectivo que tiene la costumbre de ser tan individual como llorar bajo el Árbol de la Vida.

Lejos, españoletos.
Los molinos de viento que me faltan por derribar.
Lejos, manco de Lepanto.

Hasta aquí tu reverbero, tu zumbido cuando ya no cabe una vida en el libro previsto, en la oreja, presoñado, fugado en crema de canarias, listas, pían a su encerrado puñadito amarillo de plumas, listas como una gaita a lo lejos,
mientras guerreros celtas mueren por un sueño en esta paz trascendiendo el campo de los muertos.

Mira lo andado, a ver si me recuerdas.

Mira la cita perdida. Solloza.

Soplo suena a olvido.

FRUTO DEL RECOMIENZO

Capaz de surgir de los restos que quedan,
suficientemente hombre para borrarlos de una sola patada;
capaz de hacerle frente a la fiebre, con esta frente de animal bajo estos soles,
me río del cornúpeta, le tiro de la cola, y lo estrello contra una roca, le doy su merecido por la súcuba cornamenta, por donde hasta hoy no le han sonado.

Agrio, apestado, el rostro es el papel arrugado del escritor que corrige incesantemente hasta saber que su perfección no es más que la suma de caídas, intentos *in progress* hasta las más vertiginosas variaciones de lo que resta por bello en los parámetros estéticos de la más indescifrable calidad artística, cual si en una línea descansaran los puntos que no te harán ver el sudor solaz de apenas haber hecho un trazo pueril, sino más bien una gran obra maestra despuntando en su abalorio mágico que guarda para ti la perfección del intento infinito.
De una comarca surreal.
Hasta sabernos precisión, tacto, lúcida mañana que siempre inicia cuando pasa la página de la historia.

Paso mi gargajo hasta ser lo que soy, un poco más que bestia regida por el rabo del 6 yéndose por la entrada izquierda del pelo, la marca inevitable del que no ríe nunca y un temblor de vez en cuando lo despierta de ese letargo al que todos están proscritos; regida ante un espejo rayando su miseria personal y su ecléctica amargura de situarse justo en la frente de toda desgracia, como a las seis de la tarde. Seis inescrutable seis.

La genialidad es eso por lo cual nos señalan como puntos negros pintados en el mantel de la normalidad, a razón de un espantoso punto negro por cada millón de vanos insensatos.

La mujer que miraba como si uno estuviese a punto de ser el destello de una luz muy especial.
La mujer que miraba ya no me produjo nada en los redobles más mortíferos de estos restos re-creando la misma creación.
Tenía un humor putrefacto.
Osó en tratar de detenerse, justo en mí, que por un pretexto me le acercaba;
pero no olió que eran restos, sólo restos, los que para ella guardaba.

Ya nada importa cuando la impronta de los sentidos queda desgastada.

Las huellas indicarán la muerte.

La barbarie es la condena de todo ser olvido.

Luego de tanta intensidad hasta el deceso,
hasta caer los brazos y olvidarlo todo como un descerebrado idiota riendo al borde la tempestad, y nada; sigo aquí sin nombre, sin conciencia ya de seguir siendo el malo de la escena inmortal, el punto negro como origen de todo malestar que al final es regocijo, desfachatez de seguir siendo hasta la náusea el cancerbero cerrando la celda del acaecer de monedas tirándose al vacío, para ver si algún buen deseo nos sucede; sediciosa cólera que te ata al rabo de la flecha, punta inevitable que llegará a su blanco. La flecha siempre llega a lo apuntado.

Inevitablemente, como si todos pasáramos por la crucifixión, hasta la gloria, inevitablemente todo sufrimiento es el proceso de parir con la más pura convicción de que el dolor siempre cede al bienestar del ser que lo vive.

La puerta cerrada aguardando que los gritos pasen para dar por fin entrada,
para ser lo que fui,
para recordarme devastado en mi propia ruina.

En reírse consiste pasar de lado la sucesión galopante de los días.

Terco en recomenzar, en siempre caer con todo y mi tronco levantado luego de haberme ajustado la correa.

Bracear bracear por el lado contrario del remolino, ir por la tangente que siempre es la mejor solución para tan simplona cometida de dar y dar pasos en busca de nada.

On the air / by the way y lo que fuera tan capcioso.

Tira de la ventana, respira, por fin, de una buena vez hasta ser escoria. Día incinerado. Pura y fantasmal sombra rayana en la noche que no pasa.

Me place empezar de nuevo, seguir empezando por una estación infinita de intentos fallidos,

hasta que, no sin la imperceptible claridad de la perfección es que me encuentro.
Rostro gótico.
Rociado por la edad que da a los rostros la madurez necesaria en una situación donde los deseos ya no forman parte de un modo de vida demasiado frío para compadecerse de un ridículo recuerdo.
Ni un rostro demasiado trasnochado en la tormenta del nacimiento desesperado de la creación,
el resumen de un parpadeo de vida en lapso inútil y sus límites que a nada van a dar.

Contemplarla en el ceño de las apariciones conexas asociadas.
A los restos.
Rostro gótico de la mujer agonía.

Cruces para las seis bestias murmurando una derrota demasiado fácil para aceptarla así como así.
Como si en recontra caer a contrasuelo no estuviera acaso la palpitación victoriosa de siempre recomenzar, por siempre jamás hasta encontrar un gajo de infelicidad cada día.
En este fruto redoblante.

LA PERFECCIÓN DE LO QUE PASA

En la aproximación hacia la ventana de mis decepciones.

Deduzco la gloria, lo asomado al cadalso de una ascensión.
Infinita caída. No cesa su maná el alveolar.

Innombrable ser de los juegos de sus cuentas.
Collar caído al cuello, anillo al dedo, guante que no deja la noche para que no pase el asir de lo blando y lo negro, en una especie de ploma confusión bullendo en el fuego.
Una pareja perfeccionada en sus actos cotidianos, aros perdurando el símbolo que honran, veneración mutua hasta el fin calmado de lo imperecedero.

Perfección/calma.

Una gota cayendo, retorna en su vacío.

En la tibia mañana.

Y por más que la hierba crea su viento acariciado.

No podré borrarlo así el polvo borre la memoria de los libros intrascendentes, así parta de lo atormentado para urdir la más sabia perfección que no escapa al centro de todo.

Lo que fuere una huella, un precioso eco estallando en cristales contenidos.
En el alma.
NU.
Lo que más y por puro perdón de un rostro, pasa, ansiosamente mira.
Pasa, suave hoja sin alas y capaz del vuelo poseído en su propia energía.
Que fluye.

Rondas de niños, en mi inmovilidad, sueño a lo lejos.
Un mundo perdido.
Lo que no existe.
La mano fantasma y su destello de que el peso es lo real, de que el paso es lo seguro.
Mano fantasma.
El rayo traslúcido de una razón trastocada.
Alba de la locura iluminada.
Hermosa contradicción.
Entrañamiento por lo desconocido.
Hacia el reino anhelado.
Hacia el palacio de rosas frías que no mueren por rocío.
Sólo la presunción de que se ha sido fugaz en un pasado inmediato caerá en las redes de la fantasía.
Todo será por fin ensalmo, magia, diseminada lluvia purificando al ser de sus dudas, de todos sus tormentos.

Las huellas del corazón enterrado, sumido en su deliciosa amargura de todo saberlo sacrificio.

Ningún camino a la belleza escapa al sacrificio.

El amor duele.

El dolor es dulce cuando por él sacrificamos todo.
El ciego renunciamiento por lo que amas.
La alma perdida que en su paso se va santificando.
Aun si el beso no sucede, aun si la carne no encuentra su solaz efímero de los cuerpos tocados.
De una forma no visible para el obstinado ser que no comprende porque no mira desde la montaña lo que le aflige.
Lágrimas enterradas.
De lo sido.
Permanece el tañido de una lágrima en la mañana que fugazmente, de puntillas.
Acaricia.
Los sexos que en su chasquido primigenio.
Concibieron al pecado.

Una forma que tiene de sortear los deseos reprimidos.
El cuerpo sensual, débil, del riesgo que nunca es perdonado por la inánime presencia frívola, en un mundo al exilio.
El cuerpo que cede.
Los poros abiertos a la música del día.
Anillos cruzados entreviendo el enigma.
La música sucede.
Y las montañas abren su tesoro enterrado de cálida entrepierna.
La madre Tierra que los crea, los eterniza en su flama poderosa urdiendo el fuego interno, lo que vive.
Ellos son lo que son por el justo amor aproximándolos.
Y así es como todo se resume al retorno.
Y es así como he vivido.
Y perduraré en mi alma sagrada.
La pura semilla germinando en su morada de luces.

MI DOMINIO DESCARNADO

En la negra avenida los restos.
Perros desperdigados en las ruinas.
Y la blasfemia guardada en la billetera.
El caos acechando se nombra en sus huestes de plumas sangrientas.
Podrías pasar por esta precariedad canina de dormir frente al hambre de sabernos solos.
Podrías revolcarte en tu sagrada indiferencia de ver podrirse al mundo.
Sin apagar sus llamas o develar las manos.
A los flancos por seguir, sin más cola que esta duda arrepentida.
El animal que ríe y traga su miseria.
Los restos acamparán en las huestes del frío.
Como por saber nada aceche la intuición del que dormita en el micro.
Si ya percibe por la ventana los campos del infierno con sus sodomitas abusándose hasta la idiotez orgásmica del maniático.
Torna el abordaje de la pluma precaria de una lucidez pasada.
En lo que fuera nombrarte.
Por una reconciliación de puertas cerradas inaugurando un caído paraíso.
Sin nombre.

Alternan los brazos sus heridas, magulladuras, por acción perseverante de lo vil, lo acompañante.
En el efímero espejo corriendo un líquido negro desde los ojos.
Deciros a puño limpio se abre la gran selva por desenmarañar.
Tu mundo perdido.
Sería la más iluminada mentira que acaece en lo precario del árbol quemado.
Muchos que cayendo por cansancio, muchos entregando las tablas roídas por la mugre de la unción sagrada de seguir al pie de la letra.
La palabra que existe en su mundo.
Por una cuestión de enterrar el pico, hundir la testa en el polvo sangriento.

El mundo no es para los débiles.
Y los que tienen la voluntaria unción de los justos.
Bebe la copa de la ruina.
La sangre infecta de un vampiro que día a día te alimenta.
En la noche perdida del puro canto de tu amante derrota.
La palabra.
En su mundo, lejos de la practicidad que ha hecho lo que es hoy el mundo.

Aquí en tus brazos a traspiés con la danza de unos lobos desesperados.
En la sangre.
La contienda abre sus puertas instantáneas en el porvenir de los hombres vampiros al borde las ruinas.
Esperando otro ocaso como perros tirados en los restos.
De la negra avenida.
Al azar me nombro, a ver si una de las cristales cuentas cae y de una vez se revela el rayo que partirá el milagro de la muchacha Mona Lisa.
Y desaparece lo que *es* y no muestra su apariencia.
Leve precipitarse de la piel primera, muda, obligada, de una voluntad fácil al devenir del fenómeno en cuestión.
Y en la piedra descansa el escriba royendo la transparencia del río.
Lágrimas contaminantes.
Interrupción, ataraxia, cuneiforme tabla de sentencias.
Que cojean.
El diente filudo cortando la noche estrellada de luciérnagas.
Unas en alfombra mágica extienden su sábana de luz.
A la aurora inconmovible.
El caos del silencio.
Ensordeciendo el remolino corazón que siempre converge en sí mismo.
Unitario ser que no perdonas.
Y sigues la ruta de los efímeros existentes de antiguo.

Como al pasarnos algo, nada suele importar que nos muramos.
Que nos veamos reflejados en la sombra líquida.
No reconociendo ayer.
Lluvia de los desesperados.
Nada.
Ni la sangre de los justos.
Ni la paz de los malvados que ha hecho crecer espinas.
En el campo maldito.
Ni el dolor instaura sus magros acontecimientos.
Cuando por frialdad o indiferencia se ha aprendido a colgar de la razón los sentidos gratuitos.
Para seguir en lo mismo, recorrido en sus más infinitas variaciones.
Hasta la locura, hasta el desgarramiento, hasta el polvo que en la nada esparce por su propio viento la memoria irrevocable.
Del que no existe.
De lo sido que *es*, del hecho que ya es pasado.
Al inútil parpadeo.
De lo pernoctado descalzo.
En una senda de brasas los sentidos se afinan hasta el río que transcurre, inmutable.
Como en el *Trópico* del suicida lúcido que vive en cada uno de nosotros.
Como en la cruz atravesada en la espalda.
Nada es tan justo que morir en el vano esfuerzo que llena al espíritu.
Sin nadie en nosotros.
Sin justezas, sin reclamos.
Sólo ir al lado del espíritu que llena.
Y trasciende.
Desde la mañana el río transcurre y ya nada lo detiene.
Si existiese la alegría, hace rato que sería el mismo cerdo recibiendo las perlas de otros, enfangándolas en el olvido atracado en mis pezuñas conformistas.
Rico y sucio puerco enfangado hasta la conciencia.
Del que ríe sin sudarle ya los surcos cutáneos.
Del que no roe la luz de sus huesos.
Hasta desaparecer en tal bienestar que lo situara en el primate imbécil que mientras masca sus semillas, ni así caiga un rayo y casi se vislumbre la verdad que estaba esperando, levanta la mirada.
Para que de una vez en el converger de todo acto puro de revolucionar la partida sin luces.
Para que de una vez el águila destace a su presa.
En el silencio de las montañas suspendidas.
Mientras la sangre derramada sustenta en la roca.
La más inamovible indiferencia enarbolando mi dominio.

REVENTARTE AL PRIMER ESTALLIDO DE FÓSFORO

Alción de dudas, mar de las razones.
Si por una fuente de sangre enferma discurren vidas pasadas.
Si en el espejo por donde cruzan migrañas desconocidas.
Cruzadas caídas del paso por aguardar.
Admirada tea de asombro protege el templo roto.
Gordas palomas alimentadas por un sol contumaz, devastados dominios de la inerte figura que en su versión más transparente indicara el campo que asieren los vencidos con sus garras.
Más lección atraviesa la hosca garganta con su bola de hierro atravesada, hasta dentro de un Eón que permita unir la distancia separativa del estómago flojo, revuelto en la diarrea del alcohólico, del despechado que no puede amar ni por un solo instante apasionado, ni por una flor de silencio ni la yesca.
Cerrada grieta vertiginosa de los surcados hombres por hoyos negros situados en deceso.
Cerebro soleado, manos sudorosas.
El insomnio una insignia en la frente para abortarle al día sus más aceitados engranajes rutilantes, horario fijo, firma de contrato; si no paras la olla, sonaste con la mujer destemplándote el desquicio.
Rubricados todos por la parpadeante lluvia de ceniza sobrevolando la pesadumbre de estar plantado trabajando.
Mientras la vida es lo que pasa.
Qué manera de filosofar.
Si una flecha encuentra su blanco.
Si una muchacha en edad de las gracias merecer, seducida es por su verdad interior de flirtear con viandantes próximos, que muy quedo, le entibien a gozosas musiquillas “el palomar del bello sexo”.
Alción de dudas, hierbajos donde me escondo para petrificar de un flechazo la golfa nube que hará polvo al mundo, que hará polvo a la sombra, y el resto me llega al pútrido ser podrido cuya desgracia de maldecir es la ruina que cada día lo renace.
Gente replegada en el instante de pasar y saberse extrañamente recluida en su colectivo humano; de largo, humano colectivo en su puñado de tachuelas para mitigar el estrés cerrando puños al dolor gratuito.
Ratatá en las cruces del baño, ratatá en los rincones del cuarto apestado de ebriedad, flatulencias y sensuales maquinaciones.
Y la sangre llenará la fuente maldita.
Apurar lo amargo recorriéndonos el ego despotricado en la pared de bruces.
Motores, troncos, brazos palancas, piernas ruedas en la pista devastada.

Y el robot rutinario caerá por siempre en su basural de tornillos envilecidos por el recambio, el consumismo de tirarlo todo y empezar de nuevo a ser esclavo de la tecnología.
Del ósculo intenso hasta el ahogo, del negro besuqueo trata el Parquecito de los Evangelios, para que te pongas pensativa a bordo de la nave de nuestra fiebre inicial de persona ubicada en su placer prohibido, y por ende, más intenso.
Un paisaje sanguinolento acomete el amanecer basural; restos de una noche, según ellos, placentera, hasta el sueño del descerebrado con zureo de oreja derecha, pálido, preocupando a una que otra madre harta de su encierro en la menopausia final de su lecho en desorden.
Bragas del rosal; doncellas afloran las hiedras, amén de sus ojeras errar orejas; calcadas, desnudas bestezuelas rozando al primer y fauno hachazo obedientes; ninfetas purpurinas, en cortesano oficio iniciadas.
Guitarra de un amanecer recurrente, insectívoro en cuanto a su cornetita hormiga; seguir la fila, romper los grupos de ascos visuales apoltronados en la expresión comprometida del grajo; harto corrosivas estas letras lesionando el viaje hasta el tósigo, la baba en la garganta, la bilis reptando el desayuno mal apurado con la desesperación del que asiste a la escuela y llora en un día nublado, por niño e imbécil, por respetuoso hasta hoy con las marsopas del respeto riendo amordazadas, imberbes.
Hasta soportar en el holgorio de un Martes a dos colegas hablar de trabajo hasta el deceso, cuando por pulga convicción en la ladilla mereciese este cantor martilleante una buena grupa, vaciar el volcán hirvientemente estrellado.
Que satisfagan la lengua reseca, el bochorno en madrugada reptante.
Siendo el mediodía, razón del cenit, nadir de la mano negada a despedirse de su persona correctamente sentada, peinada con raya al medio para graduarse de muerto.
Tocando el fuego al infinito, el celeste apestando cuerpos caminantes; una pista por cada zapato arrastrándonos, clavos sacando chispas en el asalto donde malandros p.m. recibirán una buena cachiporra por donde el sol poco llega, como recuerdo de mi más sagrada venganza, por los pateados, por los caídos de cojones por pertenecer a la clase D o F, barrio de indigentes soportando a esta hez de gente divertida.
Por ser los parias menguantes en la Luna alcohólica, violácea, caliente, despertando, arrojada con la primera mano de alba nebulosa.
Los melones blancos de las sintonizadas de perillas chorreando lácteo icor de mi carnal avecilla en uso.

Una malteada para infiel compañera hasta así verla maullar su crema constelada, fluyente.
Para que llores en la oscuridad, para que los idos perdidos salgan del prostíbulo a las luces viajantes, al averno mundanal consistente en arrogarse los problemas sobre los lomos.
Sucumbir de un rezo hipócrita llorado desde las testes más duras hasta la piel intacta del corazón con su dedo señalando la tormenta de los desesperados.
Calles achatadas en posición de escape.
La salida a lo visto, a lo sorpresivo.
Alción en vuelo.
Poseída ventana por la legión de telarañas y polvo.
Legión de zarrapastrosos alternando entre el monín idiota con corbata a topos, o la solitaria asistente mordiendo una manzana mientras juega solitario, y de vez en cuando se pasa la lengua sudorosa de la mano por la grieta de la falda, hasta suspirar su orgasmo de solterona con las piernas cerradas. Suda esperar hasta la 1 p.m.
Colapso de moldes de persona repetidos en siluetas de papel de una realidad recortada al gusto del cliente.
Muñequitos recortados, unidad a la mitad de la mano.
Líneas blancas si cruzas el tráfico humoso, *smog*, fatal tontería, regarla en prima, ir de asombro en asombro por cada planeta en puesta, melancólico, soso, rey de su cornudo reino de hijo obediente trayendo su canasta navideña.
Con todo el puño del alma reventando al primer hocico mirado, con toda la rabia primeriza estrellada a patadas.
La primera luciérnaga estampada en la fanal noche del mundo estrellado,
para morir en mi ley de arreglármelas a golpes con el foco del día brasero.
Reventarte al primer estallido de fósforo.

GÉNESIS DEL NO-SER

Me arrastré en el lodo ebrio de.
Seguí los vidrios clavados de la Luna.
En mis ojos.
Gravitando en los encuentros temblorosos.
En mis ojos.
Se sabe más por desencadenado en ruinas, esquizofrénico.
Se sabe más por desencadenado en ruinas que por diablo mundano amasando los senos de su muerte sexuada; que por diablo sabido riendo en el instante, aguzador de su porvenir pesadumbre; en tanto su efímera alegría termina.
Y lo que más convenía era callarlo.
Pero no fue así.
Se mostró débil ante el enemigo hirviente de concha.
Arrastrado por la marea que él mismo creaba al paso de su demonio interior.
Que al paso de su desencadenada pasión inaguantable.
Un solo espacio el pecho cerrado, un solo inhallable y ruinoso.
Ser de piedra.
Simulábamos ser el frente más que la explosión desde donde se.
Diseminan extremidades voladas por granada.
Después de muertos el corazón sigue latiendo.
Los graduados de muertos ya no van a la peluquería ni se hacen la *manicure*, sentido común del que acaba con su ciclo para que surja el humo del olvido desde el humeante excremento.
Es así.
Todo termina cuando.
Ser el hecho de la flor iluminada.
Ser el hecho de la flor, la ternura de la flor que se sabe.
No se encuentran porque no saben si la luz estallará como si hubiera estado escrito.
Porque temen tanta ternura.
Quizás pueda doler demasiado.
Quizás pueda ser interminable el sentido de cerca saberse.
Pero así, la espera nunca es vana; pero así, conviene que sepan lo que aguarda tras del sorpresivo momento alimentando.
Este frío alimenta.
Afuera el Sol de siempre llama arrastrarse.
No motiva el abrazo a reconocer un intento de persona.
En el polvo el recuerdo del polvo, lo que queda son, impunemente, inútiles palabras.
Y la memoria creando reptante.
Sus esferas circundantes.
La memoria.
El creador de planetas desconocidos si despierta a la lucidez.

El paso dado, el abrazo aproximado.
Un beso y sabrás qué es lo que debes hacer por el resto de tus muertes.
Punzantes alas acuchillando esta ceniza, este graduado de insomne bajo noche y su calmo descanso.
El grito hacia adentro, mudo.
Lengua mordaz que en sus rebatos de víbora dijere la más convenida verdad,
de golpe;
la más blasfema oración para saberse seguro,
tan inútil de respuestas que.
Mejor será pensar doblemente mal,
para,
de largo,
alternar la única respuesta.
Y así latencia/inmanencia,
dos fuentes de reflejos a lo ardo de las caras que nunca se han visto en su vida.
Que la primera vez de dos desconocidos es la más pura empatía con las almas.
Los ojos miran desde su forma volátil,
negra,
alma.
Tan caída la forma más sincera que tienen los humanos de mirar.
Tan caída es el alma del que mira.
Y así se conoce, se deduce.
Ciegos seremos al intacto cruce de ráfagas clarividentes.
Estaremos seguros de que el presente no es más.
Inútil estarlo si ya ha pasado.
Inútil estarlo.
Todo paso ya fue, todo paso indica el *Avanti*.
Lo dicho desde las entrañas hasta sangrar la bilis horrenda destruyendo los intestinos.
Lo dicho desde el centro sangrante.
El cadáver haciéndose al dolor de la espera.
El cadáver haciéndose desesperanzado. Asiéndose.
Y el perfil desaparece, visible humo que al cruzarlo somos el humo,
que al cruzarlo somos.
El perfil narigado, triste en la pared,
a la luz de la vela.
Supongo que todo está bien.
Que al cruzarlo parte de su existencia. Se tornó en aire presente y cuerpo idealizado en bloque hacia.
Esquinado ronroneo en la canción demasiado fría.
Tiritar de los brazos.
La casa lejana, la luz perdida en el hundimiento del que solo se recoge, cuadrando sus espantos en la forma de cómo estrangularse al miedo con sus *electroshocks* enervantes a la duda de si ya han declinado sus neuronas.
Para la duda de si la vida es cuando eres yo o cuando yo soy yo.

Luego se olvida la perfecta seguridad de serlo.
Luego se olvida.
El transcurso de los años mientras advertir arrugas bajo los ojos. El gorro descocido; más frente, ventrudo. Bajas a tu lecho pensante.
Por pura convicción te asiste a sí propio.
Nunca se encuentran los buscados presentes.
Al simple cruzar de la avenida.
Su revolución de esferas, su locura de, a todas manejarlas; ser dios en ellas, gobernando sus habitantes apagados, hormigas gritonas, ensordecedoras a través de la desgracia llovida, sangrada, de gallos estrangulados, comprendiendo el rito de, a medianoche, inaugurarse a sí propio, vírgenes;
un banquete con sus carnes tembleques, sus pezones titilantes más suaves, sus flujos recientes.
Salgo a la música de las calles.
Me niego a seguir tiritando.
Habré de reconocerme si no estoy en mí.
Si voy a no sé dónde para apurar este paso temporal.
En alguna esfera rodada por El Mago.

DESENCADENADO SUICIDA

Aterrado en su herida, hecho sombra; si estrangula su ciego paraíso está perdido.
En la flora descansa sus lomos de bestia que siente.
Alternan sus heridas el lecho de espinas, opción que él prefiere, antes que blonda cama, para reflexionar por todo esto que le pasa.
Azular programática nube a caída.
Ser el arquero que dota al suceso su vertiginoso transcurso lanzando la flecha; no ser de ninguna manera la flecha misma; ser su transcurso, su dios, su propulsor y desaparecer de todo estado escandaloso de mundo.
Ceremonias, aplausos, vino de honor; el sinceramiento entre cebadas; el hipócrita que mientras habla de manera educada, te maldice, porque está compartiendo su baba mediocre contigo.
Ser el que tira la piedra y esconde la mano, el que escupe al cielo y te enseña la danza bizarra de las pelotas al aire, para que deje de llover frente a castas feligresas.
Lávate las manos de la culpa.
Ser el que se caga en la noticia sobre política o periodismo que con su roce idiota de sub-literatura trata de ser —perdón, es— el más ridículo remedo de escritor.

Válgame Dios; si con buenos sentimientos se han tirado los más espantosos engendros literarios, los artículos-noticias son la más redundante y fría repetición de una realidad descrita, con aquel descaro del reportero que no vive más que su mundo donde come y duerme.
Sangre de los débiles, o bien hiere, o es herida, inalcanzable palco al que puede que nunca llegue, si más siendo la arena, enterraré la sangre de la derrotada res.
La furia de los toros enterrada.
La furia sangrando su tierra, su polvo, derrotada.
Y para esto, palco sangriento de una tarde de toros, el primer deslumbramiento del lúcido suicida, la cadena de vuelos surrealistas continuando su historia.
Para esto que te veo recorriendo.
Ser en las heridas, solazarse en el lecho espinado, la frente vana, la manía segura.
Sin mayor certidumbre que hacer lo contrario a leyes impuestas.
El barco acallará y se iniciará la juerga de los piratas que partieron un día de su encierro en algún pueblo decente.
La luz hace lo suyo mientras alumbra el rostro reconocido al encuentro en la oscuridad de lo perdido.
Tú eres el escogido, tú eres el Mesías, el profeta demasiado duro para permanecer entre las plumas del descanso.
Una vana caricia sucede al primer tacto.
La primera sentada, la genésica idea del No-Ser.
Lánguida caricia aceptada al puro lecho sudado, fiebre compadeciéndose de su más deliciosa ruina, ser que en su rara felicidad niega toda forma de alegría gratuita.
Sin más esperanza que el dolor asumido, frente a toda forma que sorprendentemente es menos sorpresiva, frente a la opción de ir por el escándalo, la verba taladrante, batería y voz ronca de barbados metaleros, experimentales músicos contemporáneos.
Una pasada de rollo de alambre de púas por el paladar, gárgaras de tachuelas, paso al gaznate del peor matarratas, a las en punto, detenidas maracas, los relojes.
Esa felicidad negada para los obedientes ciudadanos con trabajo, peine y pañuelo en el bolsillo.
Esa felicidad situándonos a los contrasistema, lunar en el rostro, estrella desaparecida que sólo queda en recuerdo, oveja negra corriendo hacia el abismo del mar; ahí somos suficientes para desobedecer la más férrea ley de la existencia.
Morir en mi ley como un verdadero suicida que acepta la vida tal y como atormenta.
Tal y como me place negarla viviendo.

QUIEN AÚLLA A MEDIAS, MORDEDORAMENTE

Quien aúlla a medias, mordedoramente, quien suave se alimenta en su fango; quien escupe al cielo y espera unos mangos de la rama apedreada.

Tira la piedra, martilla, hacha, destaza.

Las palabras suaves no alimentan a nadie ni ayudan a nadie.

La caridad es símbolo de los débiles.

Piedad, miel de los justos.

Sermones para qué, si sola la rueda se conduce con el fluido movimiento, si la fuerza cruel y salvadora son las palabras duras, la lluvia de cuchillos para los espinazos sumisos.

Qué diferencia si hago el bien sin primero mirarme la miseria que me hace justo.
Para mí, para mi egoísmo.
Qué diferencia si dejo el legado, y si nadie me agradece, o si profiero blasfemias para que todos escarmienten.

Respecto a portarse bien, creo que es un mito relacionado a la sumisión a un jefe en la manada.
Para quién trabajas.
Deberías pensar un poco más en ti mismo.

De un cambio agresivo parte la claridad neutra de quienes siguen el camino correcto.

Templanza para quienes tienden a dar la moneda caritativa. Quien hace más daño es el caritativo, que el mendigo. Quien hace más daño es el que trata de conducir un carácter. No el obediente, sí el agresor, el que rompe los límites, el atrevido a sobrevolar el abismo sin alas.

El riesgo es el acto más adecuado cuando la duda asalta al tímido.
Fuerza salvadora del riesgo, que la fatalidad de algo peor que la muerte o la locura ronde mis límites.
Que el reto rebasando los límites del miedo se postre ante mi carácter hosco, que se arrodille la culpa ante mi fiera temeridad asolando a los débiles.

Mi naturaleza obstinada ve en el mundo de los retos, el éxito.

Salgo a flote todos los días cuando el redoble de cada final significa un inicio. Cuando sumergido en el abismo soy la crueldad misma venciendo mi propia debilidad, mi comienzo reflejando que una vez más seré, que una vez más procuraré superar mi récord, asolar mis límites.

El campo de los riesgos para mis bríos de empezar otra vez, otra vez levantarme, otra vez repetirme en el intento cambiante dando la posta al recomienzo.

Una vez más morder el polvo.

Quien aúlla a medias, mordedoramente.
Me venzo.

DECHAR DECHAR EN LA AGONÍA

Piloto del fulgor que crece
en mi agotado ser de ruinas devastadas.
En la noche.
Planeador de pasiones encontradas con todo el fuego de la mirada.
Con todo el mar de la razón perdida.
En el viento de los días.
Contenidos.
Incontenidos ahora que el rezo de la arena es el único reloj restallante en la agonía.
En el espejo de mi rostro envejecido, hinchado por los días de alcohol y de furia frente a todo el amor
que es una perfecta agonía,
agonía del canto,
agonía del perdón,
una larga agonía como un esqueleto precario cruzando el desierto de las penalidades atracando su mar de oscuridad en el Calvario.
Inunda la noche.
Inunda la noche.
No sabemos si este es el mar negro que esperábamos,
no sabemos si todo el filo de la vereda de la esquina rociada de sangre es suficiente contrasuelo para el cráneo.
Que deberá romperse

de una sola vez
hasta sabernos negros en un *chip* reinventado,
profiriendo que *vida* se resume, que tecnología se resume en la mecanización del hombre que trabaja y cumple su horario así como los planeamientos estratégicos para que cuando llegue a los cuarenta no se pele con la lepra mísera carcomiéndolo hasta la duda de los huesos, hasta la más hecatómbica miel que por justo y honrado ha cumplido en envejecer detrás de un cubículo de acero refrigerado, alterando estados financieros y voces desconocidas, enfangando toda la ruina de cristal empañado.
En agonía.
En agonía.
Ahora que las arenas del tiempo gota a gota caen su grano indeciso esparciendo la duda de cada grano en el rocío de la Tierra,
empezando otra vez,
hasta catapultar la desesperación que en los dedos entierra el temblor de un amanecer más en la boca ignominiosa de la desesperanza,
esa verde culebra regurgitándote todo,
todo.
Morado, pálido, baboso, asqueado por el diablo de la duda.

La esperanza como la más ramera y abyecta forma de irse sumidero adentro hasta las venas subterráneas y pestíferas de la ciudad,
que dan al mar.
Y algún día la podredumbre, la excrementicia flotante en días lluviosos, por las calles reventada, enfermará las almas ya gastadas por tantas luces falsas, estrías huecas en el alma corrompida por un afanoso placer que puede ser un espejo; un yo, abierto, dilatado, violado por esa risa idiota y hueca de los clones; cada uno con su espejo, directo a la perdición enterrando a los hombres en la desesperación, en la dada forma de los cuchillos cayendo esta tarde que llora,
llora,
llora,
malparida enamorada que ha sido desflorada por un desalmado que ya se cansó de amar porque ya tiene sueño; tiene hinchado su órgano que le sirve para latir y también para desengañarse de que se trata de sólo un músculo controlable por el cerebro; que al fin y al fin de cuentas, él no ha nacido para nadie porque revierte su felicidad cual la más explosiva metaconjunción de todas las cosas, de todos los seres en la exacta sincronía de blandas sonrisas pegadas a letreros que forma el humo escapando de las ciudades dormidas, si el viajero fuma; si despreocupado va hacia un nuevo destino que lo

espera, *mandhala* abierto, musa, interesada únicamente
por el momento que la llena de sensual pavor:
dechar dechar en la agonía,
aunque haya que abandonarse del ser que ya olvida.

LA VERDAD ENARDECIENDO SU VERDAD QUE NO CESA

Si basta acercar la rabia por partir de un solo tajo a la res imbécil contradiciendo la verdad que sale de los huevos; si basta lo indecible para nombrar lo innombrable; y, verdad, luminosa verdad, diseminan estas palabras su luz contenida; para que al portar el arma de caminar por los lugares al acecho de tercos sodomitas, al acecho de palomas por desplumar al solo claro de bosque bajo el charco de sangre en que se convierte el final de la tarde si una mano blanca alada cruza la templanza del cielo que no cede a la caída de todo que es todo porque es todo; porque una sola voz lo nombra y no hay ya contradicción que alimente los huevos de la furia con la que soy capaz de salir y apedrear a los imbéciles de cerebro carcomido que pueden ser, que son ya, el fin de todo; porque todo tiende al fin; la Tierra que gira, el cascarón rompiéndose dando paso a la fruición de los picos dadores con los picos nacidos: la tibia fruición del nacimiento.

Todo tiende al fin; la flecha que llega, todo; todo cuanto tiene que pugnar hasta su nacimiento inevitable, tendiendo, inevitablemente, al fin.

Erupción, sutil agonía de los brazos.

El adolescente viajando en los ojos sorprendiéndolo cada día para decirle de un solo tajo de negación silenciosa multiplicada en la realidad aparente fragmentada, cifrada por las partes en un todo, que el amor es eso, la negación que a uno lo sigue hasta la demencia, hasta el último bastión de eternidad aflorando sus ropajes de conde sangriento; Nosferatu de la redención de los celestes soñadores clavando su verdad en celdas de muerte con carroña con la que van alimentando sus escritos, sus redes verdades escritas con carbón sobre paredes de celdas con olor excrementicio y a carne podrida por el encierro; conforme van tachando los años que les faltan para salir y reventar con todo, destazar con un hacha los cráneos de los idiotas tercos copulando con sus esposas esquizoides, dormidas, levantándoles las batas de dormir a media madrugada, permaneciendo en el instante entrepiernil tendiente a acercar el instante a los sexos tocándose. Palpitan de manera nerviosa como si fuera la primera vez que lo hacen, revolcándose a escondidas, sintonizando, de dicha, los botones embrionarios; rompiendo alocadoramente, abrasadoramente, calzones, sostenes, en una pugna por salir de tanta locura contenida, tanto fuego permaneciendo. Mujeres pálidas por el cansancio de sus maridos sirviéndolas, pálidas en la madrugada, sintiendo entre sus piernas el congelado vergajo que entra sin entrar, entre sueños. Siente el respirar, adormecida mujer. Esposos condescendientes a todo acto "*moral*" de darse los sexos a escondidas de la moral carcomiendo la pureza que debe ser juntarse sin el santificado sacramento de la unión matrimonial, como quien corre por una pradera y llega al encuentro con el ser amado. Aguas llanas recibiendo tersos cuerpos de mancebos que por primera vez conocen el sexo; el sexo, el sexo; así como el primer rayo luminoso estallando en la cara tersa del adolescente, que, insomne, viaja, hipnotizado en la mirada petrificada, la luminosa presencia del demonio atronadoramente enamorado negando toda negación, indicando con su dedo la verdad que toca como con una varita mágica los ojos, viajan sin retorno; los otros ojos que lo miran incansablemente hasta la locura deslumbrante de la razón en su alquimia espiritual y carne; el ser espiritual comprendiendo su viaje con retorno seguro a las praderas tan ciertas como su apariencia de estar persiguiendo a una mujer desnuda, con su risa lasciva enardeciendo, calata, inflamando la carne que no cesa.

EL VAIVÉN DE LO FRENÉTICAMENTE POSIBLE

Calmada tarde extiende su dominio de infierno celeste
Y para el diseminar
De la lluvia leve
Soleada
Lluvia de Sol
Y para diseminar el todo integrando su movimiento
Extraterreno
De converger en el todo que fluye
Es así de suelto el mar distendido
Arrasando su vastedad que cruza el silencio
Al portar antorchas vamos hacia la noche del fin
Hacia la noche sinfín del Universo
Puros levantados del propio movimiento
Asidos a la negación cruzándosenos presencia irreal
Ascendiendo la extraña figura que somos y que esa certeza que somos es lo que claramente se vislumbra Verdad
Tu Verdad pluviosamente eterna
La flama cruzada
El infierno estallando en su infinito
Y por sólo cerrar el libro sagrado
Para que las nubes muestren el mensaje que son
Para que las nubes o el humo esparcido nieguen
Lo que verdaderamente está escrito
Y suceda el momento
Que dibuja su imagen en la presencia de lo aparente
Porque al vislumbrar el mensaje
Es la oscuridad interior la que sacude
Y atronadoramente ejercita en el ser pensante la idea
De que todo puede sucumbir a la duda
La idea de que todo puede alternar sus signos cruzados
En la ruta inerme de la sombra
Como un trapo flotante
Esqueleto blanco y taciturno cruzando la calle separada por los gatos dementes maulladores hasta ser la diabólica batalla interior de plumas sangrientas
La almohada de alfileres precisando más sueños abiertos a horrorosas pesadillas
Y el mundo se detiene con el inconexo estremecer de las agujas
Que a un solo viento
Que a una sola y apareada conjunción de brazos
Se guarda
Y dulcifica
Para que frenéticamente creamos en la imagen mostrando más su imagen que su historia que aparecerá en el próximo libro que será la Verdad sagrada en plena alucinación podrida inerme en los ojos cual un charco de astros derramados
En el atronador palpitar del cerebro en resaca
La fragorosa la demencial idea de rasgar el primer signo de la madrugada

Reptando bajo las puertas a medio abrir al vaivén de lo que cruza y sucede
Al vaivén de hoja seca a punto de caer al borde de una banca en la plaza
Y ni los esclavos del paso múltiple del tiempo auscultan la palpitación de un manto seguro
El manto suelto seguro de la imagen interior con su oscuridad absoluta siendo esa Verdad por la que hay que morir
Por la que hay que vivir con el pavoroso golpe del destino en el cráneo sacudiéndonos crudamente como una historia inevitable.

EL PASO IMPERCEPTIBLE EN EL MAR DEL HORIZONTE

A un justo paso por el porvenir enlutado de las manos, aplastando un dolor inocultable, un dolor que no termina.
Al justo paso de las horas rehechas en la rueda olvidada en medio laberinto del miedo.
El miedo que no nombra ni existe o que a lo sumo cuando existe deja de desaparecer o aparece sin instante, sin alma, precario, sin instante que lo crea a deshora.
Acostado, triste, soñado por alguien más que es soñado, borgeana costumbre de enterrar los artificios y salir de todo esto como si fuera uno mismo el latir o el abismarse.
Laberinto crucificado en el crepúsculo viajando en los ojos.
Laberinto del miedo o su consecuente, aplastante persistir en la ausencia que late, permaneciendo olvidada y el ser que la crea.
O así desangrándose un poco de sol y lo perdido.
A cuando atraca el golpe bajo,
a cuando atrae la sangre amarilla de unas alas hermosas.
Cuando permanece en alto espíritu la máxima sensación de dolor que ilumina, la máxima lluvia de

esporas en la noche redoblante y pareja, arrasando con todo, con las lágrimas y con el exhalar irremediable que nunca remedia la falta.
Y crece la sensación barrida de los espejos cruzándose infinitamente, rotos en los añicos del cuerpo; las partes que siempre son un todo; el todo que es uno, uno solo sentado en la piedra de lágrimas.
Latidos para amar a quien nada permanece,
latidos para ahogarse en la imposibilidad; incapaz de ser el mortal que todo lo vence; imposible de pedir ayuda a los divinos, a los creadores del dolor que, creo, fue un error y un don incalculable.
Ni el recuerdo ni la flama viva que alimentan.
Los días que pasan y quedan.
Tronco seco varado en la isla.
Isla del amor con un solo náufrago y su sueño de daga, su caer filoso de sangre en la fuente maldita.
Qué puede reducir más a escombros que el solo hecho de permanecer así sin sombra ni alma que lo identifique a uno como el muerto más sobrio ante los días de completa cordura por lo que sigue o lo que deja de seguir si ya ha rebasado el dolor toda hecatombe.
Y volviendo a la ruina, en mi secreto vaivén de hojas mordidas.
Y volviendo a la ruina de la espera signada en agonía, mordientes desde, al árbol de siempre, las hojas son reconfortantes cuchillos.
Volviendo a la ruina de quien no encuentra su objeto de deseo o locura.
El punto bajo el cual uno se humedece, y pueblan en él húmedas ganas de unos labios; postrera, enigmática minucia de pulseras de dientes de lobo de mar, rosáceos, abaloriando el juego instantáneo de las manos, su juego divinamente fenecido.
Pendientes, caracoles enterrando al mar y a su pasado; la paz inevitable de quien llora; el perfume que no se puede olvidar;
la femenina volcadura del discurso de jazmines.
Y otrora el mirar el paso cayendo en la lluvia de conjunción y recuerdo a deshora.
Pero no puedo; no soy capaz de nombrar nada; no soy capaz de derramarme, informe, sobre una masa ya salobre y reseca.
El agua que antes era fuego, volcán o caricia esperada.
Lo distinto de un llanto seco, lo extinto de una mancha blanca y derramada; queda, intacta en la Tierra.
La bandada emigrante, cuyas alas se bifurcan en el cielo hasta la furia;
el infinito azulado, con sol y montañas mojadas.
A un justo paso por ver si todo esto es como nunca pudo serlo;
a un justo paso por el miedo, el blandir de banderas de héroes decapitados.

Adusto paso por el miedo de serlo o retratarlo en un ser que se cree ser y que no late.
Quedó la sensación del paraguas sepultado en el parque; la prelación rugosa del espanto; el frío entre el humo abrigador; el olor de los apresuramientos varados en blasones de tristes peces inmortales, haciendo de sus ojos la luz del mar, de ahora sabiduría, sus redes de locura.
Lamer de heridas, por unos dragones enfermos, dorando ante el día rarificado sus escamas.
Lamer de heridas.
La muda apariencia de quien quiere verse si la muerte ya ha sido pactada, ya paso, pura contienda con lo inútil que es la sosa entrega.
Por la luz precaria de la batalla doblegada.
Rogaron mandrágoras que la pasión no se volatilizara del centro de piedra,
que no se fuera rogaron,
aunque nunca haya quedado.
Ni un rastro quedado,
ni una sola agonía,
resquicio que flote o deje de caer hasta un fondo contrahecho,
de la pesadez que,
parca en la garganta,
parca sus alas crucificadas en la sangre,
queda.

En la ignota ignominia que a la vez es reino y prestidigitación ante el ahogo subsiguiente al sonido estruendoso de lo sorpresivo en la noche acongojada.
La mañana levanta las alas con el pico enterrado, alberga en su ruina lo que trae como pasado, como lluvia desconocida, dorada. Las babas de esos hombres arruinados, no esperan siguiendo sentados, sintiendo que el agua de la espera los moja; esperan una larga cabellera de rostro falta, esfumando. Almas enterradas en su estro columpiándolos en una rara oscilación que antecede su creación y su principio; que los otorga, que los hace; los echa al mar, mismos restos de cartas no enviadas.
Palmeras de calma; oscilaciones de ramas, amén de huellas de gaviotas o sus almas.
El mar invoca su espuma, su larga cabellera de aquella eclipsada en el ahogo.
Larga, larga e infinita es la conjunción en el mar del horizonte.

A MENOS QUE LA DESPEDIDA ASÍ LO INDIQUE

Ninguna mujer se merece el poema que inspiró.
Nadie es tan erudito ni pequeña es la fortuna de quien la posee.
Ningún clavo saca a otro clavo, ni la espera vale tanta entrega inútil.
Al más insomne vacío.
Las palabras que hacen el llanto.
Queman constelaciones en las redes del cuerpo atrapado en sus espacios; irónicamente, estos sirven para atrapar a los peces.
Qué contorno hace vil al vacío que atrapa.
Como si lo sólido, lo material, fuera tan grande espera, intocable solidez de *pirkas* separando a los terrenos en las sierras heladas.
Supongo que las palabras no copulan, sino que se construyen con sudor y lágrimas, en un lecho esplendente de sangre; sus castillos sangrientos explotando en la noche de las decepciones.
Y así de tormentosa, la vida del poeta se aferra a lo que no tiene, más que a lo posible.
Para esto sirve la espera, para construir libros y más libros que nada remedian en su dios desposeído de estro, y tan aferrado al vacío circundado por *algo*.
Por la amada que nunca aparece como la primera vez.
Por el cura tuberculoso que dejó todo preparado para la boda de mi hermano, y en su perfil se disculpaba por la muerte, en los ojos transparentes del que sube la cuesta tan cansado y ya no respirará más en alguna tertulia.
Se disculpaba por la muerte que es inaguantable.
Toda tos indica un paso negro por el polvo secundando.
Y la mejor mañana de estas uno cae perfectamente con su pajita a la espalda; y a la mejor mañana de estas, carrerita de mujer por llegar al trabajo a la hora exacta, de pronto, darnos cuenta de que insulso se ha vivido el momento por partir.
Nunca es tarde para tocar retirada.
Y es que así son los instantes plenos, se le van a uno como al exhalar sin perdón ni agonía, por arrastrar la duración fija que tiene el estar por estar; regodearse en la piedra de sal en los ojos, para así tentar una partida menos planeada por los hombres de blanco, para así no creer que el insomnio reduce a veces las posibilidades de muerte.
Hoy la mañana olió a cansancio en los ojos transparentes de quien va cansado hacia el último cadalso.
Y así, todo fue un rodar de la película; todo, una larga función que se sueña como un libro, de un tirón en el sueño.
Más que un instante, la vida, creo yo, es una sucesión de quedos parpadeos, derramados como en un jardín

los pétalos tranquilos caen con la precisa forma de la luz descendiendo, inamovible.
Así dormidos en los colores pasados; así soñolientos en la carreta que nos lleva al pueblo, fumando el Pino Soñador su chalina de arreboles, bajo su quieta fronda las extremidades de un canto perdido; tal vez a lo lejos un solitario se sabe a quena desgarrada su mejor poema, para quien no lo merece.
Sus redes son inconsolables.
Nadie merece el poema que haya inspirado.
Si no puedes respirar, es mejor que desistas.
Nada merece la pena palidecer como indeciso.

EL PORTENTO OMNIPRESENTE DE QUIEN MIRA BAJO EL AGUA OSCURA DEL AGUA LAS ESTRELLAS A PLENA LUZ DEL DÍA

Sortea estrellas entre la fricción del cielo y su zapato.
Me verás al alba suelta y lo que conviene negarte.
Por una eternidad de montañas inmersas en un agua soleada.
Lo que conviene negarte si francamente noto tu templanza.
De espaldas a la margen.
El cabello al viento sórdido en una madrugada de ojos pegados.
En una madrugada donde uno es el fantasma que trata de despertar a su familia.
Nadie puede gritar en las pesadillas.
Afuera en el bosque de mangos acechan más cerca los silbos.
El puñal bajo la almohada.
El agua de azahar ungida en la frente.
La lengua recorre los colmillos, reseca.
Una a una las cuentas negras del rosario caen al suelo, como si se tratara de gotas saladas.
Siempre refulge esa luz verdosa en el rincón del cuarto.
La ventana trae a la memoria el rugido de un par de casuarinas.
Croar de sapos.

Terrazas de agua para el que quiera darse al abandono de quien compone una sinfonía mirando las estrellas bajo el agua oscura del agua, a plena luz del día.
El solo hecho de mirarse constelado es ya formar el cuerpo del absoluto.
Constelado.
Desde el agua, hundiéndonos horizontalmente, a pleno sol, se ven las estrellas; ergo, mi ser situado entre la fricción de la esfera despuntando y de la otra esfera que oculta.
Rotación esférica en un mar constelado.
Si el mar fuera el cielo.
Paceríamos flotando con las aves y los ángeles.
Solía pasar en silencio entre las personas calladas.
Sería cierto eso de que el pozo oscuro añora a alguien inmerso para que así pueda saberse una forma de contener estrellas y celestial cielo.
Ambos extremos tocados con sólo la punta de una conjunción o la paridad de una persona desdoblada.
A los extremos absolutos.
Lo que se llama *conjunción de los tiempos* en una sola persona dormida al acaso.
Vanamente hoja aduzco que la sola mención de un silencio es ya la puerta a los labios.
Tan difícil creer que cualquier deseo es posible de realizar como tan difícil es creer que la sola voluntad, el solo pelo tocado puede ser ya todo lo que hagas.
Y el pétalo que toca a la dama.
Y la pestaña guardando en el pecho las más ardorosas pasiones.
Pestaña restañando su pared de mortífero tiempo; mientras, uno despierto, no atina a pensar solo, al transcurso temporal en las horas insomnes, vigilante.
Para cualquier fortuna basta agarrar pista.
Directo al despeñadero de las decepciones.
El riesgo, el no importarme nada si tercamente soy un desconocido entre inánimes al paso, si tercamente trato intensamente de volar los muros y las armas levantadas.
Al acaso.
Por una muerte intempestiva de fósforo estallando en la cabeza.
Me sé ruina, me sé herido por dolientes palabras de necios, perdedores que en su rala barba invierten un ahorro de cincuenta céntimos, para que se vayan de esta platea sin un pájaro cobre.
Los tacaños existen para que derrochen quienes sí saben vivir.
Omitiendo todo lo que me fastidia tendré el campo libre.
La liebre del salto, el salto al albedrío a lo largo del prado de las confusiones.
Para pacer mi recorrido.

Facer el amor y aunque por el resto del día duerma mi próxima creación en pose horizontal, como conviene a un buen filósofo que come, duerme y fluye.
Fluyo, luego pienso.
Desnudos somos tan abiertos a la hora de la contienda de cuerpos.
Desnudos y falaces por una bélica que no derrama ni el sentido de granos de arena.
Ni el sentido palpitante con su botón cronológico en las paredes mientras duermes.
Abras, respires, duermas; igualmente existes si la respiración no te sorprende asfixiado, por un instante pleno, que ya no recordarás.
Fin de esta platea.
No hay círculos del infierno ni todo ese poemita dantesco.
Adiós mundo cruel y nada.
Has de saber que la vida hay que vivirla intensamente, al rojo vivo.
El tiempo que precariamente desvanece a los *zombies* volviéndose al desierto en la caída.
En las cataratas de agua seca, de agua contada por granos volviéndose.
Qué es más simple que ver desaparecer todo lo que a las espaldas pesaba, qué es más inútil que todo el esfuerzo del Atlas con la pluma a los hombros.
Ningún esfuerzo vale tanto como abandonarse al bienestar de caer en las tentaciones.
Perdóname, Señor, por las ofensas; no sé más que caer en las ricas tentaciones, saberme realizado en esta vida de culpas y renunciamientos.
Perdóname, Barbón nuestro, por haber vivido tanto.
Mirarnos mientras penetrarnos es seguramente el paso a la intensidad.
Ahí en el fuego, plenamente con el dolor y la ardorosa intensidad del que vive.
Búsqueda. Lo no mirado. Búsqueda.
Huestes insomnes hacia su contienda que arena a arena los vuelve desierto.
Si herrumbrosa la tarde con sus autos de cabezas de musas girantes, la revolución de todo un libro en la cabeza que algún día se escribió y el relapso dios se ahogó en la protuberancia de una duna que ondulaba su canto; ahí en el desierto su canto, hasta la locura que es la plenitud del quemado a fuego fuego.
Nunca hubo espejismos, sí el agua de un grillo que de cuando en cuando giraba gota a gota su azul razón de la nariz azul evocando vana sinfonía.
En la noche constelada.
Constelaciones.
La arena es deleznable como el tiempo; por ello existen los relojes de arena, así como también la desesperación del que vuelve convencido ya de que cualquier entrega

no sirve más que para restarnos el valor de entender que nada es único a nosotros; si tomáramos a la unicidad como un igual, que esto es ya especular demasiado.
Paradójicamente me siento diferente a todos.
Miraré las hojas barridas que han crecido en la arena.
Los reptiles cruzan, hacen de la noche una carrera de hileras de arena que a la mañana amanecerán perdidas, borradas. Todo habrá de empezar nuevamente.
Todo nuevo. La misma enfermedad de empezar otra vez.
Mundo, mundo, qué manera de destruirme deliciosamente.
La noche es una bombarda sola vista desde el mar que está cruzando la atmósfera; ahí un ahogado vislumbra esta noche sin estrellas.
Y la arena perdiéndose.
El portento de la noche que alguien ve inmerso en su aurora de agua.
Al otro lado de una realidad que a nadie le pertenece.

CÓMO EN LAS FRÍAS TUMBAS, AUSENTE ESTÁ LA MUERTE

Cómo en las frías tumbas, ausente está la muerte; mas, inoculando su desgracia en muchedumbres apestadas, sí se enseñorea, entre los muertos vivos, la muerte.

Muerte blanda y culpable entre los hombres muertos en vida, fuera de la tumba, andantes en su paz derruida por las horas tejiendo su lluvia silenciosa.

Allá entre los muertos de las tumbas existe la paz verdadera; hay una esperanza quieta, muda, entre las tumbas sobrias y quietas, paz que ahuyenta a la muerte, porque muerte es este rodar inacabable por el mundo de los muertos en vida, vivos muertos negados a vivir favoreciendo al no quitar respiro a los pocos vivos que continuarán con su paz verdadera en las tumbas donde la muerte no existe.

Muertos en vida, ya la parca entre sus redes los tiene, mientras, animados, parece moverlos la ruina rutinaria rodando, girante en un mundo redoblante de objetos y no de profundas razones.

Pescados podridos, los lanza a la olla infecta que cuece a los caídos, a esa pudrición eterna que es caer después de haber caído.

Pero la paz horizontal, de niebla huida, de cal en la arena, de hiel en la legua, merodea en las tumbas de estos vivos durmientes, los que en su encierro de poema hecho de silencio confirman que lo eterno está lejos del mundo con su rueda mordaz presumiendo ser vida; mientras, con su aparente velo de desidia y horarios nos engaña, como un viejo resignado, la muerte en vida, que aún no toca la hora de partir, cuando las campanadas ya han tocado a muerto hace rato.

La muerte no ronda las tumbas, está entre las muchedumbres inciertas viviendo la apariencia; no la esencia oscura y verdadera que incuba en las tumbas sus rezos de abeja, eternos y eternos, panal inconsolable de la oscura e inmóvil esencia cuya entelequia es la vida que vemos, quimera vista rondándonos la muerte.

Cómo en las frías tumbas, ausente está la muerte.

FORMA ADECUADA DE EMBESTIR LAS PAREDES SIN ALIENTO

Odio que roe los huesos.
A la penumbra interminable del agua vaciándose para dar más allá al abrir del firmamento.
En todas las formas de vómito que da la furia carcomiendo la sangre.
Hasta saltar todo lo infecto y por ese fenómeno de purificación, surgiría el asomo a lo grande, la ataraxia a lo perdido.
Es el que nada pierde.
El cielo despejado, las flores oliendo en el ambiente.
Para estar aquí, para roer el fruto infinito del pecado, revocando maldiciones de curas dando pasos en el cielo;
dándoles el bienestar tan justo a los necios que merecen mi venganza.
Las justas palabras como hacha a los cadáveres que irán a la olla de los presos,
en esta cárcel del mundo.
Violín de las horas, rasguear de fauces, perros insomnes, astros derramados en la sangre furiosa.
El vértigo del dolor que ahora me retuerce la panza, me hace suspirar mientras corre una forma de amargura por mis labios amados.

Que plenamente dulcifico, veneno con el cual me alimento cada feria de necios atacando; ése ataque es para mí la corona enalteciéndome, pavo colorido, orgullo de Dios aunque les duela.
El verdadero poeta nunca deja de existir.
Porque Dios lo avala con el ruinoso puñal fortaleciéndolo cada día.
Dios ama al verdadero aeda que desde la furia toma fuerzas para soportar la metamorfosis del sabio arrasador de ejércitos de muerte;
calaveras andantes sin tiempo ni paso, ni la peor forma de inexistencia que para ellos reserva el negado que no vio la luz ni la lluvia excrementicia.
La bendición no era para muertos.
Muertos que alumbrados fueron por su miseria rebalsando a la letrina, que, cual destino, iba agusanando de un odio sin sentido.
El eterno *sinsense* del que abominé alguna vez como escupiendo.
Bajos, perdidos, sin sueños, amargados para siempre con el ridículo espasmo del sufrido; en ese dolor cree la felicidad del durmiente, dopado en su frente arrugada, viejo en vano, la ruina.
Yo me veré fortalecido con esa energía debilitada que desperdician, espectros; anhelan y no dan manotazo por robarle al vuelo de la mosca, movimiento, fluir incesante que alimenta la cólera del vivo a fuego vertiginoso, a puro movimiento.
Como para mí estoy en remolino, tan bien al redoble, fuerza arrasadora, doble identidad si el mundo me crea; si yo, arquitecto de presencias soterradas, alego el ignoto aflorar del Universo.
En un pensamiento borrando de un tajo la clara y nítida lucidez del cierto, arrobamiento de la suelta voz rehuyendo al miedo insomne de la duda; autarquía de sueltos pensamientos existiendo sin morada; movimiento, movimiento.
Dos veces no sabe así la amargura.
Olor de esperanza situando al optimista en el aplastado vencido,
en el hedonista de su propia amargura.
Dos veces así no me sabrá la amargura.
Los muertos se entierran.
Olor de la esperanza, nariz oliendo su amarga podredumbre; despertado, descompuesto de patas izquierdas al mundo cohabitado.
Odio del que fue engendrado con odio y fue criado con odio para escupir odio en sus palabras.
Odio que engendra odio no conduce más que al cadalso de los destruidos en su espanto de ser algo menos que la piedra mojada transcurriendo en partículas al fondo del mar que en su sal entierra a los ahogados.

El sabio rebasa los límites de la ira; que si bien es cierto, al principio te da fuerzas, te sume también, espejo enemigo, en sus caídas más ignotas.
No conozcas a tu enemigo, o finge ser él mismo, si basta ignorarlo con el rayo maldito del odio que devuelve la bofetada.
Aquél que en su gargajo-esperanza bebe toda la cicuta que le queda,
zorra a las uvas, aguja al pajar.
Aquél que bebe sus derrotas para apuntar como un arquero a las liebres barridas por el miedo.
No todo está perdido.
Zonas peligrosas de respetar el templo del cuerpo.
Lo mejor sería entregarse a la lujuria.
Y luego sacar conclusiones cuando el cuerpo esté gastado.
Mi territorio fulge, dinamita; está podrido; es el caos de la ciudad; yo, su único consorte, la desposo cada noche para usarla y perderme en noctambulados laberintos de noctámbulos adheridos a su agrio tormento; espera taladrante, deseos incubados en carroña.
Y la forma devastada como única existencia en el huevo-ser del alma sin peso.
Mejor cumple la sentencia.
La profecía está dada.

Dormirás mientras los muertos despierten a su penitencia cascando en el campo de huesos su batalla luminosa.
Todo ve lo perdido.
Luego de la destrucción volverá, lluvia-desgracia, a borrarlo todo, último diluvio, a borrarlo El Elegido.
Rama, no; sabiduría, no.
El *mandhala* es la espiral de una revolución de últimas escenas que terminan, humo último, mañana.
Quizá un pensamiento llene la esencia que deba llenar si el vacío lo precisa.
Quizá Uno llene para ser el pensamiento.
Ahorcados, de un morado ceniciento, el manto de alas punza el cielo.
Para volar tendríamos que convertir la intención perfecta del brazo en caída voluntaria, que la forma esperpéntica de alegría rezuma asco en los míos.
Gargajo que paso, furia indomable elevándome; salto menguante, dado libre ya de cuerpo, elevándome al cadalso del riesgo.
Sólo el espíritu llena la existencia.
Sólo un pensamiento puede salvarte.
En la espiral inmutable la fortuna es una gloriosa espera cociendo sus deleites más infectos si soterrados son los pensamientos; pariendo leyes, que antes fueron imaginadas por sabios; todo lo llenan, sabios que imaginaron, todo lo extienden inmanente.

No tengo alegría alguna; dinero, siempre; fortuna, la que me plazca; la idea maravillosa de vida incorpórea, sin total apego por el físico *phatos* que ya me estaba enfermando; perdiendo en la risa del idiota, atorrante sabihondo con su dolor disléxico de escritor con sentimientos.
Gratuita la esencia, guarda a los amados.
Más provechosa es la furia que te lleva al Luminoso.
Por la senda que ha encontrado el viento atan formas, desencanto.
Almas, para eso están los entierros y la revelación de huesos distantes en ser su carroña pasada.
Su alma desperdigada en tripas luminosas.
Esto a la nada, extremidades amando su crucifixión; Él enterró la cabeza vencido, Él murió por los justos medios sin enemigo ni sabio interior cubriéndolos, la luz alcanzada; Él enterró los brazos porque amó demasiado.
La vena ulterior me sangra por dentro, zureo estallar de cabeza al miedo de ser la vela reversa en el cuarto maldiciendo al insomne; rezo inútil perseguido; anhelando sólo, no tomando por las ancas a la hembra.
Que anhele el infecto cadáver que no hace.
Falto de roca es el golpe mortal del equilibrio.
Sumiendo a los vencidos en su más bello desencanto.
Hinchado ya de tanta fobia que es justa; de tanto atolondrado, empajado en sus meollos partiendo de lecturas, no de desenlaces, que la mente entrega las verdades y los libros están lejos de esto.
Bala destrozando los órganos internos, bala justa y podrida de la verdad sin mal ni bien anhelantes.
Ataraxia hasta el final de lo perdido.

DE GIRANTE OLEAJE →

Plétora de la búsqueda, tea del insomne aguacero dorando la lechosa fuente del día llorado; música, calma, música y su oscilante revuelo de los idos; tanta adusta afrenta, kilo de fronda carabela; negra entrerrama y su mástil fugado, refractado en un agua imaginaria.

La sombra que no pare luz y sí ausencia de ramas sin tronco; ahí, suspendidas, bajas de un dorado retorcer de azogue oscuro, imaginado por seres apareciendo en árboles, *gnomos* benignos y su espíritu alargado, que da en el estómago la náusea del miedo.

Tanto reflejo, y lo que no queda; tanto reflejo por virar en torno a lo ignoto.

Viene la trompa asustada y sienta su baba de miedo, la muy aterida bestia.

Fosa regada de cadáveres que tuvieron una estrella en los lados imaginarios; fosas umbrías; estelas de una mayoría de pelusas argentas, nobles resplandores y su espíritu en destello.

Y así, plétora de la búsqueda, asunción irascible a lo desconocido, suelen aparearse en una cama, abrir las puertas al jardín con el *grass* crecido, de un verde originando el fresco olor de mañana.

Quiera o signifique decir mañana, no más que paso, no más que transitoria mirada, fuga en el Otro.

Suave, votiva vocecita derramando a una altura su nivel de sonido evanesciendo, enfrenta la explosión vertical, del agua descendida, escenario de lo helado en su transcurso trazado, de una explosión anaerobia que se vaporice.

A los ojos su remisión de roce, roca enloqueciendo el virar del entorno; desliz, dextrógira hondonada al remolino vértigo; tiempo; vértigo, si ascendentemente la cinta del agua suelta su música, especie detener tiempo narrativo; tiempo real, cifra queda, histórica alma émula del texto.

El que sigue, inmola búsqueda perdida.

Estas ansias no son sino flecha que no sigue un blanco determinado, sino que su transcurso es con el miedo.

Rasa el agua, la vereda se interna en su agua que la inunda.

En la casa flotan algunos peces de espanto; su pasar leve, su contraluz agostada entre la fronda con su tronco ido en sombra refractaria, y las ramas suspendidas simbolizan el abandono de un panteón de cruces, arcos de ciprés colando un viento violento; el silbo de lo inánime opuesto, contrabajo sinfónico de unas voces atascadas en el movimiento corporal que aproximan; votivas luces humanas, su peregrinar de oleaje, de girante faro evitando colisiones.

→ EVITANDO COLISIONES

Señalar con el dedo del miedo las barreras, los límites impuestos. Y no perder el paso a desfondo en la ceniza desterrada de vaciedad o conflagrada promesa. Bailar anónimo, aguada la fiesta primera, la estrella pagana a la que adoraré sin remilgos por una eternidad marcada, por lo funesto, por lo arrugado del papiro con una oración inversa, una aleatoria blasfemia.

Asiste al propio Ser, deportado, emitiendo vagidos de feliz ermitaño recibiendo visitas en mucho tiempo de su vida; y esa alegría le sonrosa las mejillas, lo vuelve a la vida, luego de tantos renunciamientos ante el mundo, ensimismado en sus escritos, sus razones del porqué reniega de la vida.

Macerada la piel en jugo de amargura, esa piel que creemos remedio, panacea, cuando es sangre envenenada; hace temblar brazos, rotaciones fúlgidas en justa oración al primer astro apocalíptico.

Creciendo en el miedo del temblor de la flama segura.
Creciendo en el temblor de la Musa desaparecida, negada a perdonar a su creador, a su genio; negada a mirarlo, a vivirse con él cuando la mira.

Y creer que la ruina podría esperar un Eón más.
Y creer que estar fuera; pisar a fondo el aire que jala, es de algún modo la morada, forma del miedo asumida como vida.

Y se ve imposibilitado este caer insomne de no se qué líquido, materia carcomida por los brazos; no sé qué líquido o barrido cielo, retroceso del ángel negro; conjuración de la muchedumbre frente a la mirada negra, oscura, devastadora, del ángel del miedo.
El negro ángel del miedo.
Nosotros asumiremos que somos el ángel del miedo.
Y qué razón para guardarnos de todo.
Qué abjuración de los rostros encendidos ante la energía de muchos, muchos hombres.

Ergo, la frialdad cósmica no podrá con todo el magnetismo de los hombres hacia una sola mirada fulgente.

Y sucede, irremediablemente sucede, que todo se encandila; y la fiesta empieza, los objetos despedazados vuelan con el ciclón temerario.

Alojados en los ángulos secretos.

Algunos, dormidos; otros, abiertos a la singular razón de augurar el espanto. Sinrazón, brazos temblorosos a razón de unas cuatro horas de jornada escribiente. La frente suda. La espalda ya no da para más. Merezco un descanso. Tomo el temblor de las agujas dextrógiras. Gotas en su avance hacia la merma acuática.

Mira tu avance o simplemente derrámate a creer en lo urdido. Historia. Contemplación momentánea.

Cada vez repiten voces aunadas su enérgica fiesta.

Es el eco de la memoria colectiva. Sobria en el papel, como si renaciera nombrarla hasta la afasia; hasta el torpor lingual, sus miedos, encogimientos.

Y asumo que todo término es la Señal; que los clones terminarán con las afinidades electivas, con las individuales desigualdades.

Cada uno empezará a ser diferente.

En el pasto conmueve cómo es la diferencia entre hoja y hoja de hierba.

Gotas iguales suceden su calma.

Cielo de puntillas aparece.
Otra vez aparece.

Calma del agua, vestiduras del negro ángel del miedo descendiendo.

LOS HUGUE

Solía esperarlo en la ventana. Ajustaba sus senos sus harapos, y maquillaba la blanca tendencia de su rostro. Hasta el cagadero en donde volcaba toda la sopa mal hervida. De contextura delgada, amarrada a la pata del catre de fierro, deliraba.

Ve'estos pendejos, un día le dieron por el grande, como paraba por los puentes y plazuelas, un día se atardeció y le dieron bien dado.

A diferencia de un coplazoletano, cuyo fetiche eran los zapatos de las damas, ésta sí miraba con la ira de los idos los perdidos.

Les alzaba el daña'o los pies a las mujeres con tacones, para si cierto era que veía el piececito calzado o era que soñaba. El instantáneo fetiche del que uno necesita cerciorarse, mordiendo la moneda, a ver si no es falsa, como el amañado colectivo. Ellas ya se habían acostumbrado a mostrarle sólo un zapato al orate; el otro se lo reservaban para el día siguiente.

Siempre volvía en el intento, mordiéndose los labios con una baba menguante. Y así, como quien

viene a recoger su carga de volantes para el día. Seguía levantando zapatos de dama.

Enterrada en un peldaño, niñita, admiraba el alba cagada por los pájaros; tarde esperando la sopa de huesos fornidos, el almuerzo a punta de sopapos de los padres; blasfemias emponzoñando el hogar de diarios improperios.

El de barba poblada se las hacía para mantener el hogar plasmando retratos ya pintados. Era el padre. Siempre moría de hambre en el intento; retratando, retratando; cartapacio marroquín bajo el brazo, retratando.

Casualmente yo también le tiré la puerta en el alma uno de esos días amargos. A lo que él gramputeó hasta unas dos cuadras, irascible colorado.

El más cuerdo y vago, lustraba zapatos en la plaza para costearse unos centavos. Pero le cayó una pared encima. Se invalidó; pero de todos modos anda rengueando. Ya no se masturba en la calle a la luz de algún poste; ahora vende caramelos de limón que antes chupa y envuelve, en los micros.

Al marcar territorio en el poste, sonreía, guardaba el pertrecho, y más de una dama se apretaba los labios cuando guardaba el infecto aditamento.

Torcía una luz de dudosa verticalidad esa tarde. Yo salía de una *matinée*, cuando me encontré con el apretado abrazo de la pálida, rodeándome. La rueda de la Luna salvaje. Rodeándome. Su lengua buscábame la boca. Saltada al cuello. Me babeó, rodeó con sus piernas. La rueda de la Luna salvaje. Ella huyó por los surcos, cuando pude zafarme. La rueda de la Luna salvaje prometiéndome esa única maldición, que hasta hoy sigo solo, por zafarme de la blanca.

Que voltear la cara no es necesario así venga de quien venga el afecto. Que voltear la cara no es por asco sino por complacencia del asco. Que se tiene que amar al prójimo como a mí mismo. Todas esas tablas varadas en las aguas libres del cochino.

“Ésos necesitan más cuidados; son seres especiales”, lo decía un doctor que no sabía lo que decía. Y cobraba unos dólares por sus servicios de ser inentendido.

El dañado reparte volantes. La blanca murió de tanto vomitar. La única cuerda atiende y abre en un

prostíbulo. El padre aporrea en las calles su bilis interminable, y de paso roba flores para la tumba de su esposa desdentada, que lo tundía a gallinazas por la cabeza, cazadas con maíces ensartados en cadena a un hilo pabilo. Del solitario no sé mucho. Ahí rengueando. Se sabrá. Vendiendo caramelos antes chupados. De limón en los micros. Ahora se frota en la casa sin nadie.

DE VUELTA NOMÁS Y DESGRACIADO

Temeraria bilis que me unta la felicidad de ser desgraciado,
Amargado, llorando de alegría;
bilioso, al ataque en cualquier situación de comprometerme en nupcias con la llorona vocinglera; a trancas y borrascas hacerla berrear, solazada.
Temerario, esputo de a pocos, negros escupitajos, sobre tu cacharro inquinado, por sapo.
Hoy no estoy de buenas para desearte un buen día, que te lo desee un bicho alado, un grajo sarnoso.
Hoy no estoy de humor para tales cochinadas.
Temerario de mí y de mis fuerzas capaces de destazar a un toro para beberme su sangre;
temerario de mi lobo, de mi solitario en el vidriado caleidoscopio que es a tu noche, contienda inútil que cierto compadre mira hacia arriba, tratando de encontrar una respuesta en los espejos nocturnos.

Luz de mi camino,
alma de mi sombra.
No sé burlar más al destino;
no sé cómo he llegado hasta aquí; a lo sumo sé que todo empezó con el pequeño malestar del córvido soplón que me miraba, y yo le dije: “Qué miras”; desde ese

entonces sobrevino la avalancha de blasfemias, de maldiciones que me hacen feliz, y lo agradezco.

Ay de los felices completos,
los que en sus Calmos Zaheridos pregonan que el planeta se está acabando.
Ay de los bondadosos, los que dan monedas en la iglesia, y los que con el mazo ruegan que les caigan unos panes.
No son felices, son unas pobres y tristes bostas.

Feliz el que cada día maldice y se maldice por no poder tener más fuerzas para maldecir.

Toda la hez, de a pocos, no de un sólo suicidio; de a pocos es cómo más se disfruta la suerte de esta bendita desgracia.

El Sol está podrido, el agua estancada apesta;
el aire que respiro, ventosidades letales.

De oreja a oreja, a un par de cuadras de mi casa, un ebrio degollado; y a mí, el más feliz de todos los infelices, me importa un verdadero nabo, porque soy el más infeliz de los felices.

Y me honra estar ausente en todo estercolero que me aúna.

Trepidar de la muerte o la sangre helada de la res temblando ante mi machete que la volverá parrillada.

Brindaré con el vino de tu sangre inocente, henchido, porque soy el desgraciado que en tu vida poco has visto. Mejor será que no me veas, porque te quedará la sensación de un vértigo sin cauda, o la cosquilla anillada, desadaptado.

A través de tus días infames,
de las paredes derramando lágrimas de sangre.

La vena me estalla, el cerebro con callos dicta y dicta,
misma precaria profesora,
maldiciones bendiciendo la Tierra en picada.

Temeraria bilis que arrojo de a pocos, y no salgo aún de mi espanto.

El temblor de la encrucijada en lo alto de una sombra parada.

Una mirada demoníaca que a dos dedos me la reviento.

Y me reviento a patadas a tantas bestias que bien pueden ir trotando al camal.
Mañana habrá parrillada.
Y brindaremos con la sangre de los caídos destazados, con sus buenas intenciones.

Ya regreso, voy de vuelta, nomás.
Y desgraciado.

DEDO DEL CAMINO SEÑALADO

Azulemos las sombras, la marea volcándonos de bruces al exilio.
Apuremos la hora desandando. Mareemos la misma marea que nos retira a media ola de esta pluma, deslizar pausado a la calma descendida.

Ignotos hasta vuelco, manos aferradas al rostro; mareemos desencanto hasta perder los signos que delatan, umbríos espejos como ojos, delatando cruel desgracia que día a día alimenta nuestras páginas de vida.

Y así, canto sea la victoria de un espíritu que surge, de las cenizas; de los restos surge, Fénix, y no importa más un nuevo inicio.

Y ya no apura el perdedor su piedad de manos apaciguando al ebrio que en la noche despunta su perfil, su perdida risa espantosa, de bruces a la noche, al silencio, azulando desierto, mar que no es inexistente; baja penumbra invisible, que se sigue; vuelco sagrado; entre manos el rostro, la manivela del miedo conduciendo a la locura plena del que vive sin remedio.

Las perlas bajando hasta ser pleno espejo de la calma, interior, oscura, pero calma al final del encuentro oscuro, opaca reflexión o mar de las razones interiores, signo puro de perderlo todo y empezar; maravilla surtiendo agua anónima, su morada de restos gentiles, dedos muertos sobre la huella del barro anaranjado.

Y así habitarnos *Unos*, y así amarnos *Unos*, teniendo como un frente las caídas; al filo, desasidos de asperezas y de espinas; amarnos como sucede el canto e ilumina el día su inicio permanente; entre la sombra halando su cuerpo, devolviendo su alegría; eterna fuga, alegría, canto eterno, tañido transparente de lágrimas a todo vestigio esfumado, desfondado de una muerte que no es muerte, surgiendo en la aurora inconmovible de las sombras, sus restos, sus vagidos restantes cuando aparca el miedo de abrazar callado un himno, un instante perdiéndose, divinizándose al término de un sueño.

¡MÁCHINA!

Se basta una forma casi imperceptible de mirada hacia sí, una congoja húmeda, un jirón perdido; se basta el propio cuerpo a la postre, Alien habitándose su propio organismo; un yo que no quiere abandonar la otra piel dormida, en el sueño serpentario, interminable.

Calles perdidas para esto.

Asunción hacia ojos atrayentes.

Calles perdidas para esto.

Se basta meollo, lubricación cerebral, sudor predicho de un intelectualismo aferrado al esfuerzo,

¡*Máchina*!

Sudoración deviene espiritualidad, prurito conveniente así hacer, así obrar deja el legajo; en él cabrían líneas de regular calidad; pero sin embargo es justamente ese malestar el que lleva a la línea amaneciendo, aurora espectral vislumbrada entre ramas; luz a seguir, broche de gunfia, por decirlo.

Acaso si te ves solo, ya será una especie de trascendencia a lo buscado. Tu búsqueda habrá finiquitado su regreso. Recién empieza la bifurcación de muchas opciones, laberintos a seguir; lo ubicuo de formas diferentes enrostrando miradas; derriten sus burlas, volátiles cerinas al fuego arrastradas, en una delicuescencia pestífera, la nada.

El cajón va calle arriba. Los bufones lo siguen.

A qué se ha humillado la muerte, cuando al lado, o en su velorio, la gente engulle, chupa y ríe; mientras él no lo sabe; de hecho, no lo sabe el muy muerto.

Imperceptible de mirada, sí.

Al tajo, al punzar, al degollar, al tundir con este puño las paredes invisibles del espanto; de bruces al exilio de vidrios desperdigados.

¡Ah!, la noche y su vagido ignoto reincidente; no es más que la extinción de su ser contemplativo; ni la mirada interior la semeja; ni la vuelta al Principio, ni la eterna fuga o su lado imperante, hilo perdiéndose, reptado en la fuga hacia un celeste que pronto será negro.

El divino celeste que muy en el oscuro fondo, es el negro inevitable de uno mismo.

Hacia sí, se basta, se riega de colgajos corazón o dientes culpables al acecho; de justas recompensas por haber sido lo suficiente a que aspira un ser humano en su vida útil, en su máquina parada.

¡*Máchina*!

Pero el caos pernocta, se basta en su desorden a oscuras, interior, casi ruido, desesperación aluvial, desorden de graznidos pajarinos rarificados en campo radiactivo.

Marcha terca de hormiguero, su fuerte de obrería.

Para cundir en la escena, darle por el lado negativo; mostrar tu lado hipócrita, si cabe.

Lávate la duda, ensúciate una vez la baba,

¡*Máchina*!

Una sola vez y luego ensarta.

¡*Máchina*!

La ternura que buscas suele mostrar su lado asqueroso, y es tan natural como soñar o la espera que no es nada, o que lo es todo.

Una baba carcomiéndote tan suave como si nada más importara.
Tan suave, baba, única mujer que no inspira al suicidio.

¡*Máchina*!

EL VÉRTIGO QUE LATE

Se compare un viento próximo
Traicione
Se eclipsen límites
Distante
Por borrarme Uno
Así sin miedo
Por borrarme
Fuerza por seguro en un sendo perecer
Del puente a la luz habrá un hecho de falta
Y sendas mariposas para cada extraño posante
Optando por su próxima ánima su mirada descendida
Prediciendo su calma el hecho adelanta
Adelanta la ruina que puede contener en su fáctica figura
Reflejos constelados en el globo que está a punto de colapsar
Porque el efecto dice
Porque el efecto mueve a la figura
A no ser su apariencia
En lo más remoto umbría no refleja girar
Girar al asalto de nuevas suposiciones
A lo sumo suposiciones si el caleidoscopio
Lentamente se apresta en el mismo acto de serlo

Se apresta al colapso devuelto lo que no figurara en aguas remanentes un tanto negadas a la espalda interior del ojo opuesto
Un tanto interiores simulando la calma
A la estólida figura que no devuelve lo que toca
Y si eclipsara ahora la razón al justipreciado canto de la mujer perdida en la corriente
Sabría yo que no es hora de estar
Solo el colapso
Que no estar no llegada la hora
Para la razón cantinela tirada a la locura
Aúlla la mujer perdida en la corriente soliendo desgastarla
Como la rueda esmerilada urde el filo de cuchillos
Urde también la sangre que perece
Y por puro brindis o copa rota persistiría la mirada
En la devuelta alberca si refleja
Como unos ojos reflejada
Y devuelta
A lo agónico de paso
Sabré
Maliciaré que el bloque de todo
No conforma parte más que parte
Esa montaña y sus quietas repeticiones
Volaré en miles de pedazos iguales
Y ni uno de ellos me remplace
Me atormente en una figura igual
A esta ánima volcada
Sobre el papel sin miedo a la pregunta
Sin la voz interior guiando el paso
A fondo ignoto
A fondo que no conoceremos
Podrá volar la ruta
Podrán ser alas más que mustias
En el centro de lo perdido
En lo bajo del instinto
Que no muere ni predice que la carne al lado palpita
El vuelo no significa más que su extensión
Su bruma
A las magras escalinatas
De una supuesta esplendencia
En el río de lo puro
En el río de lo que ahí nace
Iluminado
Sabré con refinado encono darle y darle al estilo de la pura
Revelada
Palabra
El camino se hace si conforma el hecho de no pertenecernos
El camino al silencio es éste o próximo
Instancias del instante
El próximo camino
El vértigo se nace

Se pregona hacia sí figura
Imagen apenas
Por un velo supuesta la caída realidad
Por un velo
Ahora que no es ni será
El vértigo que late.

DELEZNABLE ABDICACIÓN Y EN HAZ

De manera casi intacta migró en el espejuelo de la Luna, como quien conmueve su propio rastro mirado.
Y aun así se preguntó si había amanecido o si eran sucesivas las capas vespertinas solidificando la alternancia sagrada, permanencia del cuerpo en casi nada de asir, lamentar, aunque sea; no poder denodadamente purgado aferrarse; decididamente lunar, contrahecho en su cuerpo astral.

Signo ignoto, acaso; involuta pregunta ensartada en el fumante de turno, acendrada persuasión infiriendo que todo badajo es signo, aviso en pueblo remoto.

Podría ser el caso de que no se encuentre el ánima baja, los órganos dispuestos a excrecencias complacientes a las abluciones rutinarias.

El cambio seguido, la muda de espejuelos reptantes a través del satélite antedicho; sólido medio de una posible, a instancia, menguada corriente no vista por el solo hecho de ser vertiginosa.

Desde un plano inexacto llamaba aquése hombre, situado en su arena de duna, en su desierto. Solidifica agua, impregna cristales secos suspendidos.

Atmósfera recurrente; preclaro, antedicho cometido; la helada, errante asfixia legajada, a una razón interpuesta. Calculada.
Resmas de papel usado en el cálculo exagerado de una cifra astronómica; digamos, el relato numérico basado está en un conciso, al azar, número infinito. Partió de una pantalla cibernética, por así elucubrarlo en esta razón ajena a una lucidez casi extraviada. La razón de ser. Por suerte vuelto. A la pregunta: —¿Carcoméis más la cifra o truena este pueblo bonito, truno, enlatado? —Acrisolada lluvia compuesta de agua condensada, que cae; para así seguir con el ciclo; acto seguido, ser acumulada en raíces o corrientes eólicas de paso.

Cruzando de orilla en orilla se supo admirado. Las hojas de los helechos lamían piel nunca antes vista. Era la bienvenida que los pájaros daban a su llegada, a su legado trayendo entre infaustas neuronas. Cantárida que la extraña criatura mitad pez/mitad mujer relegara a espanto impoluto, a enigma proscrito.

Darte en la vuelta inexacta, en el giro iridiscente que hace de las cuentas dos ojos cuyo símbolo.
El alma sagrada.
El brillo escamoso de reflejada superficie.
Su azogue desigual parecía una res encabrestada que, res tanto, res a res dando casquidos sobre el polvo, el barro, las patas traseras. Se pelará de ojotes, no verá más el prado.

A una estación lunar cruzan las muertes.

Instrumentos de soplo acompañarían danzas fugaces, en pueblos asiáticos cuyo fondo promiscuo y desigual, cuyo piano sugiriera que los ojos, par de instancias parpadeantes, un poco melancólicas, descontentas de su propia creación sublunar, parpadeante.

Descendidas, menguantes, superficies de las diferentes variaciones del satélite romántico, migraran acaso, imperceptibles, no perecibles, sendos, millones de rostros; acaso derramarían su azogue completo o su mirada, o su mirada.

DORMÍA SIN EL PESO DE LO LEVE (Poema)

"*El planeta avanza en el vacío sin dueño alguno. Ahí está la insoportable levedad del ser.*"

Milan Kundera, *El arte de la novela*

Dormía sin el peso de lo leve; desasido de la relación física, menguante esencial conmovida. Su peso era leve; aun más doloroso que la levedad del amor surgida, enfermedad de la costumbre. Acaso ese peso más desencantado que tener a alguien; ese peso que junto a ella durmiendo, sumiera en dolor ilimitado al paso avernario del eterno; el espantoso retorno, la levedad no allegada, siempre originada del Uno. El *sinretorno*, el *sinsense*; nonada presencia cohabitada a la fortuna engañifa; alza en alas, a lo largo de los charcos, posa a los ciegos.

Y las diseminaciones convergentes en volutas, alrededor de fogatas de despedida de unas buenas vacaciones bajo palmeras y marinas superficies. El chirriar de gaviotas, siempre el mismo; la misma culpa hundiéndonos, la misma levedad nos disfuma.

Dormía sin el peso de lo leve; entendida por levedad al amor. Acercados, creyendo que esto es lo propio; y lo inánime, la carga por traspasar hasta el Calvario, la herida masacre del antropoide *continuum*.

Siempre era así. Llegar al límite, pero no rebasando lo kitsch de tomarse de las manos. Acercarse los picos, mismas tórtolas, que tan presto se juntan, en breve se dejan. Y el ciclo ahí termina. Y ahí acaba todo. O concebir en una mujer el fruto de su simiente. Reproducirse bendito. En la estelar cuenta de la progenie estaríamos todos concluidos; sin peso; altos, astrales, estrellas representadas hacia círculos volátiles.

El círculo cerrado. La fase concluida. Más bien el que se queda en lo terreno, él cargaría con las culpas de los condenados ausentes. El peso como contraparte a la levedad al amor cegando. Para los que aceptamos todo. Un peso no comparado ni a los cielos; ni a una sola palabra de ella diciéndote que ama a otro; convenciéndote de que tú eres su peso, su llevadero sufrimiento; alojando en tu levedad su peso; siendo esta levedad el peso de que nada, de que nadie se repite.

Y esta suma de sucesiones que nunca acabarían, acaso anclaran en el peso de lo simple, simpleza oscura del que parte y se establece en su círculo íntimo, reflexivo; y el *para siempre* de una vida no logrando repetirse acaso sea un esbozo más de lo

que, perenne permanece; sin más ni más que la impresión de que lo pasado, ya no vuelve; sin más que la sentencia. El *para siempre* compendiando que nada es ya cíclico.

Todo se da por una vez irremediable.

Somos copia de un original perdido; una copia irrepetible sin retorno.

Todo queda para siempre.
Sin infinidad sin nombre.
Coligiendo que los parajes perdidos de la suma, a nadie corresponden, ni cifran su poder de ser cíclicos, reptantes; almas riendo de que sus extremidades cercenadas aún sientan que son extremidades; de que los muertos tengan a bien orinar aun cuando la vejiga está vacía.

Kundera diría que el peso es cerrado; que la levedad, esa fría, caótica presencia, lo no existido, se cierra al paso de lo físico, perenne.
El peso nos sume. El sufrimiento del hombre se queda en su portentosa esencia inobjetable.

Qué insoportable no tener a quién sufrir.

Irredentos de peso, sueltos e interminables cual milano sin dirección adonde volar.
Sin nadie.
La levedad es una forma cerrada.
El Uno es presencia.
La pareja es leve, rastro no deja.
El Uno, imperecedero; él es su peso; su forma interminable con impronta a lo oscuro, a lo callado mientras nadie.

VENCIDA LA BATALLA CONTRA UNO

Atar al vértigo del fin nuestro,
el otro cabo de alma en ruinas.
Sin quererlo, a lo largo del neutro pesar reptando el púrpura icor de la sangre.
Por el miedo justo,
a un paso del abismo.
Sin quererlo.
Por un miedo justo y lo que aguarda enterrarte vivo, quemado, abusado, loco, ciego de poder y de ruinas.
En una concreción de pesar que no ata su cabo al cabo de un cabo escindido en dos por el temor temblándole en las manos.
A una batalla cualquiera.
Alterarse.
Y lo que fuera no será más que pura ignominia del estado real del lúcido al que no le importa un pito partir en dos la morada o la dicha que no existe más que en la concha de las manzanas felices,
en la mismísima esencia de tu madre.
Mitad victoria,
mitad doblegado.
El doloroso perfil está más allá de las ruinas.
El hombre que se sabe caído.
El hombre que de espesas lágrimas de plomo, se sabe derramado,
no es el débil;
débil es el sensible que no agarra al caballo por las riendas,
recorriendo los parajes asolados por la sangre,
apedreando a las bestias que anidan el sotobosque,
desgarrando a diestra y siniestra piel y alma.

Levantaré estatuas de sal sobre la gloria de mis ojos, que al despertar se saben infinitos.
Apartado de ciegas elucubraciones acerca de qué o cómo sortear más los demonios mordiéndonos la furia,
que irremediablemente urden la mala sangre que me embriaga.

Sé que el ser neutro más cercano a mi no-ser se construye de sus propios restos, de sus cenizas que la furia roja levanta; colisionando sobre cuerpos convulsionados, abusados, denuestos.
Hasta que, por seguir o permanecer en el instante cerrado de una planta nacida; inmoladas en llamas, caeremos a la fuente vital de lago primero.
A la flor segura olorosa hasta el final del recuerdo.
Seguido por ese camino de pétreamente sombrío.
El lodo enseña a caernos sin más levantarnos, hasta que seque el Sol a la Tierra espantosa revuelta por la lluvia.

Si incierto es el neutro;

el frío, el helado témpano liando a la hiedra su amante;
una rueda despavorida anulando los fondos penumbra,
las bajas pasiones que hacen de la perduración más repugnante,
su símbolo de arranque;
para, desde ahí, como piedra angular y al ataque, correr desesperado por los bajos fondos del silencio.

Contraluz del cernícalo de presa volviendo al ataque. Clava el ojo donde ya las uñas, clavadas están.
Clava la furia en el débil, que no resiste ni el aliento envenenado,
ni el golpe de rayo luminoso.
Ni el expiro.

Creeré que sigo, que vuelvo sin más dilación que la súplica.
Que vuelvo.
Creeré.

El supuesto y eterno perdedor que al seguir defiende con los dientes y garras y *lanzas coloradas* su guerra declarada por una ley inopinada muriendo en su origen, en su propia ruina devolviéndole la imagen primigenia.

Ni el rostro voltear si alguien te llama vencido,
ni una pizca de miedo delatando el temblor de los seres acercados.

Lo justo es dejarlos a todos agonizar mientras la atronadora risa escupe ojos, sebos, culebras, cadaverinas detonaciones pútridas y tanques y cabezas que no vieron su fin hasta que la cimitarra sarracena los decapitó por justa y propia mano,
por ese justo castigo del que vivió sin cabeza, para, solo,
mostrar el cabello, el sombrero o los años.

Por ese justo castigo de quien se lo gana por la pura gana de ser un muérdago de cuerno viviente.

Reconsiderar en la escena a destajo, el ánima, que por separado sigue su hilo en penumbras;
su baba mortal que todo lo destruye,
lo detona.

En la adoración primigenia del cambio atañes más tu ruta;
el regusto de morder los soles eternos, sucesivos, de una calamitosa madrugada, a lo ardid de una gloria divina como una carcajada por haber ganado todas las batallas del carácter.

Eterna, continua, la armonía que rehago y tarareo; eterna y continua la suelta imagen que por derecho propio me devuelve la identidad primigenia.

Anunciando la primera lluvia de las derrotas y el pesar que jamás volverá a arrodillarse ante mis huestes.

He vencido la batalla contra mi propio enemigo.

MADERAMEN DEL DESCANSO Y SU TRAMA

Había los que sí.
De hecho una ruta no los iba a conminar.
Y en los titánicos concupiscentes yantares el *licopersicum* doraba su giro.
De manera que dotaban sus ínsulas al mar, vegetales madurando a la preciosa paciencia de quien contempla.
Navegaban en un estólido vaivén de ida, únicamente de ida; renuentes, álbicos, cintas devueltas a su origen de danza encaminada.
Pero, cinta de la perduración a obraje denuestan. Pero cinta de la perduración mira tú que denostaban.
Era, en suma, que no olían ni su sombra, que, cual humo levantaba.
Las caricias levantaba, así uno no fuera nunca a declinar hacia el alba próxima, hacia elementos importantes a deshora.
¡Pardiez!, qué los movía a ese rito; qué inusual pavoneo de miríadas en procesión humeante; aves rasantes al vilo horizontal tan descendido.
Qué desglosar de más capítulos roídos por lo añejo de las hojas, y una historia más en la punta de la pluma por verter.
De manera que circulaban, que herían el desvanecimiento; la calavera hendida a mitad del cerro, hueco estuario donde prendían los Viernes una vela

cada uno, guaqueaban sin compromiso con El de Arriba en días santos; ni romero, ni infusiones; sahumerio palosanto a pasos circundantes, serpenteados a esa hora tan pesada.
Como hormigas resbalando en una piedra bañada de pretérita ceniza.
Como digo, había los que, ni por angas ni mangas, relegábanse a la siesta.
Era por demás; solos en el frente, al costado de las aguas y las faldas de sus esposas frescas, de piernas lampiñas, tersas.
Las mujeres, por esa sola parte, dóciles, suaves cantarinas, cuando dejaban ver sus piernas bajo unas faldas de tela sedosa y floreada. Esa bendición que el viento traía, cuando ellas se cuidaban de no mostrarse todas, para guardar algo íntimo para el lecho de oscuros flancos y gemidos, aparradas con sus hombres elegidos.
Mientras, los más jóvenes pescaban tendiendo la atarraya en las pozas más misteriosas donde lamían hojas de carrizo las aguas que algún duende traían, apareciendo cuando menos uno se lo pensaba.
Era que el espino alargaba su sombra; para que de esa forma, la lejanía hendiera, trasversal, aquella loma donde se cultivaban algunas hortalizas; y así pudiera vislumbrarse, sueño volado, descanso en la ruta que no ata ni mella contenidos lacrimales para cuando decline ya la luz, se entierre a través del recorrido sensual por las dunas.
Soplaba la brisa de río en la playa. La voz era del mar. En el río se guardaban más reclinaciones, hacia un cuerpo desnudándose, rayano a una caricia esperando su boca ensalivada.
Puertos secos dejaban entrever su maderamen sumergido en la arena; bodegones de la destrucción que no respeta la lenta formación de la madre naturaleza.
Filas de hormigas preparándose para una borrasca próxima y atada.
Leñadora que recogía su carga de leña, para el caldo; acompañar así la tristeza de paredes de adobe, imbricadas al corredor ahumado.
Una imperceptible musiquilla enfilando hacia su sino compartido; ignota, enmaderando la casa levantada, contrahecha a eterno aguacero, a oleaje arrastrante.
El de los quedos, el de los borrados de la lista terminal y ablaciones. La olla de cangrejos guisándose, borboteaba su fuego suculento, su vapor delicioso.
Unos picos demás en la sobria oscuridad abrigando.
Abrojos, muchas hierbas aromáticas asolando a campo traviesa.
Y tú, suelta en la mirilla contenida, en la asolada inverna donde pacer más pensamientos para después de una cópula al aire libre, con tus faldas al lado, posadas, perdices cansadas. Mi cuerpo reclamando más poros

abiertos a este silencio proporcionado en momentos que a nada se igualaban.
A la ruta se embalsaman, rojos escapularios, indecentes formas emergidas de aguas furiosas, cantos devastados; helas, ondulaciones hacia una cresta de paso.
Última luz enferma, entreverada a lo herido del cielo, por un Sol tan bajo, tan añejo, como si se tratara de volver, que ya no mira uno hacia algún objetivo.
De manera que escupían para que no castiguen las crecidas; se atoraban a las olas venideras de la blanda esperanza, árbol cargado de frutos.
Era el rito de descanso, la proximidad a un cielo que ellos conocían.
No había mejor cura a la sabiduría; ellos la guardaban como única verdad que develar, única premura a la danza a los orígenes.

TARAREA ESTE VIERNES LO QUE NO APARECERÁ

Una fresca agonía
El oleaje
Olas risas en el mar
Aproximación a la cadencia
Dos ventanas al miedo han colapsado
Podría gritar
Podría alejarme de mi destino
Para aproximarme a la ruina de invertir mis últimos años
En encontrarte
¡Ah la ruina del hombre!
No sé si ésa sería la palabra sugerente
Y desterrada
Para resumir su destino
¡Ah la ruina del hombre!
Tan embebida de mar y oleaje
Las praderas encendidas de tu cuerpo apenas aparecido en la ilusión
Que vivo en este precioso instante de pianos y contradicciones
Ahora que vuelvo
Y no tengo ya más fuerzas para volver a mirarte
El trastorno la marea siguiente
Puede aspirar a esperanza el que seas una estrella

Un punto cualquiera volcado al Apocalipsis
Que tiene por delante un hombre tan simple como yo
Y volver al fuego inmenso de la negra locura del mar emergida
Volver a la apariencia que tienes de aparecer
Encumbrando eólica marea en la mirada
El perfume de bestia que nace
Adorada estable en unas líneas que recupero
Cada vez que te encuentro y tú me miras
Cada vez que espero volver a abrir las ventanas inseparables
Con las que me descubres parte de mí mismo
Eso a lo cual llaman conjunción de dos gotas mitad Yin/mitad Yan
Por una pradera alocada la puerta se abre
Siguiente abismo
Se abre
A las dos ventanas amargas
Que traducen una ternura nunca sentida
Cuando alocadamente el precipicio es seguirte
Desterrarme a la cruz que signifique estirar la mano y tocarte
Como un sueño a la aproximación
Como un sueño a desaparecer de todo y aparecer de nada
Que no llega a rozar este infierno.

A CABEZADAS PRÓXIMAS EL SUEÑO

Una cabezada durante el viaje me advirtió el afloramiento de una pesadez inevitable. A la vez que florecía el hundimiento de otrora, me empezaba a entumecer los huesos, a maquinar el calor en los ojos, el lagrimeo incólume, el badajo de los ritmos rotos y precisos.

Palabras arrastradas al tiempo de una maquinal escena de un adolescente viajando con su única felicidad consistente en un disco, un chicle y la piel tersa, directo a dar un flechazo esta tarde irrepetible.

Esa felicidad que los hombres de mediana edad envidiamos, esa felicidad que las aves alicaídas extrañan durante sus vuelos metafísicos hacia acantilados de superación, hacia tiempos destellantes; cuando ya volar significa volatilidad, impalpable nihilismo.

El frío termina por inundármelo todo de la pesadez de la que hablaba. Ojos lacrimosos; unas cuantas manchas de plumón sobre los dedos como marcas imborrables del paquetero ahorrando el pasaje de su bulto.

Las caras desaparecen, fasces sangrientas dilapidando su roja conexión con la presencia pálida, secuencia que es el grito de quien desaparece; visto desde un móvil hacia próximo destino, enfilado en una pista aterrada de gritos y cadáveres ebrios deshabitándose hasta el expiro cercano.

Tú no puedes acercar eso que te toca.
Tú no puedes distender los niveles del agua atormentada.

Levantarás los dedos, correrás tu historia; y al saberlo, el riesgo derramará un sudor voluntario.

Tu no aproximar.

Ésa mujer que no podía mirarme desde el fondo.

Pensar sucesivamente en un rostro conlleva a la locura, a la fiebre del desvanecimiento.

Armará su canela el tejado anejo; Leda derramada, suspendida en una tela de cortes atómicos. Gala Leda. Cisne Suicidio más láminas salinas rozan su mar como una lengua.

Vagidos, entuertos extraños de rostros fugazmente quedando asolados por su pasado, árboles que no se alejan sino que nos adelantan durante el paroxismo del tren retroceso.

Abajo las llamas del agua disfuman cuerpos corridos, muchachas sintetizando toda una vida en la última mirada que sueltan al viajero.
El viajero tendrá que dar pasos, allegarse a un cuarto con quinqué y muchacha húmeda, nerviosa. Será la última vez de la cópula. Una mancha láctea sustentará que el giro que toca es el infinito negro barriendo secuencias revolutas, intactas razones con sus grillos y aros, al carcomido subsuelo del agua.

Ada distancia. Distensión. Prueba que alguien mira.

No por venir se avanza más, ni por una vaga sensación de recuperar el pasado uno ciertamente se hunde. En eso consiste el deseo de los caídos; un hundimiento en la ceniza del agua.

Las hojas tapan el cadáver vencido de ánimo.
El burbujeo termina por borrar la memoria del agua.

El lúcumo de frutos dorados aparecerá tan presto bulla la armonía del alba, el regañoso gagueo de gorriones acompañando el silencio amordazado;

aura por venir y ni a cuento el retroceso de volver al estado actual por el que gira la caída gravitante de frutos dorados.

Una vez la visión se borre, el árbol cumplirá también la tarea de borrarse de sus ramas.

Permanencia quieta del lago.

Ceniza indica devastación; aridez intacta, ruina.

Hoy no estuvo algo sobria la rutina.

SABRÍA COMPONER EN UN CIEGO PARALAJE

Al pico de la hora traducía una leve llovizna el manto universal de los hombres.

No afrentaba la agónica virtud de las justas, temblorosas muñecas y su risa demencial y zurda, abyecta desfallecer de esa enfermedad de la preciosura que se acaba al contemplarnos más de diez minutos al interior del pozo incalculable del espejo.

La hora había llegado, el gorrión recita imitando al hombre en la ventana; la coexistencia de un pasado inmediato y la forma que sugiere una ventana de labios empañada.

Todos prescindiremos de la belleza llegado su momento.

No había tal embeleco, ni puesto a encumbrar sus patadas camándulas, sus fabladas frecuencias,

perfecta obcecación de múrgidas cupralias;

vestes imprevistas, los acasos,

caducidades anteriores y lo que enumere se siga desliendo,

pánico rasante, álgida pregunta.

A las justas tórridas por las que, cual tul mojado, te levantan,
en el cuasi beso neblinoso osando apagar ventanas ya apagadas.

Más de lo exagerado, *exchange* de a penique por una mordida de felicidad cual *Música de cámara*, y lentecitos, francamente.

Tienes un ariecito, un tufo entrecortado del que se ha tirado un lomo de bestia a pata suelta; siesta perdonada deslumbramientos gallares; cantan, alejado lo anterior y Domingo.

Perdones anhelantes desmentidos a puro insomne en obraje, por camiones, cual parvadas de gallinazos levantados como a niños de las puntas de las alas, yendo al lúdico avance de sus padres. Los hacen volar aunque no quieran.

Te rascas la arruga que se ha tornado en rostro,
el barro que luciendo su carita;
mas, la juventud exuberante en el día tan alto como caluroso ya te advierte. Doras una fasce camarona, una teta de osa de peluche.
Nada de lo anterior ni chuponeo;
a lo sumo una esquirla de arado enrostrando la página antelada;
su racha de blanco pereza, su parca comedida;
fúlgido bombardeo de palabras, pelmazo de paja y tierra atareada;
ese adusto, quejumbroso fumar después del texto que ha quedado del carajo —para uno, en lo cierto—.

Deshonrosas delicuescentes. Desastrados vientres de mujeres que toman un helado, preñadas; pendientes de ignorar al antiguo rumor que las maquina en un estado de gracia sugerente a la levitación o vuelta de alma al cuerpo, esa zona herrumbrosa con su canto bermejo que aún, como en la horcajada que es el sitio predilecto frecuentado por el alma, se abisma a la fiebre de los hombres, manto universal; antes frontispicio de lo que venía tomando forma, por así afirmarlo.

Como juicios antepuestos a la pata que osa reclamar cada madrugada su ala en la persona que caía como bruja.

El pelo te lo guardabas por si cundiese la pelusa a bajo vientre, el cuerno quemado, la tóxica extremaunción de hímenes cortados en presencia del común delirio y el jefe de la tribu llevándose una almita al pájaro, ¡qué dicha!

Habían, claro, los deambulantes recogiendo sus bolsas, los poblados de ojeras como hombres que a esa hora retiraban sus huestes solitarias, cuerpos resaqueados no viendo la hora de entrar a la ramadita de enfrente para encontrarse con la hetaira de sus sueños; espetarla tras las gafas reggaetoneras, plancharle la manito nerviosa con una moneda aun prestada;
retomar paralaje que a distancia se otea en el móvil;
cupo de pasajeros portando un mundo en el cuerpo viajero.

Mal sustituto, mal abrojo en la calceta que horma su roto y su desuso.

Podrá cortarte la concentración tratando de decirte que, como en otras versiones, tú fuiste siempre el reseñado; claro, en estas mentes que ignoran lo leído, y más que un blando sentimiento, es mucho; la traición al amigo que te escuchaba desde adentro; cuenta un Sábado, más que el abrazo por la espalda a un viejo amigo decidido ignorarte un poco, cuando, bien acompañado.

Augura la perlada persistencia del talento; a su polvo deviene concha nácar; tersura entrecortada del amante roza la quijada de su amiga cariñosa; la entrevé como el sueño vertido desde fuente, desde el agua turbia del daño.

Vengo siendo el espurio, el comanche con su juntura de hojas presta a envolver el paiche en celebración ingenieril y qué buena está la cosa.

Había un retrato de Marilyn Monroe muy guapa; tendría sus dieciséis, y esa tragedia en la risa ebria de una brutal belleza que no guardaría alguna especie de pureza para alguien.

La mano sabría cumplir su altercado de penurias,
la mano sabría.

Detesta música y otra vez la ramadita,
su china particular en pantaloncitos cortos,
su pudor de entregar el vuelto en la ramada,
escondiendo parte de sus piernas;
la espirituosa Venus del Nilo y el lamento de no haberse puesto a tono
con el *pase usted*, *sírvase lo que usted convenga de mi encandilado rosal que es todo suyo*;
como si al pudor pudiera uno guardárselo para los gusanos,
que finalmente las rameras y los célebres artistas usan la carroña de sus cuerpecitos, puros, diosecillos, para que

no se la aprovechen en las tumbas esos célebres consumidores de glorias y congresos con patita cruzada y feminoide;
roer y blandir colorado;
gusanos alimentan esa desaparición a la que todos estaremos dispuestos,
sin preguntas,
sin siquiera respuestas.

DELIRABA EN EL DESTELLO ARMONIOSO DE UNOS OJOS

Saber que asisto al despliegue imaginario de los mundos, saber que en el vuelo acometido de un abrazo, vuela esa mirada, arriba de sus labios sonriendo; y, la mirada vuelve al despliegue de su luz sobre mi mundo, sobre mi levedad y mi abstruso signo espeluznante.

Sé de la variación ignota, preclara, que te sigue y te refunde en ideas mustias que alteras en una plaza bulliciosa, en carnaval y hamburguesas frescas, pero también guardadas; en muchachos compartiendo un chocolate y el fresco rociar de whisky pateado con Coca-Cola.

La noche insigne y de tambores los bañará de un rocío adelantado, los enternecerá al mirarse siendo como son, de sexos diferentes.

El encuentro es vago, pero asiste a lo que podría llamar esta fuga de ojos enrojecidos, el deseo.
Y no un deseo derramado, y no un deseo que se fuerza a volcar las ataduras extremas de los brazos, las solas presencias dibujadas en un monstruoso Axolotl de seis patitas y el pleonasmo que tiene una mirada que no osa

serse desde sus ojillos de volcaduras marcianas, de endebles respuestas y sus fines.

Para lo que se vino a la vida, para lo que se vuelve y volverá, en última instancia.

Sabrían comprenderse en la sucesión de la mirada a que se allega como a un vasto horizonte al que no se mira desde lejos; la compenetración más que la aprehensión de la imagen; y ahí todo, ahí rito. Ya la obcecación del zapato enterrado en una pampa larga con chinganas y mujeres enlodadas de grasa bajo sol polvoriento y palmas mugrientas.

Ahí la plena sucesión del hueco, la memoria, esa desgraciada llena de gracia, entre todas las mujeres, enterrando sus vastos territorios al vetusto e imbricado ladrar de la tarde sugiriendo continua planeación del vuelo de una garza blanca no allegada.

Ahí el vilo encanto, el velo de claridad apagada permanece en tu grito; la zona intacta por la que perlo mi dorada pesadumbre; mi después del té, mi insomnio volando en un pasaje donde un soldado japonés se salva de ser desollado por soldados mongoles, del flanco enemigo; ergo, un pozo a la luz del día sería su refugio para acrisolar esa luz permanente que por diez o doce segundos lo cegó de una luminosidad más aparente que la gravitación de los astros en pleno cenit del mediodía; en el fondo del pozo, como siempre.

El zorzal chirriando en la ventana es el ave benefactora dando el fruto de todo comienzo.

El tintineo, la luminosidad, el trino; el destello de unos ojos cansados que han visto un orgasmo o una playa; segregan voluptuosa armonía; se son en irrealidad, de espaldas, no más que una mujer volatilizada al fondo en una playa; de espaldas, apaga sus gritos en las olas relumbrantes.

La revolución de gaviotas no sería más que desencuentros con la marea asoleada; el buque blanquecino en distancia borrada perdido, en estela de su paso; faro fantasma dirige sorpresiva tempestad, luz que intercambian en fluidos; inmersos los ojos bañándose en los otros ojos encontrados, que los miran.
Eso, al menos, bastaría para saber lo que es un poco de música,
el vuelco pertinaz de la zona del miedo y alguien pequeño, de nosotros alejándose.

Axolotl: http://www.bountyfishing.com/blog/images/axolotl.jpg

LLOVIZNABA A UNA EDAD PROMISORIA

"…en realidad *después de los cuarenta años la verdadera cara la tenemos en la nuca*, *mirando desesperadamente para atrás*". [*París*, *último primer encuentro* del Cronopio],
Janos quienes también hacemos el frente con la cara hacia delante,
adolescentes votivos y su *rictus* de perder el miedo a besarse mientras en los parques húmedos se cuece la ironía de la luz que va apocando su rostro cualquiera, su pálida pregunta.

La edad madura del que deja su paraguas en un parque lloviznado, ese precioso cadáver inspiraría a Marcel Duchamp un anticuario de relatos híbridos, antigüedades recientes de seres pendiendo de su vitrina de vacíos; blandas marionetas que gotean el sueño de los justos, la vigilia de los ahogados.

Alarma que, por ejemplo, tenga que acomodarme a la sobriedad de dar un paso más en lo estadizo del muelle con sus huellas borradas, la playa de un plano hemisferio.

Otra vez esa tristeza pánica de quien crece oír que sabe que esa madurez, ese paso sorpresivo hacia edades, lo lleva de puntillas a la tumba.

Ese miedo al crepitar de hojarasca mientras nos sabemos cargados por corte funeral y pompas calculables.

Inspira que no tengas más dudas que las de oler el almuerzo próximo,
la cólera esfumada.

Te sabe un grano a una ociosidad involuntaria;
te huele la zona sensual que atrae más que ojos, narices pegándose, ventosas, sobre la humedad de calle y su traición de colectividades soterradas.

Jano de las preguntas, Jano de las respuestas,
cuando mirar hacia tu perfecto horizonte es negarte un pasado que te sabe a porvenir; es mirar a tu presente que te huele a yo particular y su avance de rueda calculable.

Todo movimiento me *tinka* igual, a mí que soy mortal y que al vuelo precedo.

La barrera de cruzar una espontaneidad, creyendo que un ángel va a tocar violín para ti esta tarde de solo,
enfilado a su armonía de lamer las heridas ya cicatrizadas
del músculo imperfecto enrojeciendo más al encierro,
para que esa perceptible y perfecta soledad sea estro de pálidos recuerdos.

Nota menguante, esta, de transgredir la marea de la Luna,
proferir palabras al pánico creciente.

Elaboras teorías que no sobrepasen las cinco páginas.

Ergo, hete aquí que el heraldo va próximo a anunciar tempestades, huestes acechantes pintándote de negro.

Pero sabes, claro; como una iridiscencia de pez que gira el ojo siempre abierto bajo la corriente traslúcida, que por más que nades o bracees contracorriente,
nada podrá ir conforme tú lo quieras;
he ahí que has madurado,
he ahí que un perdón te da la sobria palmadita del amigo augurándote buena suerte;
pero en realidad todos sabemos que te la envidia.

Pasados los cuarenta, como que llevar la cara hacia la nuca
te sume en tu pasado que aceptas,

no como transmigración del joven eterno, ni el Narciso omnipotente;
mas sí como el ídolo sin cara,
Jano de las preguntas sin respuestas,
Jano con la cara hacia la nuca;
sin expectativas ya por seguir en la persistencia del paso,
en la estatua que al viento enarbolaba.

Temes que el espejo ya no te devuelva tu belleza,
creces en la punta del zapato.

Vira enfrente de la fila hacia bélicos encuentros,
el pelotón de fusilamiento.
Derrama tu lágrima para que tu mundo creado se detenga
ante la bala deteniéndose también,
frente al momento culminante.

DÉ POR CONCLUYENTE SUMERGIRSE EN EL DESHIELO HACIA ESTRELLAS QUE SIGUEN LAS ALAS

En una nota pasada extendí mi cuerpo al misterio que opaca en su redoble un corazón calculable; la elegida cuenta regresiva prodigando movimiento hacia el terror de pertenecerse; o pertenecer, vano signo, a un ser que nos es ajeno, que es extraño desde un principio de dinosaurios extinguidos y deshielos aterradores a través de los cuales se llega a las estrellas.

No por roce ni materia anatómica de fluidos o meramente reflejos es que ya podamos contradecir que amar corresponde a una forma de fricción, a su modo fría, de tejer la costumbre, la telaraña royendo el oído en una noche que deshace toda forma de roce, todo brujo insecto visitante.

Vana paradoja, si el encuentro se cifra a una rutina más o menos cronometrada, ni qué espejos encuentre.

Vana paradoja la urdida en la vitualla de sonámbulos buscando desesperadamente encontrarse unos labios; bocas feraces, arden sobre el vasto bálano incalculable; peso enorme destaca el calcular debilitado,

paso a la línea mortal, a dejar en cascarón el latido, por costumbre auditiva de hacerse el muerto donde la vida plenamente expande desde una palabra ausente.

Tiemblo. Desespero. Ésa mujer otra vez suplantando su rostro tras la puerta, a un supuesto cuerpo en futura malicia que tengo de encontrarme en duda de si vi o no el rostro.

Ésa mujer otra vez, adelanta presagios. Arpa adviniente, impredecible hecho, saber que pertenezco a alguien que todavía no me ha visto desde su efímera belleza. Y se guarda el exterior, grano de luz carcomido; y se guarda la esencia, poder afirmar que ha faltado al reposo que es engaño, reflejo; descansado palacio donde uno se mira y es mirado; y si mira con rima, cual si la mosca amanecida muerta de tanto no haber sido escuchada por el peso durmiente del ronquido antropoide con un descontento tamaño del pobre hombre que sienta en una fiesta su triste cumbia escuchada; y si mira con rima, verá qué tan ridículo es el movimiento de la intensidad, la aparente forma de aprehensión hacia un ser deleznable.

Tome unos cuantos vasos de cerveza, madure los folios restantes y aproxime su gaita quejumbrosa.

Hacia el alma.
Hacia el alma.

Ésa la sentencia, ése el rostro que anduviste buscando, pero que no sale aún de su facultad disléxica, tener suficiente embriaguez, ser mortalmente tierno con su otro ser que lo asume digna apariencia de no ver más allá que la imagen, el signo de la espera, anduviduo que no se autoconquista ni con la más compulsiva caída de caídas *ad astra*.

Por lo que comprendo: toda amarga pesadilla consiste en llevarnos de las alas hacia la magnitud de las estrellas.

Ni con la más compulsiva de las ruinas oficiosas consistentes en relegar lo más grande a mera ruina placentera, la que, por supuesto, se da por descontado del vano de las emociones a puerta cerrada.

Yo creí que lo perverso era la forma más directa de reconocernos; yo que creí que la crueldad no obedecía más que a una costumbre por inercia, como quien va descendiendo en las aguas desde los primeros deshielos; pujando la cola hasta pertenecerse a un desalmado con cóccix, a un degenerado con cola, sin aureola ni corona excrementicia.

Pero la cita se ciega, se comprende más que de A a B no compete un tercer concluyente.

Desafueros civiles o encontrones privados con el ser inexistente.

El trago amargo va primero.

Tal vez desaforarse a estar solo sea la evidencia de la vida.

O quepa la posibilidad de que entrar compulsivamente en el reino de la gloria, sea olvidarse arbitrariamente sumergido al objeto creador que te resuma.

E invariablemente te devuelva.

ALIGERABAS LA LENGUA TANTO ME DESPEGUÉ ASUSTADO DE TU BOCA

Lamíanse las manos con las zarpas arañándose la espalda.
Entre otros juegos, nada más que baba transparente.
Obvio.
Dos litros de vodka embarrándoles la noche de Luna descorazonada
por canto,
risotadas desfalleciendo sin quererlo
apresurar no hiciera falta.
Para cerrar el círculo en llamas salir despavoridos les faltó.
Ya nada sería parcial como el roce lechoso ladrando.
Corriente en la precisión de las paredes cuyo cielo.
Arrastrados, sí; la mirada derrama en los asientos.
Piernas encendiéndose al humo ulterior de la marea,
la marea informe del que cede;
derramamiento de una masa líquida ladrábales al oído:
"*tienen que probarse*; *es justeza que deseamos alcanzar*".
Raso en la frontera que alegó volcarnos hacia la boca quisquillosa.
Lamernos acaso
dientes entrechocando
marea de pelo entre los dedos.

Y el recuerdo hasta hoy como un par de rostros olvidados espetándoselos en la cara.
Haberse perdido hasta instantes.
Una corriente amarilla ladra hasta las comisuras en que uno languidece.
Rasguños en la espalda.
Algo intenso.
Y en esos días de frío era la sensación esperada que tú pudieras venir al acecho, arrojarme hacia extramuros de la santidad aviniendo la locura.
Esperar y esperar la cálida entrepierna.
Cesta con vidrios fúlgidos.
Tú arrastrándote en la membrana casi oscura,
apenas apareada,
apenas controlando la espuma de tu *cunneus diaboli.*
Fue para convencernos que a lo sumo en unos once años me verías parado,
igualmente solo,
dudando de si dar el primer paso o el último zarpazo,
para que pueda convencerme que una sola vez desperdiciada
no nada conflagra;
a saber que perdiste;
sensación de no estar vigilante,
sí enterrado en una pesadez demasiado jocosa
como para despertar despavorido a intervalos en un tierno vagido;
acalorar más la temperatura desnudos,
como si la sentencia que dudaba de mi hombría acaso te hubiera.
Tú no podrías abjurar que las cosas pasaran como pasasen.
También alargabas una mano como en la lengua que.
A que vinieses *bésame* tenías que haberlo maullado bajo los asientos agitándote grieta humidifica *bésame* espumando baba los poros abiertos llamándome desde el berrido alcohólico de tu estómago *bésame* y la piel tan anguila primera piel salada que arrastrándonos *bésame* hasta el círculo incontrolable en ese estado de gracia los hechos profiriéndome sagradamente *bésame* ya haberte bajado el calzón hasta los pies de hueso *bésame*.
Mientras tanto una rata desternillándose de risa colocaba nuestros brazos en la justa y caliente hendidura,
en la glándula o pertrecho animal que hasta enterrarse no enfría.
Ni laxa tu figura.
Dientes entrechocándose hasta que la lengua regulaba el disimulo del primer ósculo de baba.
Podrías atarme,
podrías entornarme aún más la apertura.
Él duerme.
Jamás los ronquidos lo podrán despertar mientras las sombras inventamos.

—delirabas
entre el sueño ganando reino en ese estado de torpor causado por la tranca.
Ese Miércoles en que te confundí en la cruda con otra mujer de la que hasta hoy no me curo.
—Pero siempre desperdiciaste tibios encuentros;
así que no sería la primera vez.
Tarde en la vejez de la noche lamentarías no habértela.
—Causa, es la oportunidad; darte un *claro* o lo que fuera.
—*Brother*; tengo treinta y cinco mientras tú a tus veintitantos ya puedes contar manchas primerizas.
—*Nunca es tarde para*.
—Ni tú mismo lo creerías.
Ni un trofeo, ni un pezón entumeciéndose a mis lamidas de hurón carnívoro con la sangre rebullendo ahí en esa parte carbonaria.
Algunas aguas negras proliferaban centros convergentes,
conexos espejeos maleables,
líquidas fuentes de cordilleras chocolate en pleno meollo lacustre.
Hiena furiosa gritaba afuera del carro, causante de tantas batallas;
que el alcohol pudiera haber sido un aliciente,
uno,
mientras carreteras más cortas hacia esa niebla amarilla
conspiradora de la primera explosión de frondas.
Un olor a humo alzando el telón de la mañana, intenso, *eucaliptus* o flor de madera y retama contraviniendo su polvo de sol causante del sueño:
“Me esfumo, tío; ya estuvo”.

EN EL INSTANTE ESCINDIENDO LA LÍNEA QUE SE PIERDE

El instante precedente al parto
es ya un éxtasis,
la culminación del alumbramiento
es un orgasmo,
todo acto violento implica el regusto sadomasoquista de la bestia y la víctima
al mismo tiempo que la risa eclosiona una creatura de oscuro y frío ritual que se existe;
en ese punto también llega a la culminación el acato indesligable
de la suma de todos los actos; ergo, la concatenación de todas las cosas
en el plañir de las gotas o los ríos limitando las venas del planeta,
surcan la montaña
no sin permanecernos,
absolutos.

En una sola presencia surge el vértigo de lo inacabable, ese equilibrio sagrado equivale, ensimismado, al reducto de las sombras, iguales disfunciones de unas ánimas conexas al incendio de las almas en un verde fuego delator de la amargura.

A la savia enterrada en los huesos del árbol develado, al atado espejo multiplicándose por sí mismo, para sí mismo, tragando la apariencia de la materia, congelando los momentos.

En el viaje se descubre la verdadera identidad de la alegría que resume el oscilar de una mano despidiendo a un ser amado o un pañuelo que lágrimas oscila, aún no derramadas en los viajes.

A la mano que me ata para seguir con esta deglución de convexos caracteres reconstruyendo el pasado en desorden de los libros cerrados perdiéndose en el decurso de la noche.

Develados,
signos
en su alterna complacencia delatora de las formas;
apariencia vaga e inconclusa de un cuerpo jamás sucedido,
anhelarme;
doblegarme ante mi gruta megalómana y ególatra, instancia de herido borrándose en un ejercicio inmaterial de pintor que no llega a tocar el movimiento.

La oreja de los días lo dirá,
genio de las claridades heliotrópicas que maquino,

sin días;
anhelante bajo oscilaciones vertiginosas o paso de cúmulos cerrados deglutiendo paso, rito, extrema continuidad de fragua que en el parque secunda una marcha de insectos,
al borde del colapso.

Qué magnánimo crepúsculo abierto al fulgor del mundo acabado
por el resto de transcurso quedará varado para la esfera redentora;
una concreción de tiempos desiguales,
por signos calculables en la ruta o la piel de los tigres,
la cifra imborrable de los dioses.

UNA PRECISA TRANQUILIDAD TRANSCURRIENDO EN LA TARDE

El tino de encauzar las penalidades del espíritu hacia un sinfín sin retorno es la mejor elección para el encuentro con la Comunión de la fugacidad, el estar preciso.

La forma blanca de la tarde
me acoge sosegadamente.
La ruta hacia lo maravilloso enciende sus velas encaminadas;
la precisa dirección de luces fijas
conduciendo al resplandor bello de mi princesa amada,
linda, sonriendo con la misma tranquilidad con que yo la miro.

La vida, momento eterno,
calma sonrisa,
no se compara con las penurias del espíritu olvidadas ya.

El telón abriendo la escena de la luz calmada
en que levita mi cuerpo.

EN EL ADAGIO PERTINENTE DE MAMARLE LAS TETAS TURGENTES A LA VIDA

Sin el ánimo de ofenderte, cruel y precario ser humano; sin el ánimo de robarte alguna seria bocanada de canto, de tos reseca bajo un sol adusto a la gangrena; el perpetrar en cada bloque de la manzana mordida por ese como encanto evidenciado en las grietas del cemento, que tal vez en un tiempo no pactado te alcancen para metamorfosear serias interrogantes en terrenos de la *psiquis* o la maña de jugar con el minino.

Nada te compara con innombrable criatura; porque tú eres el omnipotente, el inmortal, drogado con su propio orgullo de hediondo mendigo; la ramera bajándose el calzón para operar a media carretera; la cópula intempestiva con la mujer que nunca volverás a oler. No en la distancia.

Asume que te tienes que tragar mi digno escupitajo; asume que al volver, sumiso cornudo, precursor interregno de tu precaria actividad supeditada al trabajo, habrás perdido todo sin tocar la mano del Cordero.

Nada para fumar, nada qué excretar, que hoy amanecí de ánimos revuelto.

Una sinfonía experimental nace. 26 seis seis seis neonatos bifurcados en el infierno de la espera de prodigiosas lágrimas de madres que los han parido a la muerte; una bacteria pendeja se los llevó de la patita; y como si nada, sube un cajón de muerto en la soleada tarde de un Jueves agitado.

La gente marca hitos incoloros en el transcurso del asfalto.

Arrecian las nubes la velocidad de un cielo con el rostro arañado por la santa y retrógrada paramnesia de todo cuanto imagino en una mañana biliar.

Collar Stays On de Massive Atack realza un sol esplendoroso, un feliz día en que agarraré al diablo a trompadas; y a puro encuentro, a pura garra de esta fuerza que cada vez más me debilita, propugnaré la nueva teoría alpinchista que ni te desea ni no te desea; que no cree o que cree; que no siente en absoluto y que contrariamente a la naturaleza humana, tranquilamente puede que no deje de ser la piedra o su silencio compacto; la teoría del ***no me importa en absoluto la vida ni la muerte, no me importa nada***.

En las habitaciones cerradas parpadean más pianos que los necesarios, para esta mañana, como es siempre, amanecida; para esta contraria y andrajosa garra con la que rasco las arrugas más infectas de una almeja podrida; para este camino de tragarse lo vomitado; seguir con el mismo peinado y la entrada cada vez más honda en el entrecano pelo cada vez más plantado.
Desde que era un jovencito envejecido.
Para esta total lucidez de idiota dejando pasar el tiempo.

La calma que ejerce en mi espíritu el Wen-Tzu, suspendida en mi ser pasando el tiempo en la tranquilidad de Lao Tse, desde su pergamino de arroz sabiduría.

No sueño, no gente amaneciendo.

La musa permanece en su propio amor roto hasta mi infinito que la sigue buscando en su secreto de crepitaciones de fogata extinguida. No me la sé, bonita. Quién sabe lo que ama; si esa pregunta pactara en la sólida respuesta, acaso no tendría más que hacer; más que finiquitar el hecho de persistir, única fuerza con que el pie derecho me da la suficiente rabia para mamarle las tetas turgentes a la vida.

SUGERÍA LA REMOTA DESAPARICIÓN DE LA SOMBRA Y LOS OJOS YENDO EN ELLA

La claridad, la alta nota de goterones sobre la Tierra que ya ningún olor despide.
Ni oscilantes palmas de los muertos y sus dedos.
La impaciencia entre los dedos del tabaco ensombrecido.
El segundo y roto cigarrillo que urde la avenida con sus cascos amarillos y las botas industriales deglutidas por el smog acostumbrado.
Los obreros salen de la mina; unos flacos, maltrechos en los ojos operados de la falta irisada en la pleura cóncava de un espejo carburando rostros deformados; unos tan callados, que caminan.

Seré la risa, el que obedece con el par de orejitas en el gorro para el frío.

Ella, delgada y blanca, se habrá dado cuenta, me habrá mirado en el andén pernicioso de un acercamiento sin gracia; sin que fémina alguna conspirando agradezca el aliento que la llama; oculta en su recinto de galopes, de aguas no dichas, de galopes.

Es así; nadie sabe cuándo el encuentro es sorpresivo, ni mucho menos cuándo decide crecer en

tan sólo unos rasgos que bien fungen como la señorita dependiente y de un verde tan tenue que volátil, se abisma a bordes campana; a la declinación del proceso, que bien podría ser la estabilidad del genio y el enigma.

Cuando ya el crecimiento llega a la cúspide, a la campana de Gauss, hay una como baja e inclemente línea que nos viene ser tranquilos y perfectos;
quien no sube;
quien espuma, claro;
más bien flamea en la sabiduría del rayo que bien quema o fulmina.

Para ser preciso en la explicación, las ruinas ceden; para ser entero en la nota calculable, los bordes circunscritos ceden al débil, al aferrado, resignado entre dos columnatas de deseo bordeando, aclamando en la hoguera alterada del espanto:

Tú lo sabes al vomitar el agua negra del empleo.

Quiero creer que nada pasará si me avoco al infierno, a mi infierno encerrado en las cerillas.

Nada vuelve como una bomba planeada; nada cierra su esférico, repetido ciclo de anillos hasta la purga condenada del que sigue y sigue hasta encontrarse en la blanda percepción de una manta pesadilla; ya sin sábana; tendida en la sabana, a lo alto de la cumbre.

Entre sábanas migré, soterré hasta la furia contenida del toro que reventó de velocidad; y, de retorno desde el río, tesoro manando de la abierta; fúlgida marea del solo diseminándose en tonel río viniendo, viniendo, que no cesa, como hasta hoy ha amanecido.

Puedo combinar las posibles maneras de saberme herido, devuelto a la ingrata sintonía de unos textos que claramente reptan mi epitafio.
Y sin embargo.
Sin.
Sin embargo.

Los colores ya apestados por la calle bulliciosa cuya pestilencia me arrastra a muerte, espera, a los palos transitorios de unos pianos que llevo por siglos enterrados como vigas incrustadas en los ojos.

Para ser el que siempre fui, el que contuvo sus lamentos y su esférica gama de erecciones; bordeaban, volteaban en crepúsculo de tetas diarias, túrgidas,

durando lo que dura un sueño húmedo que erupciona una leche asquerosamente tibia y celibata.
Permanecían lo que una piel ardiendo por un grano de infinito trasegado al orgasmo sin demora de la sangre hinchada en las venas de la furia.
Entre el limbo deseoso de un beso, entre el badulaque vistiéndose de tonto para socorrer a los vencidos.

Y el derroche existencial de borrarme en el insomnio.

Afuera ya nada ladra.
Ni nadie advierte sus esferas.

Al caleidoscopio del mundo y levógira complacencia que nos hinca los nervios de esclavo de los relojes; hombre contando las monedas de su ruina cronometrada; paciente en destruir la barrida edad de lo remoto, de lo vano devolviéndome náusea de esperar a que amanezca para embutirme litros de agua; y así resistir la amargura del libre y sin salario, negro, negro, negro.

Nadie en vano.

Siguiendo las espaldas de la mocosa del barrio; que sabe Dios si esa cara tan tierna no esconde refocilos en extramuros de hedionda comuna, cal perfume barato.
Y su acompañante.
Esa asociación de celos me desvanece.
Y su novio que le lleva unos diez años. Francamente nada le debo a ponerme tan mal por quien no conozco.

Sigo siendo el iluso que compara su brazo cansado, su indecisión de ver ponerse a la bestia o persignarse a la virgen signada a lo remoto.

Me alude a la estación más desesperada del niño con cáncer a la piel.
Todavía reconociendo las voces de beatas que lo miran con el consabido asco de los justos.
Resignado: cáncer al dolor.
A los testes gangrenados por un licor picando demasiado durante esa rara feria donde fácilmente reía, y al rato explotaba como idiota.
Macerado de clavos y lujuriosas venas de "rocoto serrano de los temples"; al decir de Vallejo, el llorón, y que el tipógrafo le puso *templos*.
Cuando una mujer podría aliviarme de un arrastrado tocar de labios, de un proferido roce de su centro con dos piernas a cada izquierda de la zurda emitiendo un gran descuento, por cada lúbrica tomada.

La saliva no ofrece pormenores ni a destajo por frente aun sudada, ni mano escondiéndose, llevándose lo mojado de la ruina.

¡OH!, perecer por una muchacha presurosamente llevando las dos lunas del veintisiete de Agosto a medianoche.

¡OH!, perecer por las lunas que arrastraran la claridad que una sola vez, es mundo en un grano sin visión ni contento de serlo.

De lo que podría columbrar en el badajo del grito.
De la mujer pálida, alta, hablando delicado.
La fuerza bruta me sentía.
Veía en la forma de mis manos y de mi sosegada lejanía.
Que así tenía que ser.
Y para esto la Segunda Ruina de la Visitación o la Virgen con los pies sucios.
Se compara al lamento entumecido del ave trascendiendo.
La forma de otear paralaje, el tucán ensombrecido de una vieja que derriba la puerta por las tardes; mientras se place en reconocerme que pongo mi tranca en el vano de la entuerta, para ya no entrar al círculo de gente dominguera y asociada.

La mujer de fina espalda, mísera aguja que desaparece en la ruina de un mar tan celeste, que uno se va perfectamente navegando cielo abajo.

Él aproxima el eclipse.

Cielo abajo y las lunas semejan al pueblo más remoto a pie corrido; bajo lo cual, un manto de alcohol nos raspaba las gargantas.

A unos días de las dos lunas en el cielo y el secreto angular y Maya milenario.

La mujer desfallecida, desnuda, compaginada, deliraba, cantarina, el pleonasmo viscoso de su orgasmo prístino emanando la decencia de encontrar en las uñas el veneno, la imagen futura de un anciano alto y empolvado que jamás ya reconoce a su progenie.

Acaso pureza en la forma que tienen de volver a jugar las esferas en los tentáculos del pulpo anónimo que te abraza para desintegrarte por fin en el devorador abrazo de quien te quiere hasta serte predator, hasta serle tú el alimento amoroso por los hombres tragándose; sonriendo escenificados en *El perfume*, de Patrick Süskind.

O bufón desanimado prescindiendo de su almuerzo.
Al que lo abrazará como al amigo que ya no quiere ver en años.
Trató de llamarlo, de verlo, y nada.
Que la suma de los años no indica un solo segundo de encuentro amical ni ente solitario esperando al filo de la tarde que aparezca un mensaje en la pantalla, una miga delirante.
Muchas tardes caerían hasta el fondo de ese guitarrista que persigue su guitarra.
Asaltado, sin un cobre en la noche soterrada y sus vagidos.
Nada como estar circundando centenares de astros que fulgen una nombrada cúpula de oro.
Nada como ser el tallo blandiendo al ave que se ha ido con el viento.
Una plata de mujer, unas fuentes miradas al plano fantasmal de los segundos.
En las primeras aproximaciones del vuelo sugería que miraras.
Fuiste la primera, la duda enterrada; los brazos del parpadeo, de refilón afrentado. Sume bajo la daga perniciosa, defiende de gentiles montando como bultos, cuando el lloroso gaznate por llorar ya no despierta.
Si las palmas siguen, será por ver entrar al Divino decreciendo a través de huestes innombrables; apagan las ganas de estar y sus relentes, despacio, de un vilo sobre las formas ladradas y sus babas de cansancio.
Anunciando el tentempié a la intemperie.
Deduciendo que mordidas esas luces maquinaran sus vidrios encontrados, sus separaciones anhelantes; modos de abismarse a los pasillos, donde cada paciente arrastra sus pasos para volverlos a unos metros; repetir así el recorrido por el pabellón de mendicantes.
Será entonces la luz dolorosa primando a los flancos de la hoguera.
Será el hierro, la rueda ahogada en acuíferas estrellas del agua que arruina la tempestad a veces.
Y la dama oteando una sombra empapada correr tras la carreta donde ella va en sus ojos contra el barro y su distancia.
La carreta ya está lejos.
La sombra y su distancia.

AL AMAINAR EN REENCUENTRO DE CEBADA ARDIENTE, RECORDADA

Cabellos caídos abajo,
esa sombra enrojecida en unos ojos al viaje.
Ardiendo en la senda roja o gris,
entrevén un África remota
en los ojos que fraguaron un prado de palabras hermosas,
esa primera vez que es para todos los amantes un vino fugado
en los pétalos de Mayo, un "para siempre" surtiendo su bendita agua no borrada.

Así en la marea de las manos tocadas.

Aquellos instantes en los que ni un mundo en la punta de la aguja perdida, la del reencuentro en el pajar; en la estación del paso justo, fugado, se amaina y no fragua su beso en la cebada del reencuentro.

La muchacha hermosa espera a mediodía a su voz llamándola
desde el otro lado del menjunje ardoroso y negro del pasado;
velo adjunto, promesa borrada, tanto icor de paso, de forastero que intercambia las gafas de la Parca, con el primer loco que encontró viviendo unos versos de Neruda;
y acuña en un soplo, sus redobles encendidos,
desde la plazuela deshabitada que tenemos por recuerdo.

Ya para qué arreglar la cucarda *fucsia* de tu pelo;
el atajo ternuroso como una varita mágica sirviendo para sacarse los mocos, o como una valva un poco descompuesta, que sirve, no lo dude, asalariado, para sacarse un Viernes de estrés de la cabeza, otro Lunes próximo que jamás perdona unos tragos.

Trébol de la suerte, galleta de la fortuna,
¿Acaso podrás hoy por la marea pesada del vino en la boca arrastrado, borrar de una vez al fin ese antiguo amor de río poderoso,
de piedras encaminadas a los cuerpos desnudos en una carrera
"fierro a fondo" por el destino espinado y vidrioso?

Helas, mi tuja a vivo volcán en el Jardín pasado y perenne;
la premonición de la voz calmada en forma de U, llama, se encorna oyendo su llamado poderoso.

Y arrepiente al tenebroso juicio que iba despavorido una marea de cebada; una mañana de reencuentro que jamás logrará repetirse, caléndulas abajo, desde el balcón floreciendo damas que salen del trabajo.

A la mañana junta, al grito seguido, que por último beso se guarda, huye despavorida, suerte pendiente del brazo, esclava de plata filigrana.

Andar lo ya trajinado; arar en el desierto de promesas apagadas, encanto, a la ardorosa tormenta de rocío encendido;

teniendo en cuenta que, ebrio, no en borrasca; ebrio de una llegada permanente que consiste en reunirme a los años con un grupo de viejos amigos, terminaré por aguardarme, sí, solo, tela, perfil ignoto de un metal reptando tras la puerta cerrada, cuando abrir la ventana a otro mundo, será un sol de todos los días, acampanado en esa Angola con la miseria abierta como una negra lujuriosa.

En mediodía de cebiche de conchas negras sigue el último momento, ese recuerdo espantoso que uno no se lo saca ni con la garganta cruzada.

Chicas lindas ajustadas en traje laboral y de llegada,

a unos dedos tramados desoyendo la voz de la pureza,

callando otra inmunda vez en la caliente piel tentada

dejándose arrastrar por el fuego antiguo, lento,
el de los lazos encendidos una boda fantasiosa,
en una urna de quien peca,
de quien levanta su reino prohibido:

Jamás darse a los lazos amargos de no caer tentado cual becerro.

AL INJUSTO PASO DEL SER INCALCULABLE

Qué clase de honestidad me cruza por esta lenta modorra. El llegar a casa, encontrarme con mi novia de ojos vidriosos y hundidos, me doblega más, me hunde hasta creer que el gris es tan bajo, que la resaca no perdona tantos lagos contrahechos.

Qué puedo hacer ya. Confusión entre las hojas de hierba. Hervor pasado, de hace unos instantes, ruina de pánico encuentro con el cuerpo prohibido.

Otra vez, voz interior, niega mi avance, lo cruza con el deletreo de unas frases flojas enardeciendo el remero de los días.

A la despavorida mirada cruzas exilios en sendas carcomidas por el polvo, lo baldío de una tierra que siempre será ajena.

En el encierro me doy cuenta que todo termina.

Una preciosa muchacha, ya hastiada de verme mirarla, sigue tentando al sol, plegado su abanico de frescura en su terso rostro, en la cara de niña y unas piernas de ensueño que de vez en cuando me deleitan.

Siempre queda su ausencia, mordedoramente, pesadamente al verla con su novio.

Y tú puedes ser siempre el siguiente si se trata sólo de tornar en orden un caos que siempre se instala en el principio de cerrar los ojos, empezar por el final de la lámpara apagada velando insomnios, ramas contrahechas en umbrío árbol situándose, o la fronda que al parpadear muestra un horizonte desolado.

Como que la continuidad de no ver ningún objeto me aterra hasta el retorno, a las justas claridades de la línea sin perspectiva, del relapso punto de fuga y otrora, flotante, una ciudad griega varada al mar de estatuas marmóreas, célebres del paso.

Las hojas se levantan sobre las paredes del cerebro; urden más libros, que van más allá de sus tramas ya procesadas por la continuidad de la trama subsiguiente.

Yo podré sentirme otra vez bien si viene gotear desde las tejas negras, aterradas del solo trinar de ruiseñores; unos aletean dentro del balde de agua ya verde; otros no están cada vez que despierto, recordando una amargura, una secreta ensoñación con una persona que apenas conozco; y esa fijación me hace

traerla a los reinos de este obsesivo relato, que se inconclusa en la dislexia a la hora y en la hora de decir a alguien algo que es inevitable; destello en las cosas, y de pronto la luz maquinando rutilos a hora inesperada; ya virado en la progresión de la tierra arrasada por una máquina monstruosa; ya llovida una escasez delatora de montañas, aparecen al redoble de la niebla.

Todo acaba.

Cierra la ciudad de puntillas su tarde oscura, mano replegándose a los ojos, giro de astros que han desgañitado los poetas desde cada principio inconfundible de la historia, en vórtices velados.

Sé partir, tan presto alcanzo mi manera alterada de ruina; sobre las piedras empolvadas, partir hasta subir en mi propia lluvia pendiendo de lo quieto, que pronto será una lluvia en el lecho de los ríos anudando la quietud de guijarros, a rumoroso remolino que la impronta estación apaga, de alas fraguadas, de manos pavorosas y de besos posibles de cada día, al pasar la muchacha girante, riquísima, tan lejos.

EN LA ALTERADA CLARIDAD DE LOS SIGNOS DELATORES

Claro estío; en la indudable ruta, poseído de mi averno, de corrido.

Alelado, sombrío, condolido por la siesta demorada,
la del presentimiento,
pesadumbre aquesa de que alguien nos deja sin imagen.

Pero en la alta luz despavorida,
esparcida de polvo sin demora,
aletean unos signos,
unas alas poderosas que nunca subvierten su entrada hacia ese horizonte desleído.

Enervantes, voladas como son y como conviene a las cruces de un panteón abandonado.

Abajo el cauce descendente con sus piedras, su antes, su agua rezagada.

En este altercado de hierros, de grasas sucias, chorros de una acidez permitida por la *máchina*.

Ladridos.

El hastío que repta en la modorra del insomne, vagando por el día.

Y a la suma poderosa de dos cifras impares me aproximo a una bestia negándose, hacia el vomitorio, hacia sí, bilis perniciosa, amarga, cuando al recostar su cuerpo unánime se posa,

ya columbra indefensiones sin motivo.

Quedo en el horcón, borrando la tierra de su ojota.

Carburadas procedencias de conceptos demorados;
helas, espasmos del tener que nada cuenta.

Si vinieres despacio, sin cuidado, del pasado ya relapso, ya con polillas en su madera picada,

sabe que en la sorna esperada de una franca pesadilla

te infiero arbitrar que no nos vemos,

que amargamente y como bien lo convendría otro genésico proceso,

ya no somos nadie:
Sin ser estamos estando.

Y al evento enervar de las heridas es como se llega perfectamente a la esencia del sugerir y su trama rozada,

su manida procedencia de a pulgar encorvado, tembloroso, que no teme a la taza ni al disparo en la soterrada escena del condenado a fusilamiento; resignarse, como quien, hincado, se persigna,

mientras la gota recurre a su inmortalidad-proceso de atascar el tiempo que se queda, que inigualablemente hormiguea en la ceniza de la piedra.

Al rayar el tigre su tarde, su parda esperanza poderosa, es que me aproximo sin más dedos que los ordenados en una maquinal historia tejiéndose a sí sola, en el teclado, en el eco del dios de la pantalla y su Babel infinita.

Se bebe descuidado al derramar de los labios cuanto mana de la catarata-creación que es el borbotear,

un desangrarse,

la *katharsis* poderosa de Las Furias.

La sola y fugaz huida no delata ni cuerpo,

ni sábana pegada en el lecho,

cuando el salto en lo más pernicioso de poseernos

a la antelada situación de ser juez y parte en la contienda,

horrorosamente nos invierte la fuente atestada de migrañas;

solos, entre los ojos de una sangre delatora, ruin, purpúrea, pútrida, demente, hastiada, malasangre.

Tromba de las dudas, erial del templo erigido.

Plomos mis pies avanzan al acantilado rojo de humo.

Las mujeres imploran, seducen, para así alcanzar la salvación por frío de esa hoguera cremando cadáveres con la resignación constante del que plañe entre algodones; bebe aceptándose, su propia sangre; mutilado ya de avance, ya de sombra; no secundado por el fuego que a lo lejos, en una cuesta, lo parpadea, lo llama a la condena del solitario arrepentido que regresa a la morada de sus padres.

Se mueven, se adelantan,
pulsan sus segundos sobre la pianola azorada de sus ojos,
cuando al terroso surgir de la ciudad fantasma,
blandos cristales hunden al desvanecer constante del que duerme;
del que asola cantos, levanta el oleaje durmiente de la última luz que procede, surgiendo.

Una duna, un reptil, una calavera oteando otros soles volteados.

Añora el astro incandescente.

Empolvada la ciudad,
sus lazos a las bestias;
de regreso por la peña poseída; al trote, repto atravesando la Luna vagido,
por una aglomeración amarga que es la salva de otro despegar de hierros, de alambres en los ojos mecánicos,
el “Mañana es otro día recordado”,
a través de los relojes palpitando muros interiores;
el aterrizaje instantáneo de saberse despertado
con la congoja sinfín de una tarde ya remota,
con el iluso signo de los débiles y lúcidos,
en la alterada claridad de los signos delatores,
de los tiempos amargos que son lección y no empeño,
varado en la playa con los años
y el enorme esqueleto del pez como trofeo,
el libro abierto de los días que la sal del mar o su boca no arrastra,
La Abuela Claridad que nos dice: “¡Despierta!”

MALDICIENDO AL ERIGIDO YO Y FATAL ENEMIGO

He encontrado una solución para aniquilar al tormento taladrante, y es la cáustica, la presuntuosa ida y venida que significa estar quedo ante el veneno de lo estático.

Mal que bien el mundo nos recorre; los pasos son pretexto para la gravitación de la Tierra.

Me erigiré en pétreo estatismo alrededor de los ángulos nocturnos que significan guardarse para siempre en las criptas de la sorda nulidad, inmune a la existencia que todo lo cerciora.

La existencia es un sordo eco erigiéndose desde el hombre hacia él; lo aniquila como esa voz aterradora de la madre a quien escuchamos y nos sentimos aconsejados —léase hostigados— hasta la media treintena o hasta la muerte que origina una colisión lenta, voluntaria, prodigando el aguante de la bestia masoquista, suicida, que cada ritual fantoche vivo lleva dentro, cruz encriptada a la razón demencial y sus listas *Company*.

Caro es el estigma de los dormidos en sus hogares, de los desgraciados presurosos por plantarse la estaca al espiráculo; morir escupiendo las heces del perdedor *comemielda*, a través del fin del mundo que aún no encuentra auspiciadores.

Uno perfectamente se levanta, y eso es malo; uno de buena gana acude a las calles para salir del horror, y eso es malo; uno viaja; y eso hace extrañar al que se queda blandiendo la mano o el pañuelo, niña suspendida, fantasma, apareciéndoseles a los profetas vestidos de ingenieros, en pueblos olvidados.

La verdad es el estigma de los presurosos en el mundo caminándonos bajo los zapatos.

Somos los desgraciados, los caminados bajo los zapatos en la rueda del *dharma* que nos roe el ser consciente, con la mella carnicera del necrófilo, con el embrujo lunático de la Gran Ramera maldiciendo al malnacido que la abrasa excitada.

Somos los trajinados, los abusados, sin ir más lejos que la distancia que origina países, comarcas diorama.

Ardor de las ciudades dormidas; memorizarán en el espejo de cada lago ilusorio la paciencia inminente de los sordos.

La apariencia intenta, informe, el sinsentido de la desaparición, de la desesperación sin sosiego, ni ruina; ni la desgracia de no poseernos sosos, vacuos, desfondados, potrosos existentes; hasta llegar, apresuradamente, fauces vagidos, perros completos, hacia el infinito; esa amante guarida incorruptible, jamás dilucidando una verdad diestra, recta, con un plan formal, ni con una base teórica precedente a la calma.

Con la locura de quien actúa como psicópata instintivo, de quien reconoce su verdad aniquilándose de a pocos, existiendo.

Dios de la negra revelación, me erijo entre los escombros dormidos de las blandas pesadumbres; me sé el vórtice y humeante cementerio al que desembocan los dormidos, sonambulando su verdad; aniquilarse inconsciente, sabiamente, como conviene a los desgraciados, a los perros destazándose al compañero más miedoso del cuartel de suicidas timoratos.

Máquinas desengrasadas.

La santa, la poderosa ruina borboteantemente sangrienta hasta lo ensordecedor por insomnio.

Capas de hombres y sus respectivas reencarnaciones jamás me dilucidan por gusto.

Sé y he soportado la paciencia de no dormir por captar mejor el infierno de la locura.

Sé y ya no quiero, insomne, excretar estados psicotrópicos de antelación al regusto de cagarse en la ruina; y ser, con esa excrecencia maloliente, el loco cerca al bus de excursionistas, embarrado, a razón de un kilo pavoroso de materia fecal entre las manos; completa y fríamente maquinando el espacio recreado de los autómatas tecnológicos, los jóvenes.

Completo perro sin frío, desollado, sin gargajo solitario del peor traicionero del dios-creador; resoluto ante la ceguera que me erige y me devuelve a mi peregrinación de paria, de profeta de casta, de maldito.

Enervo mi dedo apocalíptico, y a explosiones eternas y rarificadas, creo galaxias en la noche procelosa y desgraciada de un mundo que no es noche absoluta, debido al escupitajo cósmico primero, dador de galáctico, la polución primera o genésico Big-Bang.

Qué todo se funda en el colapso de la colisión, como conviene a un Eón maldito, a un instante de equívoca ruina autocompasiva.

Creo más en los huecos que significan imaginar los astros en íntegra desesperación; magnánimamente consternado, invadido de locura lacerada, cancerada por la esquizofrenia, por el hastío; esperar más tripas como estrellitas titilantes del buen destino en la frente, más dioses malagradecidos, maledicentes, ante el ser enfermo de su creador, ante el creador preocupado por su parido ovejo negro.

¡*Ah*, *la peor desgracia*, *tener un ovejo negro*!

He decidido colocarme la capa de solo para enfrentar los deseos más abyectos y carnales, los vicios más detestables en un hoyo negro, pútrido, en el contaminado alambique, en la bosta fermentada, energía reluciente de pícrico gas, dador de la energética de luces de neón parchando la morada detestable de la ciudad ahora, podredumbre ahora; a la puerta del día infecto, a la vez que diáfano, y sus ruinas humanas, usurpándose hasta la irritación pudenda y usos.

Desangrado de amor, de sueños. Como única contraparte me queda olvidar los rostros que veo; me queda olvidar los temblores de la carne, expandir más los reinos de mi locura; dilatarla en las comarcas alucinadas, para originar al texto más disímil, respecto a que la unidad Cerebro-Alma no sea más que el puro engaño de que alguna conjunción existe.

Me solazo en la forma ciega que tiene de cruzar el negro y maligno ojo de la nada, a través, reptante, a través, de la cerradura de un dios que se descuidó demasiado, y dejó crecer en mí su cáncer, su maldición escupida en mi órgano incoloro y cancerado de tanto uso y abuso de la abstinencia andrógina de los santos.

Enfermo de desamor, enfermo de idioteces, aberrantes carreras desde el centro mismo de la niebla alcohólica y el vómito ágrafo levantado a base de ladrillos petrificados de vómito catártico de un léxico analfabeto que a punta autodidacta propende llegar al erudito salvaje de las burradas bien escritas.

Dios de la ruina, dios del miedo, temerario ante los signos hedientos de una ruta discurriendo sus pasos.

No soy el que discurre sobre esta naranja achatada a los polos; soy el negado, la giba podrida que

recibió el alumbramiento del feto abortado que fue destrozado por el Fórceps de pólipos del Herodes, el niño enano vomitando albas biliares en la pesadilla sudorosa de un ciego sin respuestas.

Voy con el anhelo de toparme con una zorra a cada paso, y mirarla para escupirle mi maldición de monstruo esputado por el ciego gargajo y solitario, del maligno, la preocupación de Dios, el iluso camino de humo al que poner pie, barrer desfondado mis restos, excederme con el mal quemando mis propias entrañas, y amarme a mí mismo hasta el deceso.

QUÉ PUEDE PERDER SI HÓRREO DELATA MÁS REFLEJO

Sucede que cae, que se suelta humo de la pérdida en blanco.

En una muda cadena de acuosos sueños pasean sus claridades por las hojas; sectas, impolutas en el haz, orgullosas en el envés de las sagradas frondas alimentando sombra, la del hombre sentado hilando e hilando su niebla constante de palabras.
Bajo el Árbol de Sueños.
Tal se teje bajo la oración impredecible de la fronda.
Tal se maquina sin el mínimo cuidado la abrasión de la lengua empecinada en la hoja en blanco.
Tal se vence estribos, bridas del lenguaje.

Aproximaciones, secuencias, oleaje rumoroso de piedras puestas o bañadas en un acuse que no existe; que perfila, subterránea, una imprecación paralela al temblor inexacto de la Tierra.

No se sabe si este olor a tierra mojada será la gloria; avecina sus babas, su peinado recién hecho, su detestable frescura de risa inevitable frente al rostro al que se entiende.

Lo cierto, lo claramente cierto, es que las capas superpuestas de gris, opacan más la tarde, traen al hombre gris que se tendió al abismo del prado de la espera, del lloro encerrado de la amante que jamás dará la cara inconclusa, el denario desgastado.

Ciertamente fría, tarde; pero es justo la adversidad de caminar bajo una lluvia esporádica lo que hace que surja un no sé qué de velo, de reconocimiento frente a los años de espera; el pago por haber trajinado tantos calvarios incesantes en los círculos de piel que se curten, nudos en el tronco de achaque, el Árbol del Sueño desplegando sus blanduras obsequiosas.

Ruego creer que si cedo a las extremidades presurosas, es casto ese filo desprendido de mis líneas corporales; y sé, claramente sé, como una gota a la que no se le ha ido todo el brillo, que una plazuela es tan opaca que ya no trae recuerdo, insolación alguna por un amor estúpidamente platónico en el *Parquecito de los Evangelios*.

Puede uno a las claras creer de largo; de bruces, si se quiere; que asierran sin cuidado, que escupen ciego, negro, de una verde desesperanza que en verdad surte creer en la pileta que ya nada difiere de una agua sin lastre, en una conciencia intranquila hasta terminada su *katharsis*, en una oquedad de herrumbre desgastando la piel de los huesos no emergida.

Y así, claramente, denodadamente, caleidoscópicamente y colorida; así, la musiquilla enrosca al fatal sonido impregnado del humo; así, la cantaleta revienta las cúpulas desesperadas, remanentes de indeciso mono sin su espejo; orondo, ya levantado como en su era presurosa, donde imitar no falta para que tenga en el poder de su presencia los ritos calculables, fasciolados; ésos, levantan tempestad de horror, otoño extrañado en el aire rarifica, con su verde musgo sobre corteza de fresno; sobre verde impregnado en el recinto desierto de una ciudad universitaria, con una conflagración esplendorosa que calló para siempre el motivo de su ruina en una musa incólume, de Luna girante, de gargajo como cavidad ocular sin pupila.

Falazmente creo que los muchachos degradan la presencia acentuada de cuestas calles empinadas; ahí, anochecido el salón de baile, liarán yerba en periódicos pasados. Obvio, la alunización poco frecuente brillará en el guarda cetrino que estará a punto de pedirles documentos. *Pasajeros del aterrizaje número 2002*, *Marzo*, *a justas cuentas*. G-7, *y estirón abrochado al accidente de conciencia*. *Favor coliriar pupila edulcorada*. *No desesperar*, *que los efectos adversos a esos vuelos son de esa guisa*. *La*

bajada es más t r a n q u i. *Todo esto pasará*, *sin cuento*. *No habrá sino de alucinar en la cama distendida a lo largo del flanco amanecido*; *en el antropoide pertrecho otra vez masturbado*, *hórrido*, *lactoso*.

Qué queda por hacer, qué en desahucio.

Algodonar con alcohol alcanforado las narices húmidas ceñidas al fuste lupanar de algún Árbol no apeado;

hacia el nombre, hacia su lúcumo borboteando la más clara imagen de la Catarata-Creación espabilándose en sueños, cual brujo delirio, FENO calculable.

Degrada la nariz hasta propalar ese racismo populoso, a la vera de los frentes desacralizados en perruno aullido a deshora; hoy lluvia, hoy calor que retrotraigo mientras los dedos jamás se mueven por la acción vaporizante de pensamientos insensatos, que de eso se trata el no caer en el camino recto, el que inicia con *Oh*, con *Érase una vez* o *Cuentan que*…

La mitad penumbra sigla en términos de dedos —toda historia es inconclusa—, y que, silo, pozo de soga evadido, ni aparición redoblada del corazón del gigante dentro del huevo dentro del pez dentro del pato dentro del queso alunizado en el pozo visto nocturno; van a cerrar cual círculo la fábula, el destejer zumbante de avispas huyendo del corazón, dejándolo nada, inasible.

La siesta perdurable es roja, arrastrante, miasma; es toquido de mano, roce labial y todo eso; es eso.

Cáscaras, no sé.

Que para llegar a masticar la goma precisa ejercer un movimiento, un caro pestañeo inaugurando la única sinfonía del mundo.

La energía parte de un leve movimiento.

Y en suma, no sé, tal vez.

Quedas ramas,
silbidos raíles y el viento presuroso
difuminando cuerpos incompletos y desnudos
en cualquier río despavorido de chicas
al paso incesante de la bestia del tren de las horas,
de los árboles que no quedan atrás sino que vienen de adelante.

ESTUARIO DE UNA GRIETA SUICIDA A PURO CIELO

Como yo,
asilado a la borrasca batalla por los vencidos,
huestes fieras gangrenadas de sátrapas filas;
derrotados, viciosos, locos, extranjeros enloquecidos
frente al mar del abismo en madrugada,
hacia el ojo pelotón,
con el vicio en la sangre;
sodomitas malditos de baba detestada,
la del culpable,
que es lo más pesado en el puerco de consciencia.

Como yo,
signo iluso, gusano carcomido, hueco restante
y el miedo en la purga bulímica del cuajo,
del epigástrico sonido forado a desfondo,
como una moneda evacuada al desagüe del estómago.

Hijos del terror,
que igual al riesgo se hostigan en caer sin jalar la pita del paracaídas
y romperse la mierda en el mismo aire que los devasta,
los llora como lluvia inusual, contaminada por la bosta,
por el lastre que son de gente sin fin ni consecuencia.

Como yo,
que tira los papeles del excusado en la esquina, que oficia exequias cercas de ciprés rodeando mansiones de vampirescas;
como yo, que se limpia los mocos sobre los muebles de salas espaciosas, elegantes;
que dice “Bueno, tragaremos”, después de ser confirmado a los 15;
que rompe las lunas del amanecer
con el palo de su furia;
como yo, que forcejea con los perros rabiosos de la espera,
en la esquina de la calculada muerte,
por un mago ocioso y duraznero
que da el palo a la hora de la vieja tarada reclamándole al ingeniero por la calle mal nivelada.

Ríe.
Canta.

Como yo,
irreflejo,
de risa *shiprada* a desfondo en el azogue acuoso del espejo
o su ruina,
que es lo mismo.

Crápulas, Guerreros de la Nada sembrada a punta de torear las paredes invisibles de vencerse a sí mismo para figurar en la nómina de los insanos que verdaderamente existieron parados hasta el mismísimo infierno del fin del mundo, sin aflojar ni un esfínter,

rodeado de blancas pesadillas con el negro porvenir,

Cristiano que no trabaja,
que sólo escribe,
que espera al fin;
no sabe qué espera,
pero espera algo sin baúl, insondable, sin nadie;
para, secretamente, saberse sumido en sombras
de mis debilidades contrahechas
hasta la vil estrella que me deja
cuando empieza a salírseme el miedo del terror,

del campo de batalla donde seré eviscerado, desollado por soldados mongoles, enterrado en el pozo de la sabiduría que oscilará en esa noble noche,

como una noble causa,
rayo luminoso por unos diez segundos,

cada mediodía de felicidad de reconocerme puro huesos rodeándome,

y ser yo la voz que no se encuentra en el pozo desfondado de los ilusos eones anímicos, de los dedos sudorosos lustros arruinados;

la contranatural suerte que a golpe tunde por la puerta de servicio,

¡por dónde más va a ser!

Celebérrimo y hundido estado depresivo que me agobia los últimos pedazos de espíritu en huestes dientes derretidos, leche biliosa votiva

en la penumbra-estuario de la religión del Uno,
miedo desfondo apestado de furia

por motivo de ser enemigo de mí mismo y derrocarme

contra las *pirkas*, como un poderoso ebrio
tragándose todas las esferas del tiempo.

Como yo,
anhelante verborrea,
derretido en las manos,
terco en las paredes del intento,
sufro de un rojo que me cabe bien en la portentosa oscuridad en tic-tac de las paredes.

Me abismo con pleno cuidado de no romperme la muerte,
la trompa y las jetas instantáneas de la risa idiota del yerno golpeado por el suegro enfermo de la mente, humillado por ser abuelo la primera y peca vez de sus canas burladas.

Como yo,
riendo como idiota,
cual yo apestado, fofo de tanto perder la razón en los libros,
en las escaleras al cielo de las letras,
borrándome.

Como yo,
que me apasiono por esa chica colorada
con una extraña belleza bruja que me fuma
en el sonido de La Noche Infame del Éxtasis.

Me abandono al meollo lubricado de una noche caliente,
chorreando entre mis piernas;
me deseo;
soy el deseo de alguna chiquilla delatora,
mirándome de una manera dormida,
recién levantada a la vida;
china ardilla, oscura al craso hundimiento de sus esferas comprometidas con este hombre infinito,
con ojos para mí y para ningún otro lastre inconcluso caminando,
ciempiés en la moneda desvirtuada de la avaricia
bajo una lluvia con dolor de cabeza,
inacabable,
por beber alcohol como un sochantre,
un meado por los perros.

La golosina entre los dientes,
ignota, *Klerat*®,
la sombra aseverada,
la ruina de las Nueve Parcas carroñando
al arrojar por un esófago herido
los buitres de la muerte acechante.

Como yo,
sin filo, sin líneas, sin vástago;
soltero, con casa, auto;
desvirtuado de toda dama acompañante,
viudo de la derecha, pendejudo recalcitrante,
hijo del Shapingo Cornúpeta Patas de Chivato,
hasta monar la duerma bajo el rodillo aplastante de las horas;
galopante, lluvioso, relampagueante
si desde la misma espuma de las rocas emergen bridas calculables que son las mejores ideas surgentes por las tardes,
con el frío más delicioso de esta vida,
ya quemado por el poder,
por la energía vasta de los hombres que se toman de las yemas sedosas, rezadas en una siesta,
y babean las jetas hasta el ronquido sensual,

celebrándose,
cantándose a sí mismos,
chorrreando el sopor de esa umbría hora y calor juntos.

Como yo,
desprovisto sin la ilusoria manera de negarme mientras veo
a través de una esfera vista desde todos los ojos
(puede ser el Aleph),
mi porvenir antropoide, vaga fila rediviva, infierna,
carburada en el mismo averno donde yacen los metales más preciados de la ruina fortuna que te mece y te revienta nonada,
fuente de Mukis, de mujeres voluptuosas que escriben mails desde lejos, resucitando su voz lasciva a mi apetito de fauno batallando por sus propios y aventados riesgos en la batalla por los vencidos,
por los desesperados repitiéndose en serie
desde la oquedad herrumbrosa de la bosta pasada del río,
repitiendo y repitiendo el viaje en la pecera del pez y su nado,
sin nada,
cargando o siendo cargado por su adolescente muy terco que lo trajo desde aguas cálidas a morirse en la helada ruina de aguas corriendo despacio bajo los cauces subterráneos habitados por bestias que jamás vieron la luz
y que se pierden,
que pasaron por la vida como por un cadáver futuro,
encendiendo desde el hocico burbujas de oro coloridas,
insuflando más lo detestable,
la ruina presurosa en una moneda que al fin predice o deja atrás un destino,
una palma menguante arrasadora de capas de Luna repetidas
desde la marea del tiempo cabalgando
en los dormidos,
en los creyentes que en una fatalidad innombrable, suicida,
está la más respetuosa batalla por Uno Mismo, Enemigo,
replegado ante un mundo que suele olvidar a los perdidos
y los perdidos se detestan entre la espada y la sangre,
entre la Luna nombrada por el Ojo Sideral y Triángulo Desaparecido,
coactado, declarado por una sola ruina distante,
en la poderosa fragua fluyendo el sudor de la ruina, de la muerte,
la más oleada amalgama traslúcida de moribundos
por sueño paraíso,

si es que en verdad existió como fábula siquiera esta ritmada fabulación, deducida por El Memorioso como el principio de la ficción más formidable de la historia, el Cristianismo;
por el árbol delator de los delirios, libros que caían como frutos soleados bajo las lágrimas del Querubín Edénico,
horrorizado ante el rugido oleaje del mar que lo adelantaba,
mientras sabía que era mi voz pecadora la que lo reducía a escombros de oro o soles paradisíacos donde nada podía ser tan vil como escuchar a deshora el eco de la locura voluntaria, presurosa,
voluntaria otra vez,
la de errar por la desgracia polvareda de los fáciles,
de los sordos dopados, sexuados por la X de la ruina,
la batalla de astros regada sobre la ciudad a oscuras,
mientras cede una neblina espesa y dispar
como una boca con el aliento podrido amaneciendo,
descendida en el *Valle de lágrimas* y As y Tres,
fantasmas enardeciendo el tiempo delator
de los monstruos que salen despavoridos,
purgando una condena a muerte sin término,
a cielo desfondado o su grieta suicida
de esconderse tras el polvo,
vencido,
la más puta risa no me borrará siquiera.

CONTRASTABA A LAS FRONDAS REMANENTES DE SU AUSENCIA

Sin el vicio de la sensualidad, ídolo cetrino, mira el rostro al dios pasado; ente que lo crea, lo derruye en piezas antiguas, como en una ciudadela árida por la ira de un guerrero, Cuismango, que secó las fuentes de los reinos de una princesa hiriente, Tantarica, con el erial de sus esferas.

Y se va en secar las sábanas de invierno; cielo antes cromático, fuentes asolando la ciudad polvorienta y restos excavados.

El humo de las chacras aledañas inventa un nuevo olor a ser mojado, a genciana en penumbras y el disimulo de *dos* que se encuentran, que en el tropiezo de los rabillos mirados se crean la entramada historia que en verdad los niega o nunca más los borra de ese primer contacto con el cuerpo aterrado por el braso fuego aguando la estancia bajo un sauce que lame superficies derramadas de pétalos.

Las estaciones pintan un cambio.
Las aproximaciones negadas producen una perenne falta de olvido.

Qué más se podrá caber para que el clavado raye su penumbra en la estación del Sol borrado en destellos salados.

Qué más si acaece una lluvia en primavera,
si al enterrar las palabras ya todo se puede venir abajo o creer que en verdad cabe el olvido entre los mirados un solo irrepetible, suficiente instante; los cede, los arruina.

Planetas girantes muerden el limbo en tinieblas mellando más lo ya aparecido, que surte un efecto floral en el ambiente de ruidos resentido.

Podrá depararlos, un toque nada; ni así un nuevo encuentro, una tarde presurosa, a ésos, la esfera de barro. Se les va en temblor, en ciego recinto olvidado, en vitualla dispar, en hoyo convergido; en tumulto del grito ñandú yendo en eso.

La cuenta regresiva procede a adelantar una mano segundera, un cúmulo de teclas barriendo puertas, esferas atrapadas en argentas filigranas, repantigadas, apiladas paredes que no es preciso se sostengan en una sucesión laberíntica erigida en un bastión bajo el agua.

Adormidera ciudad fantasmal con sus telas; pasan.

El guerrero vence a los fantasmas, atrapa el llanto de la princesa altiva. Cerrazón, rencoroso peregrinar por una lluvia de arena; la endurece; la tierra la endurece también, resignada al erial en cuerpo apaleado de amargura, la del rencor desamado.

El erial prende espinas.

Cuenta regresiva.

Como adelantar el retroceso de una canción, va de anterior en anterior escena, al colapso de la pareja de fósforo en una abrasadora, lenta combustión de sus palos carbones que en segundos se pegan al *qué* de las cenizas caídas, al rasante lastre acrisolando más diamantes; provienen de fuentes amargas, y nada crece, sinsentido.

Cada fotografía, un degollar la presencia queda, retirada del ruido, al calor de la habitación cerrada, con leve luz del quinqué atrapado en su telaraña oscura de habitación con ventanas mudas, sucesiones *in extenso* atrapadas en la tela anterior, guarida.

Lesa manera, aterrarse en heridas desfondadas; aluvión desértico alrededor colapsado por anillo en

revoluciones de platillo, en verandas venteando el cuerpo quedo; recién profanado por una oquedad caliente, imborrablemente apresurada de lágrimas.

Mar fugando en cuerpo y alma anterior al alba rémora atascada aquí en la dureza ploma de hablar en seco; de, laminado caer nuevamente a los arbustos prendidos alrededor de la casa.

Cierran los velos, las lanzas abiertas a espasmódicos movimientos en círculos, ascendentes a su tragaluz ilusorio cerrándolas en el peso de la rotura, instante apagando memoria, amnésicos restos varados en la piedra caliza.

Qué rodar más que dados esféricos hundiéndose a campo objetivo, circundante. Ve, cuaja el motivo aparente a la media delatora; sucesiva en rítmica remota, marea fáctica, pianola que al cerrar la puerta antigua redobla polvo apolillado; induciendo a los restos del apartamento en ruinas y tablas, a que se vaya formando la acuarela de siempre, sucesión del artista incomprendido incinerándose a fuego abierto en la bañera atestada de plena soledad, de colores aguados; borrar presuroso de pinceladas en constante deformar hasta guarecer la presencia en el *aquí* de la obra de arte, en el *allá* del corrido exacto, dantesco, producido por la epifanía del proceso creativo.

La bailarina mira a través de una ventana. Acaba de transgredir la presencia disfumada por el recinto a oscuras.

Tan rozado, desboscado el baldío terreno.

Pierden aves de rapiña la próxima boca emigrante de un punto fijo; o en echadiza fuga de líneas, si cabría la acepción contradictoria, al calor apenas varado en exilio de zorzales que ya no regresan al jardín regado de granos generosos.

He regresado sin volver, sin tocar he posado.

A LA CARA AGONÍA INTERCEPTANDO UNA ABIERTA MORADA, UN CERRADO SITIO DORMIDO

Aferrado a este conteo presuroso, detonantes gotas de furia lacerando la piel, la vista perdida en la hermosa historia del Gran Rey durmiendo en los destellos.

Aves despavoridas caen a lo largo del sueño, en la reverberación salitrosa, inundada de los días.

Presuroso del signo que me elude y me conviene olvidarlo en la carretera donde un fantasma real y hermoso de sexo femenino me dice: "No te conviene estar triste"; pero yo le espeto: "qué quieres que haga, si ya he caído".

La carretera se hace tarde mientras debo avanzar con las últimas frondas de la noche en un vagido infernal gravitándome hasta poseso de melancolía; una pesadez de novio arrancado del desplante, al trenzar ramaje del ciprés combando su humo presuroso.

No es que los muertos rememoren sus tumbas, sus blancas cruces; la muerte ha sido vencida por la tristeza de mirarlos.

Silba el viento perfilando una oscilación de contorno en sus agujas.

La vida sigue igual su deshabitado límite lindero.

Sólo las piedras podrán hablar de esta quietud que no veo.

Es tarde para recoger mi cuerpo.

Hacia el ventanal de Ciudad Desierta, dispongo el cuerpo descompuesto;

por esos años de borrascas afiebradas,

por esas siglas en los páucos alineados a una luz crepuscular; a un rayar anacrónico, fugado en unos amplios, oscuros ojos como el magma literario; eran como haber dejado a un ser que iba muy junto a nosotros,

y a veces un estrangulamiento me despierta en la siesta con ladridos y gritos de rondas fugaces de niños y el polvo nuevamente despuntará un Lunes soleado.

Definir los restos por fin, cuando el convencimiento de que se es paso, o que solamente la presurosa agonía del avance nos crea una cuenta rugosa en la cara; esos los años que no queman en vano la espera; la dejan, por el contrario, desleír su contienda de brazos amados y en detrimento de que cada persona es una isla en proceso de separación sobre las aguas.

Underground, felicidad de personas de colores o gitanos en una borrachera de los cien años mientras la casa se siga vendiendo en el otro pedazo de isla desligado de esta tierra de nadie.

A veces caigo a la alberca de haber caído;
caigo en la cuenta de nada contar mientras borro la memoria de un lector oscuro, que evade reuniones.

Y luego no se arrepiente un comino mientras se abriga en el cuerpo suave de una muchacha que no reclama sino que le hablen de agonía;

sin ya remedio para tanta despensa de este fuego apenas tibio, apenas ceniza en el cabello, la mugre sola acompañándome en mi exilio de parido al barro de los humillados, al rasguño de rocas en el rugido de los ríos helándome la sangre de desesperado en la suciedad chicha; me inunda, me clama que siga el movimiento; ese confluir de rostros ilesos de la abstinencia del perfil, libres de la aterradora imagen de quien descubre que su novia es horrible, de pronto, a siete años de haber estado colgado en sus ramas de pudridora del fruto prohibido: la fiebre rumorosa de lo que no existe porque es como no es: el amor.

Ser así y nada más,
"Siempre fue así",
Siempre fuiste así
Nadie cambia con una corriente de aire.
Ni duran las alas mágicas de las mariposas más que el apresurado día que realmente son sin serlo; no dándose cuenta, ni recordando que apenas son, que apenas viran y cierran el vuelo.
Lo decían tantas quejas, tantas molestias causadas a los incomprensivos, los intolerables, los prejuiciosos, cascarrabias, y un Padre que supo que iba perdido,
(*Ibas perdido*).

Hasta que logró con su desaparición unir ecos de urbes voces; lejos; el nexo entre presencia evadiendo un poco, rascando, silbando; atrae develar del ser que lo extraña, para que sutilmente nadie deslice la carta esperada bajo la puerta; cuando, en negativo, esa foto del recuerdo no es más que una sentencia extraña de que un rostro aterrador será mirado por un lapso incomprensible.

No helaba más que un perro negro, rabioso; entra por la hoja entreabierta del miedo, ronquido mendaz, al cuarto del *extranjero enloquecido*; lo destapa, lo hiela hasta el púrpura abierto en el libro de cántico café con esclavos —Tan azul es la pena—. El perro es la bestia del insomnio, flameando en la ventana que todos conocemos; esa ciega certeza de poner los ojos en una muchacha un tanto centrada y religiosa, que a un toque, a un solo y delicado toque de yemas se hace ver desde el satélite que *Es ella*, la única palmera varada en Yungay oscilando el cabello que no nace ni se mesa, sino que estuvo ahí por eternas claridades de una musa poderosa; vino del río negro, sentado en el nexo, vino de la tranquilidad poderosa de una revelación de mujer brillante que sólo atina a callar mientras la pregunta la tiene el dios-aeda. Nada escucha. Deja callar la duración un giro en las aguas, a la primera ventana del amanecer; la ventana que hace pensar, despierto; cuando, lejos, claridad vasta al acercamiento palpitante de fuegos redobles y nosotros, a las verandas despavoriendo faldas aterradas, doncellas apenas desfloradas, plenamente amorosas durante la ausencia del amado que ha partido; las ha dejado contagiadas por la seminal fuerza que tiene en la testosterona, de jamás borrar la cópula en la musa trazada por su sexo, que ciertamente es fatal, y por lo mismo, inolvidable.

¡Creed en los relojes!

Han partido ya las paredes de tanto trotar desde un cuadrúpedo insomne; evade, luce en sus ojos grandes y derramados, ese tiempo de sobra, lo sabemos, ya que al medio exacto de la amada cerradura por donde me elude un espía excitado, yo me aferro *A ti*, dentro de tu sexo, me eludo; soy el que existe, como si la muerte existiese de tanto parirla en las líneas, pestañas emergiendo la imagen; tanto que su retiro es el breve lapso de pianos que abren, deshojan ritmadas paredes quebradas, galopadas por la sangre despierta, al oído, al aterrador volcán inevitable de evocar a alguien que ciegamente conocemos en el alma, sin decir nada, sin callar siquiera el lapso entredicho en la vigilia.

Caro es vencer la estela del recuerdo; devota a arrojar es la línea surgiendo, inesperada.

SOLTURA CORRENTOSA MIENTRAS LÍE FANTASMAS DE POLVO

A la soltura del aura una sombra califica.

Despertar en el recinto opacado de la mujer impasible e imposible, al encuentro enternecedor de pasar y pasar sin la identidad del hombre y sus preguntas.

Precioso giro delator, dúctil calor dentro del cuerpo enfundado.
Cede.

Al bochorno es preciso enfrentarlo con el péndulo del iceberg, con el chorro magnético soportado; con las fuerzas furiosas anegando su coturno, en la imperiosa contienda de huestes, narices de toro insuflando rabia.

El presuroso vuelo, la infamia terrosa de una excavación a puño limpio, a sudor salado blanqueando el mismo suelo.

La horda de bandadas despidiendo un frío que se incendia en la matriz del río de áulica sombra, brillando fantasmas opacos que siguen decurso inevitable, a las hordas fauces resollando madrugada.

Ya en bloque, sucedidas, dos como piernas emociones paradas al teléfono. Completamente curveadas, sedosas en la misma esquina a pato eco; en el nudo ya suelto al poderoso transcurrir de voces temblorosas, a lo ardid de esas palabras enterradas; seca agonía, injusta anegación salobre, primera.

Animal de costado, si en la planicie del descanso laxa dos ojos de vidrio; al convexo mundo alza, animal de frente a sus días presurosos, insoslayables; se derruyen próximos al lejano precinto que desatara la explosión de un mundo-bomba, al imperceptible rozar del primer fósforo visto con su propia calma flama aparecida.

Nez para aguardar, el hálito remoto, si la boreal cuestión es saberse; yo me sé controlar esos desafueros necios de la gente, que, vanamente afloja los huesos, los esclusa al mismo miedo del trompo de la muerte, emplumada, con nueve cabezas y sus borrascas olas numerosas, grises, emergiendo de un mal sueño apocalíptico, de una sola ala iluminada con focos volados y sus cilios cósmicos, sus nervios de anguila

maleando argenta arrastrada, corriente arenosa emergida, oquedad en la herrumbre agonía.

Quién podrá enterrar todo su alción, un poco, diciendo, tomo vuelo y no más me olvido del recinto, hasta poder tomar el paso en la carrera de largo trecho empolvándome los ojos.

Quién podrá ladrar al unísono su azul óleo en su paleta de colores que al final se mezclan en una poderosa y caótica borrasca de sombras chocolate; en los trastos de la jarana anterior que no deja más de unos puchos y la ceniza de los ojos enterrada en vanas intenciones del ser presuroso buscando un perdón, un laxo abrazo mendicante de agónicos débiles, constructores de sus propios fantasmas al vuelo, espías de su voz desenfrascada cerrando posibles aliteraciones al medio de los justos, ésos con destino de caducidad en la serie de la frente.

Delicado de piel, túrgido de vientre y pectorales, en mis labios veo la preciosa marea de unos brazos en su ceder incontrolable. No sólo apagan la sed de tenerme, poderoso, aun lastrado, derrotado, que es desde ahí de donde parte la victoria, a la presurosa manera de los contrarios que se tocan; de los límites surgidos en negación, la misma que insufla la muerte mientras vive; la misma acusadora, agónica ánima surgiendo.

Juégala más de una vez, que la suerte está girante como esas tus esferas de malabarista en los mundos cerrados a sus vueltas.
En el mundo Nº 79 encontré casi el rendirme, pero un solo paso significa que nada cambia como dar el último estoque; la suerte que en fin se las trae con uno, que las bota desde el fondo, última carrera.

Tomo la parte del pastel rifado en un pueblito del altiplano.

En el dedo podrido por la suerte arco iris cerré filas contendosas a la última boca del aura.

Cerré el sudor, cerré la untosa agonía de conformar la morada de unos huesos primigenios.

Hacia la pura armonía de los vectores de tus brazos, que, lentos, atestan de tendones los cuerpos prestos a precipitarse al oído de la boca llamando del jardín a la mesa, de la fruta al árbol resplandeciente de pecado.

Qué agradable es tender, laxo, el débil pertrecho a la succión serpentaria de una fémina lasciva.

En la sala, platos recogidos, un poco de harina vaciada en el tazón por el sonámbulo de turno, por el vivo contratado en la fábrica de su goce secreto; de seis a seis, una fábrica de aire.

Tendones abajo me abstengo el tentempié de seguir, ese rostro refugiado en su sino a la espalda, y el rostro enterrando sus ojos mientras líe, el temblor, sólo el temblor que le acerco.

OUIJA AL PASO O EL ESTETOSCOPIO SOBRE LA TRUCHA SUDOROSA

Remar por ala delatora, la que signa vuelos incapaces de lamer la piel superficial de ansias aguada; vanos de muros singulares, con puertas y ventanas, pero sin más series de muros conformando una vivienda; muro vano, puesto al desierto donde no crecen más que distancias.

Sufro creer que en redobles, en conmociones por la caída de una aguja sobre lente predator, al que no ves, el que no te ve, pero por esa correntosa agonía a exculpa se sienta el precedente que al indeciso inesperar del avance, frondas son las que levantan camino fragoroso, fondo de río atronador, atrás a la espalda o meollo tendiente a, situación de atenuar aditamento para sitiar círculos sucesos, aciclados en galeote, no cediendo, guarece palmera que aún queda en la presa.

Sosegadas aves sitian sin más cuestión el fondo lacustre donde peces ya habitan.

El verdor subacuático descorre el velo de sus pequeñas ondas; será la tierra que amanezca al evaporarse las aguas.

La primera sentencia a obedecer, será templar pasos sobre barro, libres ya del peso, transitar uno por donde mejor se baste a la primera hundida de pie indeciso, al quiebre inexacto refractado del palo sumergido.

Un agua quieta encierra mayores maldiciones que los mismos fragores repuntados en el río, con sus mezclas de tierra, arrastrados palos o reses balando de hocico a la andanada.

Hacia la corriente se avista una deflagración en constante movimiento, que sin mayor ánimo del emergido en sudores, ya no maquina dúctiles mantos tocados, carne fresca en la Vía, plumas contrahechas.

Pensar que con un solo guiño un hombre excitado es capaz de ganarse los favores de una muchacha pulcra, poco trajinada, al soliloquio tronar de los dedos, a un solo guiño, deslenguado, y ni restos en su boca de unos grumos estelares.

El primer gesto consistirá en abrevar de una valva Mar; Mar, ah, podría ser; como al uso impenitente de un caracol, que si bien se trae toda la furia rompiente, salina, también la mar se desfonda.

Emerger, descuidado. Se desfonda.

La cavidad combada hacia su cima; el hueco pánico arrastrado, sin mover la punta de la aguja; el plañir de la unidad que consta de un segundo, en una.

VEN AQUÍ A BORRAR LA LÍNEA QUE ME EXISTE, QUE COMPLETAMENTE HA LAMIDO TU NIEBLA DESMEMORIA

Por qué no borrar, intocados de la lumbre del aliento, las cáscaras transparentes que entre la niebla se deslucen, apareciendo, en la púrpura e insomne montaña que las hunde, que las une como en una tela deconstruyendo el hecho de crear para la desaparición, significancia de un infierno elegido, costumbre sucesora de esfumarse de una rara costumbre, acuñar monedas en los días.

Por qué no borrar la frase que apenas te acostumbra al florido basural de cada día de loco. ¿Sabes?, él ríe cuando la ilusa gente desperdigada sobre las butacas presta está a arrancarse los botones en escena, las monedas siguiendo de un sólido amarillo a destiempo, de un grana y errado destello.

Ya para ese histriónico desvanecimiento holocáustico, restos de vísceras habrían terminado con los buitres.

Hacia crepusculares pedazos sería la frontera la que muere, en un solo de Sol por dos banderas atrapadas al héroe dormido, al ciego y humano que yerra aun en la perfección de su idiota más lúcido: el mediocre.

Una fronda circulación polvorienta me cierra el objetivo de virar conforme voy adelantando; y, a trasiego y traspié, enfrento una especie cineraria terrorífica, un género de insecto con antenas palpitantes en la herida que bien sirve para respirar cada pincelada de *graffiti* adivinado, cada loco timbrándote el teléfono móvil hasta la repetición inexacta del hartazgo, la plena madrugada de los idos a lo largo de la calle hueca hasta la tumba de una boca hedionda llamándote: *Tú*.

Un punto apenas, un ácaro colgajo, un lunar alunizado, una calle burilada por un trotamundos, hacia dentro de su estuario de guijarros de todas las tumbas celebérrimas del mundo, ilustres versificadores de la arena rodando esferas con ida ni retorno, en un punto llamado Universo.

Hacia la ventana traslúcida nos conmueve más un resto de pudor bajo el agua, una cóncava cópula todo negándolo, hasta el aliento.

La trompa conducida del nadador se aproxima con su más clara debilidad afeminada, no sin desperdiciar discursos de autoayuda que pudieran servir

para el primer diario matinal; ciertamente para un envoltorio de tripas al retiro del esquizoide trasnochado, amnésico aun en su propio nombre leído en estandarte de castillo de cemento con gato acostumbrado lamiendo sed provecta. Da hacia el pasto, al inconexo, aterrado maullar de unos felinos compañeros sobre el auditorio desaforado de invenciones viniendo del mundo rugoso de la lengua traicionera: el Puercoespín.

Para esto, la tarde frisa sus talones con un río que no veo; en su lugar, una nebulosa candente al ras de la pista que hablaré en un vuelo más próximo se basta, se cierra la aorta de un dolor tránsfuga, pacato, en la ruinosa cursilería doblando sombras, detestando cuerpos que más no existen, pero sí perdura una mirada en la flor aún no nacida, la verdadera Mujer que atesora la memoria, venciendo incluso la arena de ese punto pleno: *Existo*.

El poder de la razón está en la tintineante bombilla que no sé por qué apagón se ha reventado en el anteayer del nosotros, en el fuego del Rey Lagarto rejuveneciendo en su odio iniciado, *hacia mí* a mirarme en la gruta, iniciado a alimentarme con la gloria de su más asquerosa derrota de joven que ha caído en el mediocre mendigo de cierto proceso disciplinado de escritura, que de por sí, y desde el inicio, lo ha castrado.

Inclina el cabello crecido a los acordes, balda su percutido danzar con un *blues* más falso que el blando escalón erigiendo templo barroco, en la pétrea flama de los más narigones desconocidos libando sus mendaces individuos con gotitas de limón en vasos rotos.

Una roca no tan clara de formas pende a sólo una curva de precipitación sobre el primer suicida de la calle; a contusión cerebral rinde tributo, a pura sangre de álbica llovizna.

Yace sin más medio que esa razón medio sazona, si fruto.

Falta ya todo el barco aproximando su diáfano odio, dando pie paralizado al averno de mis sueños; hacia más avance, mayor estatismo sagrado en la presencia.

Trozos flotantes sobre un esplendor pesado, un poco cuarzo, un poco espejo flojo si a mitad de hoja descubres que tu mano acaba imperceptible; que la continuidad del cuerpo es el enterrado, el ahogado en una bella confusión de ideas, bella ciudad donde

convergen todas las ciudades de vertiginosa manera, como en una esfera omnipresente.

Ese retiro es ya un desfase espirituoso; empieza a entibiar. Desfase.

Sudor.

Secuencia de ánimas veloces.

A tanta flama borra en el patio un prado toda presencia fueguina. Tras él, un gato mira, apacigua en la estancia el motivo real del encierro, hace un siglo pestañeo, hacia un pelo felino.

Toda presencia mira su lirio nonato en la hacienda.

Pista de aterrizaje. Paralelamente las tres restando unos instantes para que aproxime el tuco su muerte voluntaria; descreer en fantasmas o dioses, justa defunción de una bella certeza creándonos el humano condenado al canto que anula, sin parpadear, anula, Todo. Adosa y cadáver al polvo, una buena dosis de ojos, *fletes* en desuso; el vértigo cerca, boca fantasma deliciosa.

EN EL MUERTO HALLAZGO DE LA LÁMINA DE AGUA

Crecimiento no es más que la sorpresa del capullo, develadora del órgano tal, rígido para una especie de cópula perfecta; duda de si el instante existe, de si la misma duda por ese país en el que convergen todas las cosas, es en realidad la constelada presencia de una cúpula girante de hielos contaminados de fuego, esplendidos de luciérnagas, abrojos y brujas distantes.

A un giro vuelvo.
A una imprecación se devela el mancebo iniciado.
A un giro vuelvo, si me vence, poderosa, una forma humillante de negarme, tras deshielo como puente volado, verdad:
No me veo.

Rasgado el frenillo, cabría en la tierna mujer llena de esperma, el hundido órgano abismado al placer que comienza por el asomo de mamas estrujadas en mis manos, tacto perfecto de lascivia pulposa coronado, de rugosos pezones, el vértigo sin línea.

A láctea.

La paciente búsqueda del renacuajo que llega a su Sol-Matriz, encadenándose a una sucesión de reencarnaciones.

La paciente evolución que en la táctil lujuria borra su hombre resollante, en la madreperla de su máxima:
Dora en la cópula más de un destino anterior, y sé eterno.
Ahí no termina la cadena —suelta la palanca, Buddha, y reencarna—
Nunca una cadena termina.

Cada inicio, como vuelvo, es la anterior revelación de la niebla inexistencia, al otro ser demorado, a la bahía permanente instigando a más trogloditas a crear falsías crepusculares y demás infecciones sin seso.

A un modelo lunar transgredí los pasos erráticos de la paciencia viajante. No era necesario haber encontrado hitos, ni cuencas con agua en el satélite. Hielo podrá ser, no una materia sideral, pero bien cabe en el tubo atmosférico por donde evapora la luz, parte de la nebulosa del charco.

Todo cabe su vacío.

El anuncio perfecto, venta centenaria de una casa en una esquina galopada, trajinada por zapatos ahuecados en su eco, votivo peregrinar si arrojas el desuso biliario de una madrugada con curda.

Pasado florido de un basural jamás extinguido de humo ni poniente.

Bahía descorre una santidad entre el medio de los dedos por los cuales uno perfectamente, a guisa de descripción en series andenarias, a plena y errática instigación egolatría, desfase comarcas dormidas una derruida muchedumbre.

Alunizaré, seré; pero, ¿Para qué ser?, si ya al medio de Uno casi siempre y paralelo, pliega el binario, superfluo Universo, sus infinitesimales pedazos que han tratado de ser algunos —o parte— de los seres humanos, el Todo ansiado parpadeando su Total, su negación a la pregunta.

Ancla poderosa al ras de batiente escaramuza de los dormidos, algo despiertan a murados ladridos entre tejado y columna por donde disparará el insomne un pedazo de pollo inyectado de dormina. Dopar al can al yugo de mi fanal descanso, quinqué al toque, al trastoque de la masmédula aduerma, viralmente

batracio en giro pernicioso de *moiré*, dial de las presencias.

Aterrados ebrios despiertan, cuando, piedrón en mano estallan a punto las Nueve Furias del indio solícito a reventar parabrisas, cráneos asfálticos en la berma pánica, pendular, metrópoli asomada.

Malandros muestran la unidad de cercar al taxi, con la misma ronda sugiriendo un mundo sin fronteras, protegido por la cadena de muñequitos de papel recortados por una esperanzosa, trajinada golfa lamentando después de un *dónde*, casi adormilada, septuagenaria, nudosa, una moqueada ausencia de hijo que ya no dopa cada noche sus racimos de nervios con algún barbitúrico, a la estación carbonaria donde distancia es tren, cielo una puerta sin vano, de cara al exilio de azotea.

Asegurada la presencia del dolor, no es más que una seria angina esto de reír del paso, de la musa abierta, flor amarilla en mi *cactus* poderoso de encontrarla íntima, aquí dentro, Ella, a la santa unción de cirios negros velando misa cualquiera, niega su ilusorio amanecer aún insomne.

Angina es cualquier carromatosa, álgida neuralgia, media tinta *cadmium* para el Adán minúsculo otra vez con las manos puestas en X sobre el sexo. |Carburaría que Eva, la golfa, no lo haya desvirgado, sino que de su triste sueño con dolor intercostal se haya levantado igualmente visto en el lago infinito del punto, fatal Adán, Universo, sangrando más aleaciones en boscajes adversos; la sola transgresión abierta a un oído llamándote caracol, onda marina, repecho.|

Boca-furia no es tanto como madrépora-pulpa; vulva allanando ternura lesiva, afueras de cuencas abiertas al transcurso de calles convergiendo en la matriz salada. Diosa perdida emerge del bosque, al ahogo paralelo; ciudad donde nadie puede verte, ni menos. Ciertas muchedumbres hilvanadas en laberíntica repetición del grano de arena, del solo de cúpula constelada; cerebro dador de perlas fértiles; tormenta atronadora en las postrimerías del chorro seminal que te borra, que te lame como un perro a su muérdago hallazgo, a su lámina de agua duradera.

AGONÍA DEL IDIOTA ENAMORADO

Apenas el avance, andén tronar de huesos y órganos cancerados en un interior casi dormido, apurando su sueño por las tardes tibias, por rojas lágrimas de invierno, aproximando.

Comprendí que la carrera no se hace con meras proyecciones, ondas plagadas de Universo polvoriento. Comprendí, ignoto, que nunca me veía; y cuando, muy niño, me detuve a pensar en una insulsa identidad, una pequeña imagen pétrea arenisca, una burbuja fulgente dominada por el paso de ciudades atroces o infiernos dormidos en Uno. Programé mi amnesia venidera, mi progresión dormida trabajando más historias en el descanso de las horas justas, la flacidez de extremidades con su alma desdoblada, extrema tensión adormilada en un cerebro que ya por estos días de carrera, puede respirar un rayo justo, un Sol que jamás perece en la duda adelantada.

El viaje astral de mi demora, neófita sierpe de la soga precipitada puente abajo.
Ya no quedan más puntas.
Extremos abismados.
El pez se escapó estando en palmas, asir demorado, líneas del destino sudorosas, lo restante.

Por una inquisición entre legajos figurados en la amnesia, descubrí que el polvo traza la silueta; algo, no sé, una memoria tal vez, una libreta de recuerdos impostergables desgastándose conforme el tacto avanza por los hitos, coordenadas que en el frente demorado del estar, no sosiegan más ni las preguntas.

Eso o casi eso es la forma con cada uno de sus caracteres que la traducen lenta agonía unifoliada, tropiezo borrón de cuenta vieja, libretita de apuntes que aún se conserva en galerías vaciadas de títulos que son una bomba de olvido; citas y demás escenas con puntas, con traiciones retazadas de redonda agonía literaria, en su castillo de letras, en su campo rociado de cuestiones al cuadrado.

Había despertado de la ensoñación torpe de la locura, para, al fin, creer que el capítulo 1 de *Rayuela* me iba a repetir ese destino muchas veces fantaseado en la soledad de mis aposentos, respirando pasiones ajenas, trajinando versos en prosa o maquinando historias en versos blancos y caídos.

La libre agonía del que siente con el cerebro lunar, con el corazón sobre la Tierra, pasos desdoblados en sonámbulas figuras.

La partida del desasido había empezado; ya no podía planear mi regreso.

Y qué, sin culpa, pero con el grato ajenjo en la garganta, de que por ese vano fugado de la puerta ella jamás se atrevería a salir por donde nunca se asomó siquiera, ni yo volvería a insertar la hoja que da al celeste de un inicio, al dorado de palmera como fondo de un naufragio paraíso.

"Para qué", decía, si en el intento casi siempre está contenida la derrota.

Sabría descansar los domingos, para apurar la primera aparición Lunes, para respirar siempre el humo matinal acompañado con ladridos, gallos negros a lo lejos.

La mirada sucia, enferma, casi sangre, corrompida, del proyectado marciano a su planeta en el cual habitó como un rey venciendo las escalas del sueño que levanta castillos en el aire jamás comprendidos en su mundo: "¡Tierra, Tierra!"

Flores entintadas de neones verdes, rojos, púrpuras, crecen hacia el humo grasoso de esperar la noche de mitin. Ella diría: *Puedes empezar con lo que más llevas dentro*; *puedes empezar a desnudarme con tu coraza de preguntas*, *que es lo que mejor te has guardado hasta ahora*, *junto a mí*, *que ya no sigo en un futuro capítulo contigo*. *Me pierdes al nombrarme en cada una de tus letras*, *en cada falta de tino*. *Siempre eludiste mi presencia*.

El día trajinado, las calles regadas de propaganda política.

Si el retorno inminente fuera el meollo del alivio, ya me sentiría viajante, tanto adormilo cristales en mi estrella de paso; ¡ésa!, memorízala bien, porque no me volverás a ver, cuando voltees a cobrarme la carrera, taxista decarado, por el retrovisor que no es ni la cóncava milésima parte de una aparición Ciudad Desierta, ni ruinas fantasmales presentándose al humo intolerable de las huestes de los muertos, el aliento conocido que un día milagroso me cundió la fetidez del muerto futuro.

Parirá su congoja esta garganta soportada por tantos años de espera.

La justa risa idiota de la musa que volvía aun más idiota a su dios, el desvanecimiento; la mirada injusta en el puente de la riel separación, la clase

Principia Mathematica arruinando todo el beso que necesitaba esa tarde.

Pareció suspendida la nube sobre la montaña que había de alcanzar para ser el monje llevadero de restos, con los que se da inicio a toda borrasca, a todo ciclón de mareas y lágrimas perdidas si a la ventana gigante de la vida un ciclo ha terminado.

Lo mejor de todo es haber envejecido,
sin dormir,
aún.

EN EL AURA IGNOTA DE SUS BLANDAS PESADILLAS

Replegados a las uñas espantosas de un Domingo esperanzoso, Sol,
se aprestan al regreso desde hostales de mala muerte, situados en vías atestadas de animales muertos, los amantes con miedo,
delatores de su más cálida esencia encontrando faz soterrada en la pudrición de extramuros y pandillas. Niña agresiva eludiendo los faros vivos de la noche en llamas,
contendosa,
esquivando presencias de gatos atropellados, reventados por el infecto humor de pasados del vicio; entes al rape, gatunada al volante y la víbora serpeándoles el espiráculo alcoholizado,
aterrando a su paso toda víctima con el calzón aún intacto;
en la pradera desconocida de un mareo inexplicable que termina en la orilla de un jardín, una vereda con la desgracia o la gracia de verse desfloradas ante un pálido destino en las esquinas,
si la cuesta más feliz del célibe devuelve su pálido rostro
en la hilera de un mundo encaminado de cuartos

sitiados a lo largo enfilado de luces neón palideciendo rojo náusea,
su mayor broche ombligo o pezón recién besado por baba lasciva, lesiva, venenosa;
mientras afuera se fuma un perdido refocilo o apurado —que da lo mismo—
y ni cerrar filas para de una vez caer con la cúpula estrellada,
baja marea degradando las razones,
pruritos i la niebla cede,
o cediendo ante curvas diabólicas,
uno se ve envuelto en riñas anteriores
vaporizando *El Fin*,
enterrando la noche que no cesa;
que, demorada, equivale a un grito en un fondo oscuro e infecto,
desenmascarador de presencias evadiendo más ladridos.
Gruñe el padre,
gruñe la distancia emocionada de encontrar a una muchacha desnuda introduciéndose los primeros dedos de un amanecer lascivo entre la almeja más mojada que esta intemperie tropical,
regada en la púbica,
angelical presencia de una dama, se esfuma,
reptante si se bebe unos vasos de cebada
para apurar la locura de dormir sobre veredas-distancias,
atronadoras presencias cuyas diásporas mueren donde nace el río canalizado del gentío enervante zumbando,
panales contrarios a pálidas muchedumbres sin pasado ni rezos ni el Éxodo final en un abrir y cerrar de aguas milagrosas;
antes, campos de tiro, zonas minadas por morteros abusados
bajo la loma verde que ahora es una quemada, devastada zona
donde los más aberrantes actos brujeriles jamás prosperarán ya,
porque desde las cenizas nada parte,
porque desde el terror de esperar,
guarecer la llama en la cabellera,
nada explica que el incinerado profiera la pata de conejo,
el risco avivado por la culpa celestial
y desnudas implicancias
por las que divinamente meter,
por el lado izquierdo siempre,
la plena delación de extremos y dopados oidores presintiendo más
su luz diferida en la fuga de razón o de fe

diferenciando a personas apenas civilizadas de las más iluminadas,

de blandos corredores cansados con las manos sudorosas,

linimentos al paso de banderas flameantes con sus aferrados blasones libres de sangre y alas contaminadas de falso albor eludiendo una verdad callada siempre en los sinceramientos de amigos encontrados en años.

Ven la santidad,

dejar al cuerpo aferrado aún al aliento espantoso de la persona tendiente a la despedida a ósculos,

a cerrarse para siempre

en la agonía de los entes olvidados;

cierran filas informes al hecho situado;

proximidad aterida, sin fondo;

último, cálido beso que dan de perfil,

amantes amaneciendo en Domingo solo, esperanzoso, Sol,

para no ser reconocidos por personas en alcohol amanecidas,

en huariques puteriles;

vaharada marisca bajo faldas adheridas a cuerpos que viajan con la sal y la arena pegada en la explosión ya seca proveniente de la cópula,

para cerrar como se debe, la curda del fin y del carajo,

agónico,

cuando es un hecho que desprovistos de la maquinación portentosa dactilar,

no se detienen,

nada elude su presencia

temblorosa,

riente,

agónica,

si el giro tiene en su errar de rueda repuntando el pasto chispeado de agua llovida,

la rueda, la sola rueda girante y el vacío de viajeros cansados

recostando su frío sobre maloras de paso

en el costado más próximo a la muerte que nos otorga el beso genciana del muslo sonriente

que tocas,

que besas,

que chorreas con la caliente láctea seminal, abroja, de ombligos conexos a la cópula de rigor precedida por la agarradita de mano y demás ridiculeces, materia de versos floridos cuya disquisición acaece limpiarle el primer himeneo a la ilusa enamorada del poema escrito sobre el papel jubón y grana,

ahora,

bella prueba de que no acostumbrará degustar el caramelo empapado de su ciruela primera,
porque es su última oportunidad de serle tomada la plana por el chofer de camión,
en la ruta paradisíaca,
bosque de espinos
regados de luciérnagas temblando
nítidas en la oscuridad de las razones
amanecidas en una mañana;
verdaderas pesadillas plañendo con la dentadura podrida
y la borrachera o calma ni con un tiro,
ni con una pitada agónica en la dureza del bosque de ex confesos estudiantes emigrados en el rasgueo de vihuela
des-
madre
mar-y-juana
pasado
arruinoso en insolado poste donde esperan o lloran
antiguas estudiantes con su pétalo y su rasgueo sanguina interior,
en cartas poderosas,
afrentosas,
iluso pasado pacato a lo ardido del claroscuro de dignos caballeros
dando serenatas en la modorra alcoholizada de los beViernes;
cerrados en el paso, en el pasto multiplicado al infinito en sus inexplicables, espejeantes diferencias
viso-ventana sin muchacha ya viva;
pata no, soplona, de gaviota bruja que olvidó un amague al cantar sus maldiciones en la marisma votiva, viral, Goya perfección si se repite el observar parpadeando, ojos atónitos de imágenes;
ahogada en su propio llanto de espera
ante el afrentoso pasado oseando, coleando guano helado
a la aberrante criatura desconocida con una sola ala viajante,
cósmica,
mariposa unípoda
en fanales pavorosos extinguiéndose otra vez
en la podrida noche esplendente;
otra vez,
esperanzoso, Sol;
parado frente a mí,
libre de vidente de capa,
Yo;
innombrable
exento de ruina portentosa para saberme alterado,
canijo;

otra vez, antelado a mis juicios disléxicos de hablar con mi corpórea pared,
con mi espada de pecho
por una sola ala, la de la izquierda;
por un redoble conteniendo preciosos motivos urdiendo la espera;
hacia Sol o sus banderas en un claro de montaña,
en un charco lunático,
con la paz ciclada de los lomos venados paciendo agonía
o a las claras, (b)vien-to *Lomo de las Sagradas Escrituras*;
dedos enterrados entreactos pluralizando un desesperado dosel
que aquieta,
que va aquietando su río naciente,
divino a la excomunión de batallas fantasmas,
desgracias-corceles apurando guarecedoras, plenas fantasías vertidas sobre sábanas intactas en el sueño,
para cercar el *Aura per-se*, maligna; no encuentra ningún cuerpo al encontrarse,
que al parir no encuentra *La rama dorada*, ignota, de sus blandas pesadillas.

O TEMER EN LA AMARGA DULIDAD DE SERLO (EN OTRAS PALABRAS, SERLO)

Tendrías que haberlo visto, hombre.
Esa tarde no miró las hilachas de puesta tras púrpuras montañas.
Mucho dolor en las rodillas, dos heridas en cada una de las manos.

Lo mortal, lo triste, lo pesado, lo terror; mientras más sin importancia para otros, peor encrucijada para el que la tiene kilómetros delante.

Tendrían que haberle acercado el poema “Masa” o toda la muchedumbre; igual daba, él jamás despertaría.

No hizo falta una lonja de polvo, un rostro fugaz no hizo.

Y para qué tendría que hacerlo.

A medida que la pista desciende, el agua va discurriendo, ojos abajo.

Esferas remotas instauran su templo flagelante de sal,

guaridas brillosas danzan su más regañona fogata para la expiatoria, que en suma es una danza bruja, calata, horda, a piel de fuego a ser penetrada,
abajo,
para que los dedos en su alterado avance como de sueños,
discurran,
como en la carretera el conductor
habla de sí mismo
al halar como un hercúleo persistente una moneda constelada desde el río de astros;
ése estado de antelación remota es justamente una metempsicosis dual, estivada en dedos toscos,
niebla interior,
ida.

Al parecer, no aterré ni medí en la distancia que hizo falta para acostumbrarme al calor.

Pero da igual.

Tendrían que haberlo visto;
Él, que propinó una lección de cáncer, estaba curado de todo:
de la sensibilidad, de la creatividad, del nombre como abrojo de ombligo en la pregunta.

Viró al cruzar la motopista.
Todo igual.
La muchacha miró, una vez más; rostro esfumado en esa oscuridad del hórrido móvil de blandas despedidas.
A unas cuantas curvas descendió a enterrarse en un cuerpo, culpable; apenas tuvo dieciséis años para saberlo: su hombre rojo había muerto.
No lo volvería a ver. Él tampoco.

De largo, malsano es el tiempo que por fin termina con todo.

A las ciegas suposiciones enfermantes me las vi de una duda un poco tal, un poco andrógina, entre el fondillo imprecado de mi *todos los días*; otra infinita vez, solo.

Sé que cruzando en dos como secuencias se pega más la fotografía al sino discurrir del film que trajo la novela.

Cierta ventana que no cupo en sus hendijas.

Pajarracan alados, y al expurgar sus gorjeos se bastan a sí mismos, para, cual domos, sucederse, enterrándose en la masa incorporándolo, echándolo a andar,

Masa que no supo caer entre floreros crecientes.

La fuerza de ese paisaje anímico, referido al altar con flores muertas; enterraría su penúltimo cuero de gato.

Los locos jamás se enferman del cuerpo.

En cuanto a la masa espeluznante del ánima, uno se las ve con los violines de Rachmaninov; recuerda esa mirada de la chica jamás parpadeando, hasta volverse mirada inamovible. Recuerda el sí espantoso de saberse extáticos ante el frente retrovisor con ojos bizcos, a su próximo averno de espaldas.

A qué más podía saber la depresión sino era a un plañir nido de víboras, a un oteo entrevisto entre la magia y la pesada armonía de un rostro feo al que se le esquiva el habla.

Unos venían, los más desquiciados; le narraban novelas en proceso o sus programáticos relatos profiriendo la falta, colorada ella. A veces pedía ayuda en sus tareas secundarias, avivando la *víbora víbora del jardín* al irse, sierpe esquizoide, circuncidada, cual la sentencia de que demoraría su primera cópula, un lustro de ramos espinoso, a lo más, so techo polvareda. No oía ruidos artablando el encofrado;

ni allá, muertos hierros viéndoselas en lo de aceptar al guarda de azotea, como el único y doble culpable de, digamos, ser a veces dos y hasta todo el mundo completo.

Ateridas, rimbombando rastros tierra, en aceras, a la perdición detestada en su recinto. Las manzanas en flor que deliraba en unos versos perdidos en sabe qué cajón de los cuartos enroques.

Unos jóvenes desaparecieron, para quedarse borrados en conversaciones interminables. Así, adherirse al papel higiénico flotado, suelta agonía del remolino inodoro; francamente ronca, y al *son* de los latidos del reloj de pecho; se lleva su insomne, su bosta de plegarias.

Como a quien se le ocurre reincorporarse a la vena allá gris,
ir profiriendo su voz ya ausente,
unos cuantos geranios,
la pequeñita de siete años
llora sobre su tumba.

Adorable es cuán lejos estaremos.

Y tan pronto.
De la gris agonía de vivirnos.
Tratar de serlo de a pocos, al sobresalto aterrador de dormir mientras otro vigila.
O teme.

EL CEMENTERIO DE VIVOS O LAS BUTACAS SILENCIADAS POR LA AUSENCIA

En la barba del ático, el rubicundo americano desconocía su fasce drogadicta, en un pasar desapercibido que le coronaba una especie de alfombra de rulos pelirrojos sobre la cabeza.

Ya no fumaba menos que tabaco, ya no inhalaba más que libros religiosos, arrugados tras asientos en vuelo posterior paradisíaco. Destino: sectas vietnamitas, en una inmolación predictora, sucesión incinerada del cuerpo.

Eran dos muchachos, uno lo emulaba al rubio con cola en el pelo; el otro llevaría un destino disímil, hacia una década de paso por Ciudad Imperial, entre la pasmosa terraza soseguida de mesas con amores que van y que no vuelven en el barrio de San Blas; agónico barrio, no por desamor, sino por tanto amar sabe el maligno a qué sucesoras gárgolas bellísimas con el disfraz de la belleza más fea, la del miedo.

Del ático bajaron furibundos, seguidos por un par de aureolas de marihuana, hasta el descanso del auditorio, donde seguramente se presentaba alguna bandita local de *punk* desgastado.

En animosa conversación se mostraron una a una sus cuentas regresivas que valían más que diamantes o perlas codiciadas por el Ojo Divino, al verlas rodar sobre hojas o pétalos de rosas que no sangran, que bien hacen estallar su estancia bajo un Sol que las recrea, porque él mismo se recrea al estallido violento de su sangre vegetal, nada cárnica en la ruta hacia el Nirvana del degradado, del anulado por el vicio.

Rosas/sangre aterciopelada de toro en sacrificio.

En el amplio y alfombrado corredor, antes espulgado por obreros entre las muchedumbres desconcertadas,
llegaron a un acuerdo, tomar las ocho horas como punto de zero,
la revolución industrial que no sirve más que para llegar a los *Mecas*, robots que suplirán la suave fricción de un pene sobre el pecho de mamas banales.

Llamear su bandeja de astros cada Navidad sucesora,
cada secreta pelea con el propio enemigo, el de adentro.

La panza de burro o del cielo color panza de burro, sería la descendente de este corredor donde los dos peruchos, más el americano, estiraban *films* piezados por una especie de desmoronamiento musical de historias en un *collage* superficial consistente en olvidar lo hecho el día anterior, lo dicho en pleno futuro, que en suma, esa conclusión amarga es la definición exacta de lo que resta luego de fumadas las ánimas, al lento paso, el Universo, un guiño.

Una tira de fotografías donde se mostraba la degradación del ser humano por el uso y abuso de las drogas.

Así se hundían en la nebulosa del concierto, los dos patas encaminados,
el uno en sus ojos Morrison,
el otro con el dolor sin forma de su mujer tan Dios que ya no cabe
en una agonía desfondada.

No recordaría el hombre de cola —antes estudiante— los *rictus* salvajes, que, aterido, les advirtió el hombre americano,
el miedo impasible; tentar múltiples personalidades hasta saberse envuelto en asesinatos inexplicables,
hasta saberse la piltrafa más degradada, aparecida al abrir la puerta de palos y rechazos de una

musa inexplicable, esclarecedora de tantos enigmas en su solo rostro amargo, enamorado.

El punto álgido de la degradación más infame hasta grados alucinatorios de tragar monstruos completos en su fase sangrienta de mares grises vomitando dragones apocalípticos de siete cabezas, rameras incalculables orgasmando el líquido púrpura de su podre lujuria, entre otros escapularios procreadores de un pecho culpable: ¡*Sho*, *pecador*!

El olor, paradójicamente, olía a derrota.

En el rojo corredor de las tres estrellas que jamás se encontrarían,

una bella muchacha roja como una rosa famélica, irradiaba de tanta divinidad, ese lustre escarlata que ostentan los dioses al pasar por una ciudad que puede ser todo el mundo o varias ciudades a la vez, el *No estar*, resurrecto.

Vistos por ese símbolo de la belleza que puede ser una muchacha jamás recordada,

que puede ser esa amnesia estampando en el vuelo remoto de un cernícalo, la serena inmovilidad de un ave oteada (suena a subordinado) desde arriba.

En la concreción del magnetismo irónico de astros.

La tarde cobraría más lluvias, más devastadas zonas auras, púrpuras montañas donde el monje se revive cada tiempo no cifrable por espacio atribuido a laberintos.

La barba del ático flameaba en la hilera de mazorcas aún cerradas por sus pancas secas, sus humeadas texturas, en hilera, inicio de los laberintos más confundibles; prados encendidos por caléndulas miradas desde arriba (otra vez ser Dios) del suculento manjar marino, ferroso, simulando salir de más altillos multiplicados en la casa y su techo, como esa cita inolvidable de la carne que deja pegada su sal sobre los dedos de valva primerizos.

A esta deshora la hilera de fotografías demostraba el cambio del americano ya degradado, aspirante a Hombre en el Nirvana.

Un hombre en muletas, arrastrado, con la mitad del rostro desconocido en la figuración que ostentan los rostros desfigurados por la ruina del vicio. No era en sí el dios sonriente dopando a la joven de al lado, con la irradiación adónica de su fase *Satori*; muchacha preciosa, quien no nos perdía de vista, hasta

dejarnos en los labios una saciedad que desconocía nuestras premuras de orto candente, hasta perderse sabe en qué desconocido, al precio de su pura humillación suplicante: el círculo reflejado del mar, en el cielo, por ejemplo.

O bien la borrasca de un descubrimiento en un rostro demasiado hermoso al amanecer tan puro.

Los dioses significarían que una sola persona hermosa vería esa maravilla,
la de los tres portentosos dioses pasando por una ciudad,
que lentamente son todas las ciudades
y sus gritos silenciados en la muchacha anterior con nombre de rosa.

Pero no en la sangre es que se gesta la plenitud de serlo aunque sea un instante en la pregunta.
Pero no en el introito de la primera cópula es que se sabe que soportar hasta la desesperación el penetrar a una muchacha salvaje, es el verdadero encuentro con Uno Mismo que hasta el final ES sin deberse a nada, a nadie.

En el ático el ulular de la voz llama al descanso.

Las butacas del auditorio podrían ser un cementerio de vivos cuando todos se hayan ido, cuando no quede más que el olvido, flameando su ruina endiosada: la derrota.

EN LA CERRAZÓN ANGULOSA TENTANDO DESATINO

Antes del sueño ideé dos sierpes naranjas devorándose a dos bocas; esa pesadez onírica continuaba entre el límite que rebasa la vigilia y el sueño, a golpe del chorro de agua proveniente de la azotea, en un parapeto inconfundible soltando su fragmentado ritmo cadencioso sobre el techo de fibra.

Ya en la mañana los oídos entreveían en la insomne cadencia del ritmo, el discurso que se iba formando a deshora, inscripto agorero en una carilla digitada a letra de máquina, por la justa transcripción creativa de los justos creadores, completos diccionarios demonológicos, de encuentro.

Pude entrever una sola línea, la que, harto haragán, dejé de anotar por ceder al sueño del insomne, ese sueño pesado ganándonos a cierta hora, donde el resplandor de la noche da inicio al día, al ceder de las extremidades entregadas al asfalto rutinario.

En la ciega deshora del Edén, vislumbré que el Querubín de la Espada había desaparecido de la puerta de entrada; esa oscuridad espesa, soterrando el paisaje retorcido por montañas, me enervaba sobremanera; más en los laberintos mentales, que de por sí, nacen de esa oscuridad que es el inicio, el caótico y errado transcurrir de pasos al mundo apenas creado, hacia el Séptimo Día Sin Descanso.

Levantada la *Sequoia*, de rojos canales de lignina, en su espacio inconfundible que termina donde choca la punta de la copa con la bifurcación sin término del vuelo, al halo firmamento.

Era un mundo aparente, donde igual que en macro, se podían ver los detalles a la precisión de lesas células vistas por ojo omnipresente acaparándolo todo, en una panorámica Aléphica rasgando el infinito enrojecido, el de la esfera procelosa, el de la iridiscencia contraída en las pupilas visionarias, de una emanación sináptica de asociaciones cognoscitivas en la perdición ignota del caer sin fondo; en la conocida situación de ascenso de cadáveres llorando en plantaciones nocturnas, vencidos por un amague Vudú orquestado por sus amos; en las plantaciones escamando una fina lluvia nacarada, una clamada sinfonía de jóvenes desfloradas por mancebos, en la cabaña-matadero eternizando gritos excitantes, al lechoso plenilunio.

De la *Sequoia* descendía una boa gigante, roja y chocolate; su mortecina moteadura de blanco, a cocos y

rombos enervantes, fulgía luz maligna; pero no llegó a hipnotizarme. Nada de quimeras ante los parados despiertos conectados por el hilo dramático de la columna férrea al catre terrenal, de sufrimientos.

En nada me persuadía, por nada y con nada, con nadie. Era mi escudo de armas, con blasón cruzado de armas oxidadas; ese imperceptible segundero del pecho alborotado, marcapasos aterido en las paredes del cuerpo encerrado en su recinto, rodeado por el apenas espacio carbonario, en un claroscuro más que espeluznante, vidente en el rincón de la esfera citada.

Claustro de castigo ante las debilidades en las que cae la conciencia.

Cerrazón angulosa blasfemante en los circuitos.

Me encontraba enclaustrado en el momento antecedido por la aparición que ya se malicia en oscuridades como esa. Su espetar (ánima del Clan Cedrón) transmitía algo de sosiego, una ahilada tranquilidad que nos reclama a veces por los malos actos perpetrados en el día, durante la fatiga de existir sin el ciego escapulario del sello, la cara dando al sol de la agonía.

Un cruce de ánimos había ocasionado que tirara las cosas. Arrojé lejos a dos personas; hasta que me detuvo alguien la mano violenta, presta a lanzar la bofetada fratricida.

Pálido, rugiente, irascible, volví al cubículo de la creación para seguir gravitando en el giro, para seguir aferrándome al carácter, en lo que Tihamer Tóth sugiere un ahorro de energías, a través de la transmutación energizante, disciplinaria, que implica ejercitar la retención de la cópula, en plena lujuria del contacto con el cuerpo deletéreo del deseo.

He ahí que el carácter se moldea; he ahí que la voluble matambre se sueña enterada de que el cuerpo es transitorio; de que el humo que elude el espíritu, basta en un signo para cerrarse en imprecación paralela, en pregunta de serlo, de esperarlo cual flama flotada al borde del estanque del salto reptíleo, regurgitación inevitable.

Uno se conoce hasta que puede superar la tentación del maligno; ergo, todo es más suelto, lluvia informe perpetrando sobre el asfalto recién vaciado en la calle; charco inundado en el cielo paralelo que pisas, dubitativo so techo mundano; fruteciendo sobre la testa, casas, edificios en genuflexión hipnótica de arquitecturas enrevesadas por irascible artista obsesivo,

que no duerme, sino que continúa su proceso en frenética maquinación de lo que creará mañana, con patológico ahínco por la perfección inalcanzable entre lecturas que el intelectual *continuum* surrealiza tras dormir.

En el lugar del ánima, en el contorno de su figura desprovista de posterior aparición, esfumada hacia pocos segundos, María Isabel Cedrón Plasencia (†), sorprende el contorneo de un hombre alto, cetrino, rapado; con una fiera mueca se aproximaba a mi temblor, a mi aura estremecida, transpirando su vaho de bestia de presa.

Sucede que en ese trance temerario uno cede, inconsciente, esquizoide, incontrolable, a la transición de pasar a otro sueño, como en las escenas superpuestas en la agonía apostada por la suerte, el infortunio aquese inferido en los momentos apretados por actos violentos, el inconsciente lanzando sus dardos, a la atronadora madrugada del recinto inevitable.

En los días sucesivos las aguas no calmaban de adormilar al insomne, como esa figura informe de una sábana flotando en su pasado flameante, despistado de su dirección paralela a la película venciéndonos la oscuridad que magramente nos da el celeste buscado en cada espejo.

Había superado la tentación, pisado el cadáver del astado.

Supe que en las banderas blancas de la tranquilidad, tras de sí, urde el Ángel Invisible, el Querubín fulgiendo su espada a la entrada edénica, muy a pesar de las prohibiciones de concedernos otra vez a los Nueve Círculos de las Reencarnaciones, la agonía.

El brazo deteniéndome a la hora del desatino.

EN CURSO ARRASTRANTE LA LIBACIÓN DE LAS SIETE SANGRES DE LA RAMERA INSACIABLE

Desterrados, hijos de Eva, emprendemos la tea del insomnio,
por un negro lapso de sábanas abiertas.

A los pasos, a los futuros pasos que de la flor al abrevar
del designio fatal, la cabeza o sierpe del maquinador de reescrituras fabulosas se entromete en un entramado totalmente fuera de foco o de una exégesis poco orquestada en la impaciencia de un punto como una cabeza loca de hombre de las cavernas;
el punto, el lapso punto negro que inspiró al Tercer Enviado del Mal a abrirles los ojos a unos cuantos,
quienes jamás se conformaron con cerrar filas en el muro diluyéndose en la gangrena de la herida.

Y qué más por falta que por precioso cuidado de un vendaval chancrosado, abierto a las pueriles inmundicias de caer insomnes en las garras del vicio, fundas celestes de una mañana como esta;
en la que, sin dormir, o acaso preceder a la ruina ignota del espanto,
cruzáramos abiertos a la ominosa estancia del averno califica,
y de paso guarda malos actos en un *chip* marcapasos
refundido en la herida,
qué más podía hacer
cuando lo que viene a la memoria es el olvido inmanente de lomos sagrados.

Y ahora las antigüedades van quedando como el *déjà vu* de páginas disueltas en plasmas digitales,
ordenadores que no hicieron más que desordenar completamente el orden divino de la literatura,
que por siglos santos sumieron a la fatalidad de los hombres a una pesada, lesiva ensoñación profiriendo florales intentos de ser el ahogado en terrenos afiebrados del desvanecimiento,
cuando,
lo que de por sí obtuvo consecuencias en lo oído,
forjados,
venas del anciano metálico sangrando a cuanto poderoso aburrimiento encontraba en supuestas cavidades herrumbrosas, puertas anhelantes del precario polvo lunar infiriendo más espanto,
en la terrorífica ensoñación que no sirve más que para florecer heces florilegios,
abriéndose la herida de los años.

El mundo está abierto a una frontera en la cual quemar checos;

en la cual, pura esquizofrenia, matar para vivir,

si no es que, por otra cosa, te tomarán, y serás domado por filas interiorizándose hasta la expurgación inclemente de intacta fratricida, cabeza señalada ahí abajo;

cuando lo que sugiere estarse en una precisa continuidad, es, por decirlo, de una vigorosa manera;

estruendosa de verse, contigua,

grito espantado mortuorio,

llorando a gritos por Los Destetados Hijos de Eva,

por los negados a conocer a la Golfa de las Seis Sangres, Feladora de Castas Nacientes,

las llagas del mundo sombrío.

Cara, rueda o cruz o traspié helando más espinares, de cara a los abrojos más abyectos de palabras perdidas en la razón,

devastándolo todo,

como lo que nace,

como lo que toca;

sin quererlo, sin justamente encenderlo en la tea de los derrotados,

de los Lisiados Hijos de Eva,

la que injuriosa al valle sacralizado de las lágrimas o portentos más falsos,

paralela al nadir de las distancias,

se entrevé al roce de la marejada abierta al polvo reptando bajo pértigas dechadas en apartamentos en desuso, en cuanto su ausencia personal se evidencia; cuando, aterrados, dueños del mundo,

regresados a perder no más que el aliento alcoholizado,

de bruces sobre el lecho babeado;

ebrios hasta la intoxicación, dueños de sus más falsos sueños,

a la mitad el líquido negro, fatal, a libarse en el orgasmo;

el líquido podrido, baboso, de La Ramera de las Seis Menstruaciones.

Entras por la mañana a una oscuridad casi clara,
lechosa,
lunar,
entre pupilas debilitadas por la radiación cibernética de *Las Sagradas Tablas Poderosas*,
a morir certero, Domingo,
jamás visitado,
en la clara indiferenciación tronando al girar alrededor de los despojos ojos muertos, nublados, del pez que quiso ser flotado laberinto de flores amarillas por las

que llegar al cadáver arrojado, a la noble deriva de la sabiduría, sal líquida, remanentes lastrándose como quien repta su mar inconsolable de pútrida batalla perdida,
de sal ensoñación mientras el mundo amanece por la mitad
y ya no más importa la noche.

Afásicos por gritos apagados,
damas abusadas al digno emolumento de unos tragos,
con las faldas empapadas de gotas que no son amor,
que no son siquiera una brecha inconsolable
para merecer maldición perecedera a una vida seriada en los fanales de una historia que empezó con el timón de la H,
y que nadie negó esa combada berma por la que arrastrados seres,
Putrefactos hijos de Eva,
primitivos, se aferraban a la helada agua del canal,
que, suavemente, desganadamente conducía a la modorra de no percibir cabalmente que la roca enorme se precipitaba y ya uno yacía bajo el codo molido a pedazos,
partículas en un introito al grito
anulador de férrea voluntad,
continuum por el mundo,
negando la ira,
negando la explosiva enfermedad de pacientes psiquiátricos absteniéndose de la prescripción de antipsicóticos, barbitúricos, antidepresivos,
a las puertas del insomnio,
a *Los Claros del Infierno*,
mientras uno va cayendo;
degrada paredes visionarias, plantas carnívoras, crecieron entre sadismo y lo emulado,
mientras la caída se hacía inconclusa;
dignos de la compuerta, a mitad del traspié paralizado en la derrota;
dignos, preferimos en *continuum* o lava, las paredes de una celda irreal,
en la que cabe el mundo entero
y sus dimensiones de no poder nada,
nada siquiera,
nada,
a lo albergado, dentellante, desgarro de los vivos;
a la usurpadora diferenciación que tenemos los seres que al alba,
a su propia alba iniciática a la media noche,
beben la sangre del insomnio,
reptando,
arañando ilaciones coherentes,
el jugo vigorizante de La Puta de los Seis Días,
hasta la última gota.

C O R A

Ruega por los vencidos,
por los que sucumbieron al intento de morir,
pero jamás al vil péndulo de la indecisión.

Condena a los blasfemos ahora,
porque de ellos será el reino del perdón.

A los lamentos, florécelos;
a los dones, hazlos inalcanzables
hasta que la podredumbre de los frutos
vuelva imperecedero al retorno,
fruto de espantosas repeticiones.

Aquél enemigo ridículo no volverá
a soplar tierra sobre los ojos;
tan pequeña su miseria,
tan sudorosa su humildad;
aquél pequeño envidioso
cada noche repasa mis líneas infernales
para vencerse en su cielo al que nadie conoce.

Perdónalos, crucifícalos,
vuélvelos carne,
vomítalos;
ellos, como desgracia semejante,
vuelven oro lo que tocan;
ellos, los vencidos,
siguen como corredores de fondo
bajo un sol que no derrite sus ansias.

Bibliomaquia

Un fragmento del poema "Las consecuencias del infierno" (p. 6-8), del presente libro, fue publicado en: *Periódico de Poesía*, Anuario 2010-2011 | N° 40 | Junio de 2011 | Año 4 | Universidad Nacional Autónoma de México; 28 págs., p. 22.: http://www.periodicodepoesia.unam.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=1869&Itemid=1 **§** "Lanzas coloradas" (p. 62.) alude a la novela de Arturo Uslar Pietri, escrita en París en 1929/1930 y publicada en 1931 en Madrid (Editorial Zeus). "El palomar del bello sexo" (p. 20) es un verso de James Joyce; *Ulysses* (1922); así como la citada *Música de cámara* (p. 69), primer libro de juventud del escritor irlandés (1907). "Underground" (p. 108), film de Emir Kusturika (1995). "El perfume" (p. 87), novela de Patrick Süskind. "Extranjero enloquecido" (p. 109), frase de la carta n° IV; César Moro [seud.] (Quispez Asín, Alfredo) (1903-1956). César Moro. *Obra poética 1*. Prefacio: André Coyné. Edición, Prólogo y Notas de Ricardo Silva-Santisteban. Instituto Nacional de Cultura, 1980. 272 págs (e-Book); p. 78. *Cartas* (1939). "Lomo de las Sagradas Escrituras" (p. 125); *Mundial*, Lima, Núm. 388, 18 noviembre 1927, poema de César Vallejo, publicado póstumamente en *Poemas humanos* (París, Les Editions des Presses Modernes au Palais Royal, julio de 1939); "*Masa"* (p. 127). *La rama dorada*, (p. 125), se refiere al libro de magia y religión, de James Frazer, publicado en dos tomos, en 1890. *Principia Mathematica* (p. 121) compone un conjunto de tres libros con las bases de la matemática, escritos por Bertrand Russell y Alfred North Whitehead, y que vieron la luz entre 1910 y 1913. "El parquecito de los Evangelios" (p. 98) frecuentemente me transporta al lugar donde todo lo literario empezó su afiebrada gestación, hoy bifurcada en telones variopintos; continuó su delirio; o, estampado en las páginas de los amantes destinados, al alba resplandeciente, perdura en la memoria letrada, como un orlado olvido industrioso de Gabriel García Márquez. Con un agradecido graznar, mutado a eco, a todos los sesudos lectores de este muy suyo eructo cósmico en *Los Claros del Infierno* (p. 137) **[**J.F.C**]**

† *Dedicado a* **María Isabel Cedrón Plasencia**: Q.D.D.G.Y.E.P.D.

LAS CONSECUENCIAS DEL INFIERNO

Las consecuencias del infierno
de Jack Farfán Cedrón
se terminó de imprimir en el mes
de Julio de 2013
en los talleres gráficos de:
Crear't S.R.L.
Jr. 5 Esquinas 665
Cajamarca-Perú.
Para la composición de los textos
se usó tipos Calisto MT de
26, 10, 8 y 6.5 puntos,
y tuvo un tiraje de 500 ejemplares.

Contienen los infiernos redivivos, meras insinuaciones subconscientes, que sostienen la idea endeble de que lo aparente cobra forma si lo estallamos para el numen multitudinario, apenas un bloque resquebrajado de lo contenido en terraplén, el sub-mundo derruido. "Amanecer y cuesta nueva", desgañitan espectros andantes, como vaga consecuencia del que habita su cicuta. Las peores aproximaciones todavía no empiezan. El infierno se aproxima. El manojo lírico abre de una despavorida manera lo discurrido para el perecimiento. Antros anímicos posesos de un herramentario donde qué huestes bárbaras de la lexicografía caben, a torcer de nariz, a volantineo de un cuerpo ya mellado por arengas psicotrópicas que no lo levarán más al mismo (el otro que ya no es más él, sino el ajeno perdonado). Como que la materia se derruye. El espíritu leve, fluye sin fijo itinerario. *Las consecuencias del infierno* repercute monstruosamente un infiernario florido, colofón y guarida, levantamuertos de mano eludiendo rubricarse en infolio, suscriptor hebdomadario que no es de este mundo, más sí del reino fulgente, El Sí-Mismo *inferno*. Atravesemos esta cuesta infernal, achacada a su paso regresivo.



Foto: Silvia Farfán Cedrón

Jack Farfán Cedrón [Piura, Perú, 1973] ha publicado los libros de poesía: *Pasajero irreal* y *Vironte*, (2005); *Cartas* y la serie de plaquettes *Al Castor* (2006); *Ángel*, *Las ramas de la noche* y *El leve resquicio del amor* (2007); *Ángeluz*, *La Hendidura del Vacío* y *Series absurdas* (2009); *Gravitación del amor* y *Aves pestañas vaticinando el horror de las lágrimas* (2010); *El Cristo enamorado* y *Amar en la desaparición innombrable* (2011). Modera los blogs 'El Águila de Zaratustra' & 'Exquioc', y edita la revista on-line *Kcreatinn*, en la que prepara un especial a Henry Miller. En 2012 dio a conocer un volumen de reseñas literarias alrededor de célebres novelas: *El fragor de las quimeras*, bajo la producción de Kcreatinn Organización, de la cual forma parte. Entre otras revistas virtuales, textos suyos han aparecido en *Periódico de poesía* (UNAM, México); *Letralia* (Venezuela); *Revista de Letras*; *La comuna de los desheredados*; *La comunidad inconfesable* (España); *Los poetas del 5* (Chile); *El Hablador* (Perú); *Destiempos* (México) y *Letras hispanas*.





